



Integración, Democracia y Desarrollo

El legado de Eduardo Frei Montalva
para el humanismo cristiano

Eduardo Frei Ruiz-Tagle / Winfried Jung / Edgardo Riveros
Editores

Integración, Democracia y Desarrollo

El legado de Eduardo Frei Montalva
para el humanismo cristiano

Eduardo Frei Ruiz-Tagle / Winfried Jung / Edgardo Riveros
Editores



Los contenidos de esta publicación son el resultado de un seminario internacional realizado el día 27 de agosto de 2011 en la ciudad de Santiago de Chile, en el marco de las actividades que celebran el centenario del natalicio del ex Presidente Eduardo Frei Montalva.

Los textos que se publican son de exclusiva responsabilidad de sus autores, no representan ni comprometen a la Fundación Eduardo Frei, al Centro Democracia y Comunidad, a la Fundación Konrad Adenauer o a las instituciones a las cuales pertenecen.

Este libro fue posible por el aporte financiero de la Fundación Konrad Adenauer.

© Fundación Konrad Adenauer
Santiago de Chile, diciembre del 2011

Representación de la Fundación Konrad Adenauer en Chile
Enrique Nercaseaux 2381
Providencia
Santiago de Chile
Tel. 0056-2-234 20 89
E-mail: fkachile@kas.de
Página web: www.kas.de/chile

Responsables de la publicación

Eduardo Frei Ruiz-Tagle, Winfried Jung y Edgardo Riveros

Trabajo de transcripción y edición

Martin F. Meyer

Diseño e impresión

Gráfica Funny S.A.

ÍNDICE

<i>PRESENTACIÓN</i>	7
---------------------	---

PRÓLOGO

Eduardo Frei Montalva: Un estadista cristiano	13
Mario Fernández Baeza <i>Ex Ministro de Defensa y ex Ministro Secretario General de la Presidencia, ex Ministro del Tribunal Constitucional de Chile</i>	

CAPÍTULO PRIMERO

El legado de Eduardo Frei Montalva

100 años Eduardo Frei Montalva: Vida y obra del primer Presidente demócratacristiano y su legado para el Chile futuro	37
Eduardo Frei Ruiz-Tagle <i>Senador, ex Presidente de la República de Chile, Presidente de la Fundación Eduardo Frei</i>	

Democracia, desarrollo e integración: La visión y las ideas del humanismo cristiano y su relevancia para el mundo contemporáneo	43
Bernhard Vogel <i>Presidente Honorífico de la Fundación Konrad Adenauer, ex Primer Ministro de los Estados de Turingia y de Renania-Palatinado, Alemania</i>	

Testimonio sobre la vida y obra de Eduardo Frei Montalva	53
Josef Thesing <i>Ex Secretario General Adjunto de la Fundación Konrad Adenauer, Alemania</i>	

CAPÍTULO SEGUNDO

Realidad y perspectivas de la integración latinoamericana

José Miguel Insulza <i>Secretario General de la Organización de los Estados Americanos (OEA)</i>	63
-----------------------------------------------------------------------------------------------------	----

Héctor Lescano <i>Ministro de Turismo y Deporte de la República Oriental del Uruguay</i>	79
---------------------------------------------------------------------------------------------	----

Eduardo Fernández <i>Presidente del Instituto Internacional de Estudios Políticos (IFEDEC), Venezuela</i>	83
--------------------------------------------------------------------------------------------------------------	----

Julio María Sanguinetti <i>Ex Presidente de la República Oriental del Uruguay</i>	89
--------------------------------------------------------------------------------------	----

CAPÍTULO TERCERO
¿Cómo impulsar a la democracia?
El futuro del sistema democrático en América Latina

Teodoro Ribera <i>Ministro de Justicia de la República de Chile</i>	101
Ignacio Walker <i>Senador de la República de Chile,</i> <i>Presidente del Partido Demócrata Cristiano</i>	109
Gilberto Bonalumi <i>Ex Subsecretario de Relaciones Exteriores y</i> <i>ex Senador de la República Italiana</i>	113
Ricardo Núñez <i>Ex Senador de la República de Chile, Presidente del Instituto Igualdad</i>	119

CAPÍTULO CUARTO
Reformas políticas y sociales en América Latina:
Desafíos y tareas pendientes

Felipe Larraín <i>Ministro de Hacienda de la República de Chile</i>	133
Andrés Zaldívar <i>Senador de la República de Chile</i>	139
Oswaldo Sunkel <i>Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL)</i>	143
Alejandro Foxley <i>Ex Ministro de Hacienda y de Relaciones Exteriores de la República de Chile,</i> <i>Presidente del CIEPLAN</i>	147

PALABRAS FINALES

Patricio Aylwin <i>Ex Presidente de la República de Chile</i>	155
------------------------------------------------------------------	-----

EPÍLOGO

Eduardo Frei Montalva, el gran maestro	159
-----------------------------------------------	-----

Presentación

Especial significado alcanzó el seminario internacional efectuado en Santiago de Chile el 27 de agosto de 2011 en el marco de conmemoración de los cien años del natalicio del Presidente Eduardo Frei Montalva. Tres conceptos estuvieron presentes en el evento convocado por la Fundación Eduardo Frei, la Fundación Konrad Adenauer y el Centro Democracia y Comunidad: integración, democracia y desarrollo.

Eduardo Frei Montalva tuvo un particular vínculo con Europa y América Latina, en razón de ello se hicieron presente personalidades como el Presidente honorífico de la Fundación Konrad Adenauer y ex Primer Ministro de los Estados alemanes de Turingia y Renania Palatinado, Bernhard Vogel; el Dr. h.c. Josef Thesing, por un significativo periodo Secretario General Adjunto de la Fundación Konrad Adenauer; el ex Presidente de Uruguay, Julio María Sanguinetti; el actual Ministro de dicho país, Héctor Lescano, el ex Senador y Vice-Ministro de Relaciones Exteriores de Italia, Gilberto Bonalumi; y quien fuera candidato presidencial en Venezuela, Eduardo Fernández. Todos ellos participaron de un diálogo con personeros chilenos, de variadas líneas de pensamiento. El objetivo del debate, en el que también intervinieron los ex Presidentes de la República Patricio Aylwin y Eduardo Frei Ruiz-Tagle y el Secretario General de la OEA, José M. Insulza, fue establecer parámetros futuros en los temas señalados y a los que Frei Montalva entregó especial dedicación en su vida.

En los momentos que vive nuestro país, de innegables tensiones, dedicar un momento a la reflexión y búsqueda de diagnósticos convergentes y, cuanto sea posible, diseñar proyecciones compartidas, es a todas luces una necesidad. Si a ello se suman las incertidumbres globales, hacerlo, además, con quienes pueden entregar su experiencia y visión internacional es una contribución de especial importancia.

El planteamiento de Bernhard Vogel, político de la generación que condujo la reunificación de Alemania y el único que ha sido Primer Ministro en dos Estados de Alemania, ayudó a comprender la realidad de la actual Europa. Su ponencia hizo claridad sobre la importancia

de la Unión Europea –que partió con seis miembros y que hoy involucra a veintisiete estados– en momentos de especiales dificultades en el continente europeo. Siguiendo sus conceptos se concluye que no es con menos, sino con más integración, incluida la política fiscal, que se puede enfrentar de mejor manera los desafíos hoy existentes en dicha región. Por otra parte, la señal de que el objetivo de integración no se logra de manera instantánea, sino con una acción sostenida y gradual, parece ser una recomendación para nuestra América Latina que debe ponerse tareas realistas pero con decisión efectiva en esta materia. No es la proliferación de iniciativas, sino la concentración en esfuerzos eficientes lo que nos llevará a hacer realidad la integración entre los países de la región latinoamericana.

Por su parte, las exposiciones del ex Presidente Sanguinetti, del ex Vice-Ministro Bonalumi, del Ministro Lescano, de Eduardo Fernández y de Josef Thesing, como la de la mayoría de los expositores chilenos, pusieron la mirada en los temas de la democracia y la gobernabilidad. Un punto de especial atención fue el riesgo de populismo, particularmente cuando se producen vacíos a raíz de crisis del sistema de partidos políticos. Cuidar la gobernabilidad democrática está en íntima relación con la fortaleza de dicho sistema. Se debe tener presente que, en gran medida, la existencia de partidos estructurados fue un factor de estabilidad en la transición chilena. El desafío actual, como quedó de manifiesto en diversas intervenciones de panelistas nacionales, es generar urgentemente los cambios institucionales que solucionen los problemas de representatividad que generan, entre otros aspectos, el sistema binominal y las rigideces de los quórumos excesivos para la aprobación de determinadas normas legales y reformas a la Constitución Política.

En materia de desarrollo no podía estar ausente, por su natural vigencia, el tema de educación, a partir de la opinión compartida de que ella es el principal factor de búsqueda mas permanente de igualdad de oportunidades. En este sentido, siguiendo lo señalado por Alejandro Foxley, es necesario plantearse medidas específicas como una reforma tributaria cuya recaudación sea destinada en su integridad a educación.

Muchas otras opiniones fueron entregadas en el marco del seminario, las cuales han sido reunidas en este libro. Quedémonos con la noción

que el mejor homenaje que se puede rendir a la memoria de una persona como Eduardo Frei Montalva es la generación de un respetuoso y profundo debate de ideas.

Eduardo Frei Ruiz-Tagle,
Presidente de la Fundación Eduardo Frei

Winfried Jung,
Representante de la Fundación Konrad Adenauer en Chile

Edgardo Riveros,
Presidente del Centro Democracia y Comunidad (CDC)

PRÓLOGO

Eduardo Frei Montalva: Un estadista cristiano*

Mario Fernández Baeza

Ex Ministro de Defensa y ex Ministro Secretario General de la Presidencia,
ex Ministro del Tribunal Constitucional de Chile

1. Introducción

Eduardo Frei Montalva fue Presidente de Chile entre 1964 y 1970. Durante medio siglo, desde su juventud universitaria hasta su repentina muerte en 1982, ejerció un protagonismo decisivo en la política de su país y gozó de un prestigio que superó las fronteras nacionales, ideológicas y culturales.

Frei creció y triunfó en la política chilena vinculado activamente con las ideas y obras vigentes en la esfera internacional de su tiempo. Dentro del movimiento demócratacristiano compartió ideales y encuentros con la generación de líderes que reconstruyeron la Europa democrática e integrada de la post-guerra, como Adenauer, De Gasperi o Schuman, y con quienes intentaron verificar ese ideal en América Latina, como el ex Presidente venezolano Rafael Caldera, el peruano Cornejo Chávez, o el uruguayo Juan Pablo Terra. Asimismo, Frei fue decidido partidario e impulsor del rol de las Naciones Unidas desde su creación, participando como delegado de Chile en la Quinta Asamblea General y en el Consejo Económico y Social a principios de los años 50. Igualmente, fue un gran convencido de la integración latinoamericana, fundando, como Presidente de Chile, el Pacto Andino y la CECLA, iniciativa pionera para unificar la posición de América Latina frente a Estados Unidos. Culminando su protagonismo internacional, después de dejar el gobierno, Frei, junto a otros líderes, como Olaf Palme o Edward Heath, fue miembro de la Comisión Norte-Sur, dirigida por el ex Canciller alemán Willy Brandt entre 1977 y 1980.

Político integral, Frei Montalva fue, simultáneamente, un gran organizador, un elocuente líder de masas, un versado legislador y un notable intelectual. Fue fundador y presidente de la Democracia Cristiana, el principal partido chileno en las cuatro últimas décadas del siglo XX, ocupó un escaño del Senado durante 15 años, publicó una decena de libros y centenares de artículos y pronunció algunos de los más

* Este artículo fue elaborado para un libro sobre líderes de la historia latinoamericana que fue publicado en Alemania en Nikolaus Werz (ed.): *Populisten, Revolutionäre, Staatsmänner: Politiker in Lateinamerika*, Frankfurt a.M., 2010. Reproducido con permiso del autor.

célebres discursos de la historia política chilena, motivando a varias generaciones para comprometerse con el destino colectivo de su país.

A pesar de haber sido un luchador incansable por sus ideas y de vivir en una época de grandes conflictos, murió en el medio del respeto de partidarios y de adversarios. De vida privada y familiar intachable y transparente, fiel al catolicismo que profesó activamente toda su vida, inspiró e impulsó profundas reformas en la sociedad chilena que perduran hasta nuestros días, especialmente en el agro, en la educación, en la minería y en el mundo del trabajo y de las organizaciones sociales. Frei fue el primer político chileno moderno, abierto al mundo y a sus ideas y procesos, contribuyendo preclaramente a la exitosa integración a la globalización que Chile experimentó después de su muerte y recuperada su democracia a fines del siglo XX.

2. Trayectoria

Como muchos líderes políticos chilenos, Eduardo Frei nació en una familia de la clase media, el 16 de enero de 1911 en Santiago de Chile. De padre suizo y madre chilena, inició su educación en Lontué, un pueblo rural del centro de Chile, donde su familia vivió entre 1914 y 1919, y la continuó desde 1920 en el Seminario de los Ángeles Custodios y en el Instituto de Humanidades Luis Campino, ambos colegios católicos de Santiago.

Entre 1928 y 1932 realizó sus estudios de Derecho en la Universidad Católica, donde inició una intensa participación en la Asociación Nacional de Estudiantes Católicos (ANEC), de la que llegó a ser su Presidente, y en la Juventud del Partido Conservador, la que luego se convertiría en la Falange Nacional (1937) y, posteriormente, en la Democracia Cristiana (1957). A fines de 1933, Frei viajó por primera vez a Europa, como delegado de Chile al Congreso Iberoamericano de Estudiantes Católicos que se celebró en Roma. Su estadía, que se extendió por seis meses en varios países europeos, influyó decisivamente en las convicciones humanistas del joven Frei, al constatar la profundidad que presentaba la gran crisis de esos años y presentir las dramáticas consecuencias que su desenlace tendría para toda la humanidad.

Por otra parte, la publicación de la encíclica social *Quadragesimo Anno* de Pío XI en 1931, dictada en evocación de la *Rerum Novarum* de León XIII, produjo un gran efecto en la decisión del joven Frei para ingresar a la vida política y contribuir a la formación de un

nuevo partido de inspiración cristiana, basado en los principios de la doctrina social de la Iglesia. Las dificultades de crecimiento que enfrentó el nuevo movimiento en la política chilena en sus primeras dos décadas, se reflejan en la sacrificada trayectoria de Eduardo Frei en esos años. Tres veces intentó sin éxito ser elegido Diputado, en 1937, 1941 y 1945, hasta lograr un asiento en el Senado en 1949 y, con ello, una posición estable formal en la institucionalidad política del país. Con la breve excepción de su nombramiento como Ministro de Obras Públicas entre 1945 y 1946, durante todo ese tiempo Frei ejerció activamente la abogacía, la docencia y el periodismo, junto a un persistente trabajo organizativo del nuevo partido en todo el país, que presidió entre 1941 y 1945.

Frei se casó en 1935 con doña María Ruiz-Tagle, iniciando su vida matrimonial en el puerto de Iquique en el extremo norte de Chile, donde dirigió el periódico "El Tarapacá" y se presentó por primera vez como candidato a Diputado. Los Frei Ruiz-Tagle fueron padres de seis hijos, entre ellos Eduardo, Presidente de Chile entre 1994 y 2000, y Carmen, senadora entre 1990 y 2006, formando una distinguida familia que hasta hoy sigue proporcionando servidores públicos a Chile.

En el Senado, Frei permaneció hasta su elección como Presidente en 1964, destacándose como un gran parlamentario y proyectándose como una figura en la política chilena e internacional. Ya en 1952 fue propuesto como precandidato a Presidente de la República en la convención de la coalición gobernante, de la que la Falange era parte. Pero fue en la elección de 1958 cuando Frei compitió seriamente para ocupar tal posición, resultando tercero, con un 20% de los votos, tras Alessandri y Allende, con una programa moderno renovador y con gran apoyo en la juventud y en las mujeres. Un año antes, en 1957, Frei había sido elegido Senador por Santiago con la más alta votación del país y el 28 de julio de ese año se había fundado el Partido Demócrata Cristiano sobre la base de la Falange Nacional y de otros partidos y movimientos de inspiración cristiana.

Después de la campaña presidencial de 1958 se produjo el ascenso definitivo de Frei hacia la Presidencia de Chile. En un escenario a tres fuerzas relativamente equivalentes, que se fue configurando la política chilena a partir de los años 60, Frei y la Democracia Cristiana diseñaron una estrategia destinada a crecer con un camino propio, sin alianzas con los partidos establecidos. La "revolución en libertad", postulada como programa por Frei y la DC, armonizaba las dos banderas de los antagonistas de la izquierda y de la derecha, lo que en

medio de la atmósfera de Guerra Fría imperante en esa época, significaba una postura novedosa y atractiva y un permanente desafío para sus competidores. Frei encarnaba la urgente necesidad de reformas estructurales, por una parte, y, por la otra, la necesidad de mantener las libertades, tan tradicionales en Chile, pero en peligro por las autocracias de distinto tono que emergían en el tercer mundo.

En las elecciones comunales de 1963, la Democracia Cristiana pasó a ser el más votado de los partidos chilenos, posición que recién perdió en 2001, anunciando la victoria presidencial para el año siguiente. Así ocurrió el 4 septiembre de 1964, cuando Eduardo Frei Montalva fue electo Presidente de Chile con una mayoría absoluta de 56% de los votos, tanto proporcionados por el PDC como por el apoyo electoral de la derecha, cuyos partidos optaron por “el mal menor” ante la clara opción de Allende, aunque situándose en la oposición desde el inicio del nuevo gobierno demócratacristiano.

El gobierno de Frei y de la “revolución en libertad” fue coherente con su camino propio. La DC gobernó sola, sin formar coaliciones, lo que es posible en un régimen presidencial como el chileno, con sus ventajas y desventajas. Pudo llevar a cabo gran parte de su programa, pero al precio de un gran desgaste de conflicto y de negociación con la derecha o con la izquierda según las materias, que disminuyeron gradualmente su fuerza electoral al punto de perder la siguiente elección presidencial en 1970.

El gobierno de Frei fue muy difícil, contando con mayoría parlamentaria en la Cámara de Diputados, pero en minoría en el poderoso Senado y enfrentando una rápida e incontrolable presión social, estimulada en parte por los propios programas de gobierno. Durante el gobierno se ejecutaron la reforma agraria, la reforma educacional, la promoción social, la Chilenización del cobre, se ampliaron las relaciones al mundo socialista y se promovió la integración latinoamericana. Sin embargo, persistió la debilidad económica, la inestabilidad social y el conflicto político. Así, al terminar el período de seis años, la elección presidencial de 1970 reprodujo los tres tercios irreconciliables de la década y entregó una estrecha victoria de 36,2% para Allende, sobre el 34,9% para Alessandri, el candidato de derecha, y 27,8 para Tomic, el candidato de la Democracia Cristiana. A pesar de ese resultado adverso para la DC, las encuestas de 1970 mostraban que el 61% creía que Frei era un “buen” o “excelente” Presidente, mostrando la antigua diferencia de apoyo entre el líder y su partido, pero la Constitución de Chile no permite la reelección inmediata del Presidente. (Gazmuri 2000, Tomo 2, p.770)

En 1970, Frei terminó su período constitucional con un resultado ambivalente. Junto a su indudable popularidad, había constancia de los grandes avances sociales y la evidencia de que la proyección de su administración sería bien valorada por la historia. Pero entregar el país a su adversario histórico Salvador Allende, el que sin apoyo electoral mayoritario, intentaba un programa revolucionario hacia el socialismo, lo llenó de una muy fundada preocupación. A pesar de obtener sólo un tercio de los votos, Allende fue elegido Presidente por el parlamento, como lo disponía la Constitución en el evento de que ningún candidato obtuviera la mayoría absoluta de votos, mediante un acuerdo logrado entre la Unidad Popular y la Democracia Cristiana, sobre la base de un estatuto de garantías constitucionales firmado por ambas partes en octubre de 1970.

Hay evidencias de que Frei se retiró a un segundo plano durante los primeros meses del gobierno de Allende, aceptando constantes invitaciones desde el extranjero. Sin embargo, el asesinato de Edmundo Pérez Zujovic, su más cercano colaborador como Ministro del Interior, de Economía y Obras Públicas y antiguo amigo personal, por parte de un comando de ultra-izquierda en 1971, lo hizo volver a la política activa asomando rápidamente como la principal figura de la oposición. En las elecciones de marzo de 1973, fue elegido Senador por Santiago, con la primera mayoría del país, asumiendo la presidencia de la Cámara Alta, el segundo cargo en importancia política en el sistema político chileno.

Como el líder de la oposición democrática, Frei enfrentó la grave crisis integral de Chile que culminó con el golpe militar del 11 de septiembre de 1973 con la deposición y muerte de Salvador Allende. Su posición ante tal encrucijada ha sido enjuiciada desde distintas perspectivas, especialmente al calor de los trágicos acontecimientos, pero lo cierto es que a pesar de su oposición a Allende, Frei no apoyó el golpe que lo derribó, ni menos la violencia y las violaciones a los derechos humanos que le sucedieron, aún cuando señaló con claridad que el curso del gobierno de Allende no podría haber tenido otro desenlace que el desplome institucional por la fuerza. Existe evidencia testimonial que Frei advirtió a Allende de tal destino en 1970, antes de que éste asumiera la presidencia, en el marco de una antigua amistad que unía a los dos políticos, señalándole la inviabilidad objetiva de su gobierno por la falta de correspondencia entre sus ambiciosas metas programáticas y su minoritario apoyo político y social. Según Frei la lógica de la violencia se iría imponiendo entre los propios seguidores de Allende y por parte de sus adversarios. En

un dramático encuentro entre ambos presidentes, calificada por el anfitrión y único testigo, el entonces Ministro de Relaciones Exteriores, Gabriel Valdés, como "la prefiguración de la tragedia que se avecindaba", Frei le advirtió a Allende: "Tú has llegado con un tercio de la votación y con ese tercio pretendes hacer un gobierno socialista."

A poco andar el régimen de Pinochet, el liderazgo alternativo a la dictadura fue centrándose en Eduardo Frei, a pesar de la paradójica y trágica imagen que predominaba en aquellos años sobre su difícil posición. Dentro de Chile era visto como una amenaza para la dictadura; fuera del país era juzgado todavía como propiciador del golpe militar. Fueron momentos muy amargos para Frei, especialmente por la imposibilidad de defenderse ante tales acusaciones, que injustamente lo afectaban. Pero su línea de oposición a la dictadura fue perfilándose cada vez más nítidamente. A fines de 1975 difundió un escrito titulado "El mandato de la historia y las exigencias del porvenir", en el que criticaba duramente la situación del país bajo la junta militar, denunciando "la persecución e incompreensión de que son víctimas tantos chilenos". Este libro, censurado por la Junta al momento de su aparición, se convirtió en el inicio de la lucha abierta que Frei libró por restablecer la democracia en Chile hasta interrumpirse por su muerte el 22 de enero de 1982, cuyas circunstancias, producidas después de una operación quirúrgica simple, son materia de un proceso judicial que actualmente se ventila en los tribunales chilenos.

El hecho político que reencontró a Frei con sus antiguos adversarios de izquierda y que lo situó como el líder indiscutido de la oposición a la dictadura, fue el discurso con que rechazó el plebiscito constitucional de 1980, en el primer acto público unitario para restablecer la democracia en Chile. Dijo Frei en esa oportunidad: "Después de tantos años, de nuevo nos encontramos aquí reunidos. Esta es una ocasión solemne. Representamos hoy la continuidad histórica de Chile y la voluntad de una inmensa mayoría de chilenas y chilenos."

Cuando Frei murió, una muchedumbre nunca vista desde 1973 lo visitó en la Catedral de Santiago y lo acompañó camino al Cementerio, desafiando a la dictadura imperante. Fue la primera movilización pública y masiva de los chilenos de las muchas que después vinieron y que posibilitaron la recuperación democrática para Chile desde el plebiscito del 5 de octubre de 1988.

3. La persona y el líder

Los testimonios de su generación coinciden en otorgar a Frei especiales dotes de líder desde su primera juventud. Su estatura política superó durante largo tiempo al poderío de su partido y por ello debió esperar a que éste llegara a tener un electorado respetable para el triunfo de su candidatura presidencial. Caricaturistas en los años cincuenta lo mostraban como “un árbol que crece en un macetero”. En un sistema político distinto del chileno, sin el rol determinante de los partidos que siempre lo ha caracterizado, Frei podría haber ejercido un liderazgo carismático o populista mucho antes de su elección como Presidente a los 53 años en 1964. Estas dotes, sin embargo, eran compartidas por sus compañeros de generación. El grupo de fundadores de la Falange, cuya gran mayoría compartirán la obra política de Frei y lo acompañarán durante toda su vida, estuvo formado por una verdadera elite política entre los que sobresalen Bernardo Leighton, Radomiro Tomic, Manuel Carretón, Ignacio Palma o Tomás Reyes, entre otros, todos protagonistas de la vida política chilena durante medio siglo. Entre los compañeros de generación universitaria que no siguieron la política o que no coincidieron en el mismo partido, figura otro importante grupo de destacados chilenos de su época. Por lo tanto, Frei destacó entre contemporáneos de mucha calidad, lo que aumenta su propia estatura.

Su seriedad y cierta frialdad, ajenas a la tradición política latina y chilena, no le significaron a Frei desventajas, sino, por el contrario, le proporcionaron una sensación de distancia frente al público, lo que no hacía sino despertar respeto y aumentar su liderazgo. Una descripción de su estilo oratorio, publicado en 1948, antes de los años estelares de Frei por Ricardo Boizard revela estos rasgos: “Eduardo Frei es un hombre, que, teniendo grandes dotes oratorias, vive, sin embargo entre dos reinos: la cátedra y la tribuna”. Así y todo, con tal apariencia académica, dominó como pocos a las masas y les comunicó sus ideas con un sello que los que lo oyeron no lo olvidan.

Su formación como estadista fue permanente, amplia y acumulativa. Junto con sus estudios de Derecho, Frei se adentró en un profundo conocimiento de la doctrina social de la Iglesia, establecida entonces en las dos grandes encíclicas sociales, y cuya evolución siguió durante los años sesenta, en los intensos años del Concilio Vaticano II, que coincidieron con su gobierno. Desde los escritos de Maritain y Papini, a quienes conoció personalmente en su gira europea de los años 30, se mantenía al día de los autores cristianos, incluyendo a las figuras

del socialcristianismo chileno, como el Padre Alberto Hurtado, canonizado en 2004, el obispo Manuel Larraín o los padres Vives y Larson.

Por otra parte, tempranamente, Frei se interesó por la economía y por lo que hoy día se califica como políticas públicas, ámbitos de poca preocupación en los políticos de su época, y estuvo siempre actualizado sobre las teorías y modelos de desarrollo, especialmente en las formulaciones latinoamericanas, como el cepalismo y la integración. Cultivó la amistad y el contacto intelectual con los más influyentes teóricos y ejecutivos del desarrollo latinoamericano, más allá de sus afinidades políticas o filosóficas. Fue el caso de Raúl Prebisch, Felipe Herrera, Enrique Iglesias, Hernán Santa Cruz, Jaime Ahumada y Aníbal Pinto. Convencido desde muy joven que el mundo avanzaba hacia una creciente conectividad, se informaba de las estrategias que se aplicaban en distintas latitudes para afrontar los problemas sociales y retenía cifras y comparaciones entre las distintas realidades y sistemas, para confrontarlas con la realidad chilena.

A diferencia de la mayoría de sus coterráneos de elite de entonces, cuyos viajes a Europa o a Estados Unidos tenían carácter turístico o de negocios, Frei aprovechó todos sus viajes para observar detenidamente el funcionamiento de los países que visitaba y sacar lecciones para sus propuestas y programas. A pesar de ser hijo de emigrante era profundamente chileno, no era cosmopolita, pero al mismo tiempo era un político genuinamente abierto a todas las influencias, quizás porque la solidez de sus convicciones le permitía ese ejercicio sin temores de caer en entusiasmos fáciles y pasajeros.

De su viaje a Europa 1933-34 obtuvo una visión directa de la crisis de la democracia y de los peligros totalitarios y bélicos que amenazaban países de viejas tradiciones cristianas y que más tarde las condujeron a la guerra y a la destrucción. Ese viaje fortaleció sus convicciones democráticas. Un segundo y extenso viaje a Europa en 1954, en medio de la faena de reconstrucción material, espiritual y política, le proporcionó una visión concreta de las bondades que traía la aplicación de modelos económicos mixtos, con una participación limitada del estado ante desafíos tan gigantescos. Por otra parte, de una extensa gira de seis semanas en Estados Unidos en 1959, obtuvo la convicción de la necesidad de la integración de América Latina para ampliar los mercados y mejorar las condiciones de negociación internacionales frente a las grandes potencias, apreciación que fortalecía en cada uno de los frecuentes viajes a los países de la región. En su extensa gira europea de 1965, ya como Presidente, Frei fortaleció su

convicción de fortalecer caminos intermedios entre los dos bloques que dividían el mundo en la Guerra Fría, especialmente después de sus visitas a De Gaulle y Erhardt, quienes gobernaban Francia y Alemania.

Frei creía firmemente en la cooperación internacional. Por ello valoraba el rol de los organismos surgidos bajo las Naciones Unidas, especialmente como vehículos para regular los conflictos y producir conocimiento mutuo entre pueblos y culturas, y el modelo de integración europea, en ese tiempo circunscrito a la llamada comunidad económica europea. En esa mirada no sólo se manifestaba una valoración práctica de tales experiencias integradoras, una proyección de su doctrina cristiana de la hermandad sin fronteras del género humano, surgida con tanta fuerza después de la guerra mundial y la descolonización en gran parte del mundo.

La persona de Frei es compleja, pero a su vez, sencilla. Su vida cotidiana, que no alteró mayormente durante su presidencia, incluía un interés prioritario por la familia y un mantenimiento de sus rutinas hogareñas más allá de la importancia de los cargos que ocupaba. Nunca dejó de dedicar un tiempo diario a la lectura y al cumplimiento de sus rituales religiosos. Poseía un natural buen humor y gustaba de compartir socialmente con sus amigos, usualmente a través de visitas matrimoniales. Existe coincidencia en reconocer que a Frei le costaba mucho comunicar decisiones que significaran desmedro en personas de su confianza o amistad, como cambios en su equipo de gobierno que involucraran remociones de ministros. Frente a tales situaciones intentaba ser muy delicado en sus explicaciones o simplemente las delegaba a otros colaboradores.

Reservado en la manifestación de sus sentimientos, sus cercanos recuerdan pocas situaciones en que Frei expresara preocupaciones excesivas o desazón, a excepción de su traspaso del poder a Allende y el golpe militar de 1973, respecto de cuya trágica significación él tenía claridad desde antes de la elección de 1970, a partir de su privilegiada capacidad de análisis que hemos descrito en estas páginas. Si él mismo había sufrido la dificultad de acometer un programa de reformas con apoyo político minoritario, suponía lo que había de ocurrir con un programa más radical, como el de Allende, quién contaba con una menor base de apoyo tanto social como parlamentaria y con un cerco internacional mucho más hostil. Seguramente en esa decisiva etapa del país, Frei fue preso de sus propios talentos y de sus limitaciones. Su realismo le indicaba con claridad lo que pasaría

y que nada podía hacer para detener ese curso sin menoscabar sus convicciones mas caras. Por eso le dolió tanto el juicio apresurado sobre su conducta en 1973 y por eso tal apreciación fue tan objetivamente injusta.

4. Su obra

La obra de Frei no es sinónimo de la obra de su gobierno, pero se expresa mucho en ésta. Es cuestión de ver a Chile en 1964 y en 1970, antes y después de su gobierno. 260.000 nuevas viviendas y 450.000 nuevos empleos; la afiliación sindical pasa de 270.000 a 530.000 trabajadores en la industria y de 1.600 a 105.000 en la agricultura; los salarios reales aumentaron su crecimiento anual de 1,8% a 8.0% y el desempleo disminuyó de 7,5% a 5,5%; la cobertura educacional aumentó de 139.000 a 330.000 en la enseñanza media y de 35.000 a 80.000 en la universitaria; se duplicó el número de camas hospitalarias y se construyeron 3.000 nuevas escuelas. Todas estas cifras son producto de un gobierno de grandes realizaciones sin menoscabo de la estabilidad política ni económica. Es cierto de que el crecimiento y la inflación mantuvieron los niveles de 1964 (aprox. 4% y 26% respectivamente) y que las exportaciones no lograron respaldar el gasto público, aumentando la deuda pública, pero la balanza comercial fue sostenidamente positiva, pasando de + 82 millones de dólares a + 328 millones, dejando una mayor cantidad de reservas que al inicio del gobierno.

El mantenimiento de la estabilidad democrática estuvo sujeto a presiones cada vez más fuertes durante el gobierno de Frei. Las reformas sociales trajeron consigo mayores exigencias y una oposición cruzada de las dos oposiciones según quienes fueran afectados, como el ejemplo de la reforma agraria, en cuya aplicación el gobierno enfrentó la resistencia de la derecha y sufrió la presión de la izquierda por ir más a fondo, provocando un escenario de polarizaciones y de violencia con directas consecuencias políticas.

Durante el gobierno de Frei, la Democracia Cristiana fue bajando su apoyo electoral y sufrió una división como producto de los debates que la aplicación del gobierno trajo consigo dentro del partido. Aun cuando esta crisis partidaria no fue cuantiosa, su efecto fue decisivo para configurar un bloque de izquierda, La Unidad Popular, que ganó las elecciones de 1970. Al final de su gobierno, Frei debió enfrentar un conato de rebeldía militar, que no se veía en Chile desde 1932 y,

una vez elegido Allende, el asesinato del Comandante en Jefe del Ejército por primera vez en la historia nacional. El contexto internacional de Guerra Fría, la actividad regional del castrismo-guevarismo y los gobiernos militares de derecha en todo el entorno vecinal de Chile, influyeron directamente en el cuadro polarizado y violento en que terminó su período de gobierno Eduardo Frei y se inició el de su sucesor Salvador Allende.

Pero la obra de Eduardo Frei Montalva supera con creces su desempeño de seis años como Presidente de la República.

En primer lugar, Frei representó una enorme contribución a la cultura democrática de Chile. El slogan "Revolución en Libertad", que encarnó su campaña electoral en 1964 revela la médula de su pensamiento político y su claridad para responder a las expectativas de los chilenos a mediados del siglo pasado. Tomemos dos textos separados por 20 años. En 1948 señalaba: "Hay algo profundo y viciado en nuestro sistema democrático americano. Una democracia requiere un mínimo de bienestar material, de educación pública, de sentido de la convivencia, de generosidad, de comprensión. Masas paupérrimas al borde siempre de la desesperación; desnutridas, analfabetas, oprimidas, no son elementos para una democracia"; agregando: "Hasta ahora nadie sabe de un pueblo que haya progresado en dictadura". En 1966 en la Plaza Bolívar de Bogotá con ocasión del acuerdo sobre el Pacto Andino, Frei pronunció un célebre discurso, en el que se lee: "Todo nuestro esfuerzo está destinado a servir al hombre. Esta democracia tendrá pleno vigor en la medida en que los pueblos sientan que no sólo es la visión formal y arcaica de formas verbales, sino que se traduzca en eficiencia, en nivel de vida, en justa distribución de los bienes; en una palabra, en la dignidad de vivir".

Pregonar un ideal de democracia de raíz cristiana, con un nítido contenido social, rompió con los cánones tradicionales de la lucha entre izquierda y derecha y elevó el debate a un nivel ético. Esa huella, estampada por los fundadores de la Falange y Frei entre ellos, un tanto olvidada u ocultada en estos años pragmáticos en que vivimos en el siglo XXI, no ha podido ser borrada de la historia de la política chilena y pertenece a su memoria y, por lo tanto, a su cultura.

En segundo lugar, Frei encarnó el modelo de un político profesional, en el buen sentido del término, dedicado a su vocación, al uso generoso de sus talentos y a pregonar un ideal en el cual no sólo creía, sino que vivía. Su privilegiada capacidad la dedicó íntegramente al

servicio público, destinando a su familia la atención material suficiente para vivir con dignidad, como miles de otros chilenos profesionales de clase media. En ése sentido fue Frei un político ejemplar: Dio ejemplo de cómo debe ejercerse la política, motivando así a miles de personas que, siguiéndolo, ingresaron al servicio público, especialmente en los años sesenta desde antes de ejercer la Presidencia. La irradiación de Frei y de sus compañeros de generación en la DC en los jóvenes universitarios de ésa época, es empíricamente comprobable si se observa el dominio incontrarrestable que ejercieron los demócratacristianos en las federaciones estudiantiles desde fines de los años 50 hasta 1970. Sólo la FECH, la mayor de las organizaciones universitarias chilenas, fue presidida por dirigentes de la DC durante 14 años seguidos, desde 1955 hasta 1969. En toda esa época se produjo una simbiosis entre las doctrinas y programas políticos y los líderes que las pregonaban, encontrando tal fenómeno en Eduardo Frei un excelente ejemplo.

Por último la obra de Eduardo Frei es casi un intangible, pero de un enorme significado en un país y en un continente de fe y cultura cristianas. Fue un político cristiano. Y la mejor definición de lo que eso significó, la entregó el recordado Cardenal Raúl Silva Henríquez al despedir sus restos en la Catedral de Santiago de Chile, aquella tarde de sus funerales el 25 de enero de 1982:

Eduardo Frei fue un cristiano, un demócrata, un político, un humanista y un hijo de la Iglesia. Estos eran sus títulos.

Como cristiano convencido y fervoroso, oyó la voz del Maestro que llegó a él, apremiante e insistente, a través del Magisterio de la Iglesia, que urgía a los cristianos del mundo a crear una sociedad en que la justicia social fuera el principio de una civilización más cristiana y la base de la pacificación de la Humanidad.

Eduardo Frei fue un político cristiano. Su voz resuena aún hoy día proclamando con claridad y valentía las soluciones de los grandes problemas nacionales. Su voz continuará resonando y será como la conciencia de un Chile que ama la justicia y el derecho.

5. Bibliografía comentada

Eduardo Frei fue un político prolífico. Tanto, que su propia producción es mayor que lo que se ha escrito sobre él, especialmente biografías, que son escasas e irregulares.

Sin duda que la mejor biografía de Frei es la formada por los dos extensos tomos publicados por Cristián Gazmuri y colaboradores (2000). Esa obra no tiene parangón en calidad histórica y analítica y reúne una enorme cantidad de datos sobre la vida de Frei y sobre su época, como lo señala el título de la biografía. De menor envergadura, pero con un interesante enfoque analítico histórico sociológico es el trabajo de Moulián y Guerra, también del año 2000. La obra de Guillermo Blanco "El hombre de la patria joven" corresponde al género de ensayo con ribetes de memorias, escrito con gran calidad literaria y ágil relato, entregando un excelente retrato de Frei por un autor que lo conoció. Debe considerarse, además, que fue escrito en tiempos de dictadura, lo que le otorga un mérito adicional.

De gran utilidad para conocer a Eduardo Frei es el estudio de Oscar Pinochet de la Barra "El pensamiento de Eduardo Frei." Se trata de una prolija selección de opciones de Frei sobre un completo catálogo de temas, aprovechando su gran producción de libros, artículos y discursos, además del conocimiento directo que el autor tuvo de Frei bajo cuyo gobierno sirvió como embajador y subsecretario de relaciones exteriores.

Un tercer grupo de trabajos está formado por las obras sobre el Partido Demócrata Cristiano chileno o su antecesor, la Falange Nacional, que incluyen referencias obligadas al papel de Frei en su fundación y desarrollo. El libro de Grayson, que abarca el tema hasta 1968, es un clásico desde la óptica politológica, enfoque que comparte el trabajo de Díaz Nieve, pero extendiendo el estudio hasta los años 90. Los trabajos de Boizard, de Cash, de Castillo Infante y de Silva Bascuñán, con menos rigor científico, ofrecen la gran ventaja de ser testimonios de actores directos en los procesos que describen, especialmente en relación con los protagonistas de la historia partidaria, entre las que se encuentra Frei, sin ninguna duda.

Por último, incluimos en esta bibliografía los trabajos sobre el gobierno de Frei, entre los que destaca el análisis de Hofmeister, por su riqueza politológica, y la distancia en el tiempo desde la que fue elaborado, y el de Dooner por su calidad documental. El trabajo de

Orrego da cuenta del contexto social en el que se dio el gobierno y el de Castillo Velasco ofrece una visión de los debates doctrinarios o programáticos que tuvieron lugar en torno a la propuesta de la "revolución en libertad" de Frei.

Las obras del propio Frei son numerosas y en esta lista sólo aparecen los libros y algunos artículos especialmente relevantes. La característica más compartida de todos los trabajos es la mezcla de reflexión intelectual y de propuesta político-programática que la gran mayoría de ellos exhibe. Frei, por sobre todo era un polemista, aunque de alto nivel. Es lo que en alemán se denomina "Publizist". La mayoría de sus libros son una selección de artículos y de algunas intervenciones parlamentarias o partidistas, pero su alto nivel intelectual permite catalogarlos dentro de la categoría de trabajos serios, con proyección más allá de la coyuntura para cuyo debate fueron escritos.

Lista bibliográfica seleccionada

Blanco, Guillermo: Eduardo Frei. El Hombre de la Patria Joven, Editorial Aconcagua, Santiago de Chile, 1984.

Boizard, Ricardo: La Democracia Cristiana en Chile, Editorial Orbe, Santiago de Chile, 1963.

- Voces de la política, el púlpito y la calle, Editorial del Pacífico, Santiago de Chile, 1948.

Cash Molina, Jorge: Bosquejo de una historia. Falange Nacional 1935-1957, Pucará, Santiago de Chile, 1986.

Castillo Infante, Fernando: La Flecha Roja, Editorial Francisco de Aguirre, Santiago de Chile, 1997.

Castillo Velasco, Jaime: Los caminos de la revolución, Editorial del Pacífico, Santiago de Chile, 1972.

Díaz Nieva, José: Chile: De la Falange Nacional a la Democracia Cristiana, Universidad Nacional de Educación a Distancia, Madrid, 2000.

Dooner, Patricio: Cambios sociales y conflicto político. El conflicto político nacional durante el gobierno de Eduardo Frei 1964-1970, CPU, 1984.

Gazmuri, Cristián (con la colaboración de Patricia Arancibia y Álvaro Góngora): Eduardo Frei Montalva y su época, Editorial Aguilar, Santiago de Chile, 2000, 2 Tomos.

Editorial Salesiana: El Cardenal nos ha dicho 1961/1982 (selección y notas del Padre Miguel Ortega), Santiago de Chile, 1982.

Frei Montalva, Eduardo: Chile Desconocido, Ercilla, Santiago de Chile, 1937.

- La Política y el Espíritu, Editorial del Pacífico, 1946.
- (con Alberto Edwards Vives): Historia de los Partidos políticos Chilenos, Editorial del Pacífico, Santiago de Chile, 1949.
- Sentido y Forma de una Política, Editorial del Pacífico, 1951.
- La Verdad tiene su Hora, Editorial del Pacífico, 1955.
- Evolución Política Chilena, en: Revista Zig-Zag, 1955, 87-98.
- Pensamiento y Acción, Editorial del Pacífico, 1956.
- Frente a la Realidad. Análisis de la situación económica de Chile, Apartado de la Revista Política y Espíritu, 1962.
- Discurso a la Patria Joven, 1964 (Resumen publicado en: Chile: Discursos con historia, compilados por Guadalupe Irrazabal y Magdalena Piñera, Ed. Los Andes, Santiago de Chile, 153-158).
- Discursos del Presidente Frei, "La Nación", 1965.
- Latin America in the World of Today, en: International Affairs, 42, 3, 1966, 373-380.
- América Latina tiene un destino, Zig-Zag, Santiago de Chile, 1967.
- Chile: Perspectivas y riesgos en la construcción de una nueva sociedad, en: Política y Espíritu, 315, 1970.
- Un Mundo Nuevo (Respuesta a una carta de Javier Lagarrigue), Ed. Nueva Universidad, Santiago de Chile, 1970.
- (y otros autores): Reforma constitucional 1970, Editorial Jurídica de Chile, Santiago de Chile, 1970.
- El Pacto Andino y la integración latinoamericana, en: ICPUC/CINDA: Variables políticas de la integración andina, Ed. Nueva Universidad, Santiago de Chile, 1974.
- El mandato de la historia y las exigencias del porvenir, Ed. Del Pacífico, Santiago de Chile, 1975.
- América Latina: Opción y Esperanza, Barcelona, 1977 (Versión en alemán: Lateinamerika am Scheideweg, Mainz, 1978).
- Futura institucionalidad de la paz en Chile, CISEC, Santiago de Chile, 1977.
- El retorno a la democracia, en: Revista Hoy, 59, 1978, 20-24.
- Análisis del gobierno de la Democracia Cristiana 1964-1970, Ed. Atena, Santiago de Chile, 1980.
- (póstumo): Memorias 1911-1934 y correspondencia con Gabriela Mistral y Jacques Maritain, Ed. Planeta, Santiago de Chile, 1989.
- El mensaje humanista, Ed. Aconcagua, 1980.

Fundación Eduardo Frei: "Eduardo Frei. El hombre que siempre va conmigo", Santiago de Chile, 1991.

Grayson, George: El Partido Demócrata Cristiano Chileno, Editorial Francisco de Aguirre, Buenos Aires- Santiago de Chile, 1968.

Hofmeister, Wilhelm: La opción por la democracia. Democracia Cristiana y Desarrollo Político en Chile 1964-1994, KAS, Santiago de Chile, 1995.

Orrego, Claudio: Solidaridad o violencia: El dilema de Chile, Zig-Zag, Santiago de Chile, 1969.

Moulian, Luis y Gloria Guerra: Eduardo Frei M. (1911-1982). Biografía de un Estadista Utópico, Editorial Sudamericana, Santiago de Chile, 2000.

Pinochet de la Barra, Oscar: El Pensamiento de Eduardo Frei, Editorial Aconcagua, Santiago de Chile, 1982.

Silva Bascuñán, Alejandro: Una experiencia social cristiana, Editorial del Pacífico, Santiago de Chile, 1949.

Subercaseaux, Elizabeth: Gabriel Valdés. Señales de historia, Aguilar, Santiago de Chile, 1998.



Eduardo Frei Ruiz-Tagle, ex Presidente de la República de Chile



Público en el seminario "Integración, Democracia y Desarrollo"



Prof. Dr. Bernhard Vogel, Presidente Honorífico de la Fundación Konrad Adenauer, ex Primer Ministro de los Estados de Turingia y de Renania-Palatinado



Público en el seminario "Integración, Democracia y Desarrollo"



Eduardo Frei Ruiz-Tagle y Bernhard Vogel



Josef Thesing, Ex Secretario General
Adjunto de la Fundación Konrad Adenauer, Alemania



José Miguel Insulza, Secretario General de la Organización de los Estados Americanos (OEA)



Héctor Lescano, Ministro de Turismo y Deporte de la República Oriental del Uruguay



Eduardo Fernández, Presidente del Instituto Internacional de Estudios Políticos (IFEDEC), Venezuela



Julio María Sanguinetti, Ex Presidente de la República Oriental del Uruguay



José Miguel Insulza, Jorge Pizarro, Julio María Sanguinetti



José Miguel Insulza, Secretario General de la Organización de los Estados Americanos (OEA)

CAPÍTULO I

EL LEGADO DE EDUARDO FREI MONTALVA

100 años Eduardo Frei Montalva: Vida y obra del primer Presidente democratacristiano y su legado para el Chile futuro

Eduardo Frei Ruiz-Tagle

Senador, ex Presidente de la República de Chile,
Presidente de la Fundación Eduardo Frei

Quiero agradecer la presencia de todos ustedes en este seminario con que la Fundación Frei, la Fundación Konrad Adenauer y el Centro Democracia y Comunidad han querido recordar la memoria del ex Presidente de la República, Eduardo Frei Montalva, en el año en el que se cumple el centenario de su nacimiento. Principalmente, deseo saludar con especial afecto a nuestros invitados que vienen del exterior, a los señores ministros de Estado, parlamentarios y dirigentes políticos, y a todos los panelistas que nos acompañarán en esta jornada.

Qué oportuno resulta hoy, dada la actual coyuntura política y social que enfrenta el país, recordar la figura de Eduardo Frei Montalva.

Vivimos una época de pasiones y controversias. Las instituciones democráticas han caído en el descrédito, se cuestiona la representatividad de los actores políticos y los partidos están desprestigiados.

Entonces, es un buen momento para evocar, rendir tributo y, por sobre todas las cosas, aprender de los ribetes valóricos de la vasta tarea que emprendió el ex Presidente Frei y de la generación de políticos humanistas cristianos que él lideró.

Eduardo Frei Montalva fue una de las más grandes personalidades del siglo veinte en nuestro país. Representó la conjunción entre el pensamiento humanista cristiano, el progresismo social y la fuerza de los sectores medios en la política chilena.

Fue un hombre dotado de virtudes superiores: una sólida e inquebrantable ética pública, una férrea fe democrática y una seriedad y profundidad intelectual que lo harían merecedor de un prestigio que trascendió nuestras fronteras y lo inscribió con propiedad como uno de los más respetados estadistas de Latinoamérica.

Las claves profundas de su obra fueron la coherencia y la creatividad. De la mano de ellas articuló un proyecto político de características muy particulares, que ya lleva más de setenta años en plena vigencia.

Esta aventura que emprendió junto a un grupo de notables jóvenes católicos, fue una construcción original que surgió de la reflexión crítica acerca de cuáles eran las preguntas fundamentales a las que debía responder un político cristiano. Y a partir de profundos debates, esa generación fue dando forma a una perspectiva ante el mundo y una visión sobre el desarrollo económico y social que debía seguir Chile.

Asumieron que la acción política es una tarea de civilización, una vocación superior de servicio, que Frei definió como “una de las formas más altas de la caridad”. La fuerza de ese mensaje radica en su plenitud humana, es decir, en que asume todas las dimensiones, las más terrenas y las más sublimes, del ser humano.

Se trataba de embellecer las ciudades, de hacer soñar a los jóvenes, de cuidar a los ancianos, de dar de comer al hambriento, de vivir en democracia, de hacer las cosas bien, de cuidar nuestros parques, de preservar la naturaleza, de dar educación a todos los niños y de dar dignidad a la existencia de los sectores más postergados.

Aspiraban entonces, a una civilización que volviera a dignificar la humanidad para construir una comunidad de hombres libres. El cambio social era el objetivo y la democracia su mejor instrumento. Para ello, buscaron sin desmayo las fuentes de la renovación para alimentar la nueva perspectiva humanista que estaban proponiendo.

Esa búsqueda, sobre todo en la época en que les tocó vivir, fue duramente combatida. Fueron calificados de idealistas utópicos, los acusaron de ser heterodoxos y de salirse de los márgenes de las convenciones aceptadas en esos años.

Superar esos cuestionamientos les demandó una buena dosis de perseverancia. Lo hicieron derrochando un coraje superior, el coraje de saber esperar y de saber quedarse solos.

Tampoco se pueden ocultar las tensiones, las controversias y las opiniones diferentes que se suscitaron al interior del movimiento falangista, mientras desarrollaban la tarea de construir una teoría y una organización. Discutían como grandes y a lo grande, porque tenían ideas más que intereses y ambiciones.

Del mismo modo, debieron enfrentar la tentación corporativista, ante la oleada poderosa del fascismo y sus distintas modalidades en el mundo. Denunciaron las falacias del marxismo y practicaron con rigor la crítica al capitalismo, así como también combatieron las dictaduras, vinieran de donde vinieran, las de derecha y las de izquierda.

De esa manera, evitaron ser arrastrados a la polarización para ser, en cambio, verdaderos aportadores a la convivencia pacífica de la comunidad local e internacional en la diversidad y el pluralismo.

No fue fácil mantener esas convicciones. Debieron atravesar dolorosas experiencias y realizar un inmenso despliegue de sacrificio, costara lo que costara. Y vaya que costó. Hubo que repetir, muchas veces y con fe perseverante, “aún es tiempo”.

Frei y su generación lo hicieron con valentía y con verdadera pasión por sus ideas. Fueron fieles a su ideario y creencias, incluso cuando no había señales que pudieran anunciar la enorme fuerza política de gran arraigo popular en que se convertiría ese pequeño grupo de jóvenes.

¡Qué duda cabe! A diferencia de lo que muchas veces y en muchos lugares vemos hoy, lo de ellos no fue el cálculo estrecho e inmediato, ni la lucha sin cuartel por alcanzar el poder. Fueron los valores, las ideas y una tenacidad a toda prueba lo que animó a estos hombres.

Precisamente eso es lo que diferencia a los grandes estadistas del resto: su capacidad y constancia para superar las inercias, las cobardías y las penurias, para poder llevar adelante los grandes desafíos y tareas que enriquecen la vida colectiva.

Eduardo Frei Montalva fue la antítesis de la política pequeña, personalista, de retórica artificiosa y obsesionada con captar la simpatía popular. Él entendía la política con una finalidad moral, para fortalecer las instituciones y el Estado, y para buscar el bien común y el progreso de la población.

Esos principios se reflejaron claramente en su concepción de la democracia. Para él la democracia no era el reino de la mediocridad que consistía sólo en ir a votar cada cierto periodo de tiempo. Mucho más allá de eso, la concibió como un régimen de exigencias, para gobernantes y gobernados.

“La democracia”, decía, “nos exige, a gobernantes, funcionarios, parlamentarios y a todos los ciudadanos, normas de comportamiento enmarcadas en el servicio a la comunidad”.

Esta especial manera de entender el servicio público, la profundidad de sus convicciones y su incuestionable integridad, fue poco a poco permeando a la sociedad chilena. Las derrotas iniciales fueron dando paso a resonantes triunfos que permitieron a la Falange Nacional comenzar a cobrar cada vez un mayor protagonismo en la vida del país.

El diálogo con la ciudadanía se hizo cada vez más abierto. Ya en 1958 se plasmó un primer programa para el país, con ideas y conceptos renovadores con respecto a la vivienda, a la salud y a la educación. Grandes chilenos ilustres contribuyeron a la elaboración de esta nueva perspectiva, para impulsar así la renovación de la voluntad de ser de la nación basada en un esfuerzo colectivo, en el que nadie podía quedar al margen.

Este ideario fue la base de lo que sucedería seis años después, cuando la inmensa mayoría de los chilenos llevó a Eduardo Frei Montalva a La Moneda y a la ya entonces Democracia Cristiana por primera vez al poder.

El laborioso trabajo de casi treinta años rindió frutos. Fue la recordada Promoción Popular, que a la postre se convirtió en el primer programa de gobierno de carácter nacional e integral, abarcando incluso temas que recién han venido a madurar en la sociedad chilena en los últimos años.

Gracias a que ese proyecto se hizo realidad, los jóvenes, los campesinos, los obreros, las dueñas de casa y especialmente los más humildes, pudieron sentir al fin que Chile era una casa que acogía y valoraba a todos sin exclusiones de ninguna clase.

Lo que vino después lo sabemos todos. Anticipó con claridad lo que venía, pero no fue escuchado. El golpe de estado le causó honda tristeza y a pesar de que sabía que le traería conflictos, ataques y toda clase de hostilidades, nunca dudó en alzar su voz para denunciar los abusos a los derechos humanos y no perdió oportunidad para exigir la vuelta a la democracia.

Esa consecuencia lo convirtió en un peligro para la dictadura, que vio en él un obstáculo a su afán de perpetuarse en el poder. Finalmente, y al igual que muchos otros chilenos, fue cobardemente asesinado,

como ya consta en el proceso que instruye el magistrado Alejandro Madrid.

Y aunque este no es el momento para entrar en detalles sobre este homicidio, sí creo que un país en el cual un ex Presidente es asesinado, debe necesariamente meditar acerca de este hecho y sacar lecciones para su convivencia futura.

A mi juicio, el principal aprendizaje que Chile debe sacar de este episodio, es que nunca más debemos convertir a los adversarios políticos en enemigos que deban ser eliminados.

Las diferencias políticas se resuelven mediante las reglas y el espíritu democrático, mediante las elecciones y la búsqueda de consenso; jamás por la violencia, la tortura y el crimen. Ese debe ser el compromiso de todos los chilenos, muy especialmente de aquellos que desempeñamos funciones públicas.

Al terminar quiero hacerles la misma invitación que mi padre formuló en tantas ocasiones. Estoy seguro que si él estuviera hoy aquí nos recordaría que somos responsables de cuidar el patrimonio histórico de la nación y nos llamaría a reafirmar nuestro compromiso de unidad por el bien de Chile, de la democracia y de la libertad.

Tampoco tengo dudas que, dado el momento que estamos viviendo, nos diría que reconquistáramos la confianza de los chilenos. Nos invitaría a realizar una profunda renovación de la política democrática, con un espíritu libre para imaginar nuevos caminos, cercanos a las inquietudes de nuestra gente y con horizontes amplios y generosos para acoger a cada una de las chilenas y chilenos.

Amigas y amigos:

Eduardo Frei Montalva entró por la puerta grande a las páginas más brillantes de la historia de Chile. Hoy pertenece a toda la nación. Porque siendo todo lo que fue, el fundador de un partido político, ministro, parlamentario y Presidente de la República, continuó la tradición de los grandes estadistas que ha tenido este país.

¿Qué han hecho todos ellos por nosotros? Nos han aumentado las exigencias, al abrirnos el horizonte de una nueva perspectiva. Nos han enseñado a amar a nuestra patria y nos han demostrado que son las ideas las que mueven a los hombres de excepción y cambian el rostro de nuestra historia.

Democracia, desarrollo e integración: La visión y las ideas del humanismo cristiano y su relevancia para el mundo contemporáneo

Bernhard Vogel

Presidente Honorífico de la Fundación Konrad Adenauer,
ex Primer Ministro de los Estados de Turingia y
de Renania-Palatinado, Alemania

En mi calidad de ex Presidente de la Fundación Konrad Adenauer durante muchos años y en mi actual función de Presidente honorario, es muy grato para mí estar nuevamente en Chile y participar de este evento en honor del cumpleaños número 100 de Eduardo Frei Montalva, el primer presidente demócratacristiano de Chile y de toda Latinoamérica. Ruego que disculpen el hecho de que me dirija a ustedes en alemán, pero lamentablemente no hablo español.

En primer lugar, quisiera transmitir los saludos de mi sucesor, el actual Presidente de la Fundación Konrad Adenauer, el Profesor Hans Gert Pöttering, que espera poder continuar lo que ha realizado la Fundación en los últimos 50 años de su cooperación con Chile.

No solo aquí en Chile, sino también en Alemania, el aniversario número 100 del nacimiento de Eduardo Frei Montalva es un grato motivo para recordar el legado de este gran demócratacristiano y continuar su obra. La trayectoria de Frei Montalva es de gran importancia para nosotros en la Fundación Konrad Adenauer y para nuestro trabajo, especialmente para nuestra oficina aquí en Chile. Pero también en Sankt Augustin cerca de Bonn y en Berlín donde seguimos recordando con gratitud a este hombre que nos convoca hoy.

Es muy satisfactorio para mí que me haya presentado su hijo, el señor Eduardo Frei Ruiz-Tagle, quien también fue Presidente de la República de Chile. Y es un agrado especial de contar con la presencia de don Patricio Aylwin. Estimadas señoras y señores, me parece maravilloso que una persona de 93 años nos honre con su presencia. ¡Qué tenga una larga vida!

En nombre de la Fundación Konrad Adenauer, me gustaría dirigir un agradecimiento especial a los coorganizadores de este simposio: a la Fundación Frei y al Centro Democracia y Comunidad. Ambas

instituciones contribuyen con su trabajo al fomento del desarrollo y la divulgación del ideario del humanismo cristiano en Chile y en toda Latinoamérica.

Democracia, desarrollo e integración: éstos son los tres temas que abordaremos en el marco del simposio de hoy. Los tres conceptos están estrechamente relacionados con los principios del humanismo cristiano y con la persona de Eduardo Frei.

A nosotros en la Democracia Cristiana nos une a nivel global nuestra convicción fundamental de que el ser humano constituye el centro de nuestro proyecto político. La pauta del humanismo cristiano es la visión cristiana del ser humano como creación de Dios, en su igualdad, en su variedad y también en su imperfección. Se basa en la individualidad inconfundible y la dignidad inviolable de cada ser humano. La fe cristiana y el humanismo no son contradicciones, como se ha sostenido en algunas oportunidades, muy por el contrario: solo el cristianismo convirtió al antiguo legado del humanismo griego y romano en una fuerza creadora. El punto de empalme para el humanismo cristiano es el doble mandamiento de amor en el Nuevo Testamento: «Amarás al Señor tu Dios (...) y a tu prójimo como a ti mismo».

Estimadas señoras y señores, en nuestra calidad de democratacristianos es nuestra misión el hacer posible una vida digna para todos y no solo para algunos seres humanos y proporcionar oportunidades justas para todos.

Libertad, justicia y solidaridad: éstos son los tres valores fundamentales de la Democracia Cristiana, que se aplican tanto en la conformación de nuestro orden político y económico así como en la totalidad de nuestra vida social. De esta adhesión resulta para nosotros el reconocimiento de la democracia liberal y del Estado de derecho, así como el reconocimiento de la Economía Social de Mercado como un orden político que permite llevar a cabo las máximas y los principios del humanismo cristiano.

Tras el fin de la Segunda Guerra Mundial, el primer canciller alemán y epónimo de nuestra Fundación, Konrad Adenauer, sentó las bases para que Alemania se convirtiera en una democracia estable, liberal y parlamentaria y para que cada vez más ciudadanas y ciudadanos sostengan positivamente a nuestra sociedad democrática. Lo mismo aplica a Eduardo Frei en Chile, al que Adenauer consideró como un amigo personal y al que recibió en su casa en Rhöndorf. Este honor

se concedió a muy pocos jefes de Estado extranjeros. Frei Montalva compartió los ideales y convicciones democráticas de los grandes demócratacristianos europeos, tales como Konrad Adenauer, Alcide De Gasperi y Robert Schuman, que juntos sentaron los cimientos para la actual Unión Europea.

Con motivo de su participación en un congreso del movimiento estudiantil católico a finales de 1933 y principio de 1934 en Roma, Frei Montalva viajó por primera vez a varios países del viejo continente europeo y conoció la difícil situación en la que Europa se hallaba en ese tiempo: la inminencia de una guerra devastadora que causaría una destrucción tremenda. Esto consolidó la experiencia de sus ideas humanistas y su convicción democrática. Al poco tiempo, de regreso en Chile, fundó la *Falange Nacional*, que comenzó como un movimiento al interior del partido conservador y a partir de 1938 se convirtió en un partido político independiente, que propagó sobre todo ideas solidarias y social-cristianas y abogó por una mejora de la situación para los pobres. Casi veinte años después, en 1957, de la Falange surgió el Partido Demócrata Cristiano de Chile, cuyo Presidente Eduardo Frei fue en 1964 el primer demócratacristiano de toda Latinoamérica que fue elegido presidente. Durante su mandato de seis años impulsó un amplio proceso de transformación, del que acabamos de escuchar algunos ejemplos. "Revolución en libertad" fue el lema que acuñó para su gobierno.

El mismo Frei habló en la siguiente cita de "un camino para transformar las estructuras económicas y sociales con pleno respeto al sistema democrático (...) un método político nuevo frente a las nuevas estrategias liberales o totalitarias". En una sociedad chilena cada vez más radicalizada logró, hasta el término de su mandato, de que el orden democrático siguiera intacto.

Sin embargo, su aporte más importante para la cultura democrática de Chile no fue en su calidad de Presidente de la República o posteriormente como Presidente del Senado, sino durante los años que siguieron al golpe militar de 1973 hasta su muerte en el año 1982, cuando se convirtió en uno de los principales opositores de la dictadura y un partidario de la vuelta de Chile a la democracia. Por esto, merece el reconocimiento y agradecimiento de todo el mundo.

Durante su vida Frei no solo estuvo profundamente preocupado por la situación de la democracia en Chile sino en toda Latinoamérica, tal y como se evidencia en su última gran obra "América Latina: Opción

y Esperanza”, que fue traducida al alemán por Josef Thesing, que también tenemos el agrado de tener presente hoy. Desde entonces, Latinoamérica ha experimentado profundos cambios, también en relación con su política.

Posterior a la muerte de Frei, en el transcurso de los años ochenta y noventa surgieron en casi todos los países latinoamericanos, nuevamente o por primera vez, sistemas democráticos de gobierno, de modo que en la actualidad todos los gobiernos y parlamentos (con la excepción de Cuba) son legitimados por elecciones generalmente democráticas. La democracia es ampliamente aceptada por la población y las orientaciones fundamentales apuntan hacia el Estado de derecho, hacia la economía de mercado, hacia la integración regional y hacia la apertura internacional.

Sin embargo, estimadas señoras y señores, no debemos olvidarnos de los riesgos. Ellos resultan entre otros de la debilidad preocupante de los partidos, de la falta de una justicia independiente, de la extendida corrupción, de la participación deficiente de la población indígena en el proceso de decisión política, así como, de la extrema desigualdad social. Estas deficiencias presentan desafíos especiales para la consolidación de la democracia y para el desarrollo pacífico en Latinoamérica. Una razón importante para ello está seguramente en que muchos países latinoamericanos aún no han logrado crear sistemas partidarios estables y enraizados en la población.

La debilidad de los partidos políticos tradicionales es una de las causas centrales de las debilidades de algunas democracias en Latinoamérica. Esto no solo obstaculiza a reformas coherentes, sino también favorece a gobiernos populistas con tendencias autoritarias. Muchos partidos han perdido su credibilidad ante los electores por sus prácticas de corrupción y nepotismo. La decepción sobre la mínima responsabilidad social de la mayoría de las élites nacionales también se expresa en los cambios drásticos que ha sufrido el comportamiento electoral. Según encuestas del Índice de Desarrollo Democrático de América Latina (IDD-Lat), llevadas a cabo anualmente por la Fundación Konrad Adenauer, la mayoría de los latinoamericanos sigue creyendo que el sistema político de la democracia es superior a todas las otras formas de gobierno. Sin embargo, el porcentaje de aprobación va en descenso desde fines de la década de 1990.

Toda democracia necesita la premisa fundamental de un orden económico sólido y sustentable, que no solo considera aspectos del

crecimiento, sino también de la justicia social. Si para amplios sectores de la población el principio de la democracia no se asocia automáticamente a una mejora de su situación política, social y económica, surge el peligro de la incertidumbre de la aceptación futura de este marco de orden y del aumento de la tendencia general de buscar modelos políticos y económicos alternativos.

Esto fue algo que ya reconoció Eduardo Frei, cuya familia –como es el caso de muchos políticos chilenos– provenía de la clase media. En 1948 escribió:

Una democracia requiere de un mínimo de prosperidad social, de educación pública, de un sentimiento de comunidad, de generosidad y comprensión. Las masas empobrecidas al borde de la desesperación, los malnutridos, los analfabetos y los oprimidos no son propios de una democracia.

La pauta de la política económica y social de la Democracia Cristiana es, tal y como mencioné anteriormente, la Economía Social de Mercado, un concepto de orden que entrelaza a nuestros valores fundamentales de libertad, justicia y solidaridad. Los principios fundamentales de la economía de mercado, en conjunto con prestaciones de la política social para lograr la equidad y el desarrollo social, son la máxima básica de nuestro actuar.

En el período posterior a la Segunda Guerra Mundial en Alemania tuvimos buenas experiencias con el concepto de orden de la Economía Social de Mercado. Por lo tanto, estamos convencidos de que otras regiones del mundo también podrán extraer valiosos conocimientos de este concepto. Estimadas señoras y señores, a veces me corresponde escuchar comentarios que envidian la buena situación en que se halla hoy Alemania. Quiero recalcar de que no fue algo fácil construir una Alemania a la que le va tan bien. Recomendando no envidiarnos, sino imitarnos en aspectos fundamentales. De este modo, a otros países también les irá bien.

El desarrollo económico de Latinoamérica ha sido muy alentador en los años pasados. Tras moderadas tasas de crecimiento y enormes tasas de inflación en los años ochenta, la mayoría de los países ha apostado a los principios fundamentales de la economía de mercado, tales como el orden de mercado, la liberalización y la privatización. En general, esto ha resultado en éxitos visibles. Sobre todo en los cinco años anteriores a la reciente crisis financiera global, el desarrollo

económico de Latinoamérica fue marcado por un auge continuo. En algunos casos, como en Brasil o aquí en Chile, las economías nacionales se desarrollaron con tasas de crecimiento por encima del promedio.

A pesar de este desarrollo macroeconómico generalmente positivo, nos preocupa que en muchos países persistan las desigualdades. La pobreza, la deficiente igualdad de oportunidades y sobre todo la distribución de ingresos extremadamente injusta siguen siendo los problemas más urgentes para grandes partes de la población. Ellos ponen en peligro a una política con orientación democrática y economía de mercado, crean un potencial conflictivo y refuerzan a los regímenes autoritarios.

Durante una estadía en Europa en los tempranos años cincuenta, Eduardo Frei pudo hacerse una idea acerca de la reconstrucción económica tras la guerra. Se mostró profundamente impresionado por los desarrollos de la era posguerra en Europa, lo que también se reflejó durante su tiempo como Presidente de la República, en el que inició una vía reformista, que buscaba transformar a la sociedad existente y abogó enérgicamente por una mejora de la situación para los pobres en el país, sin que esto impactara de manera negativa en la productividad económica.

También se debe prestar mayor atención al tema del medio ambiente y de la energía. El conservar a la creación es parte de nuestra responsabilidad cristiano-humanista. Al igual que en otras regiones emergentes del mundo, en Latinoamérica el crecimiento económico de los años pasados estuvo asociado a un consumo energético que va en rápido ascenso, así como a una explotación incontrolada de los recursos naturales. Sin embargo, estamos convencidos de que el crecimiento económico y la protección climática no son algo contradictorio. Muy por el contrario, la protección del clima es requisito para un crecimiento y una prosperidad sustentable. También en este contexto se puede obtener beneficios del principio de la Economía Social de Mercado, ya que ofrece una compensación entre los objetivos económicos y ecológicos, logrando la protección ambiental con medios de la economía de mercado.

Sin embargo, para una sociedad integrada no basta con enfocarse solo en el aspecto económico. También los desafíos sociopolíticos de la integración deben estar más presentes en la conciencia de los actores políticos y de la población. En Alemania, por ejemplo, los

habitantes con antecedentes de migración ascienden actualmente a aproximadamente 16 millones de personas. Esto corresponde a un porcentaje de casi un 20 por ciento de la población.

En Europa y en Alemania podemos constatar un fenómeno preocupante: la formación de las llamadas "sociedades paralelas" debido a una integración deficiente. El gobierno alemán actualmente intenta romper este círculo vicioso mediante considerables esfuerzos, que incluyen la facilitación de conocimientos del idioma y un fomento especial de la educación de los hijos de inmigrantes. Muchos otros países de inmigración estarán en la misma situación como nosotros, estimadas señoras y señores. Una identidad compartida es un requisito para una democracia viable.

Con respecto a la integración económica y política en Europa, como ustedes sabrán, actualmente enfrentamos algunas dificultades. Inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial, el grupo de demócratacristianos que nombré antes -entre ellos Konrad Adenauer - tomó la iniciativa. Lo que partió hace más de 50 años como asociación de seis Estados en un pequeño ámbito de la economía (carbón y acero), se desarrolló en las décadas pasadas hacia una unión que cuenta actualmente con 27 países miembros y una población de alrededor de 500 millones de habitantes, con el mayor mercado compartido del mundo y una moneda común.

Una obra de la paz después de dos guerras devastadoras. Debido a que últimamente y, como consecuencia de la crisis del euro, han surgido las protestas y un poco de escepticismo en la Unión Europea, recalcaré nuevamente: el camino hacia una Europa unida asegura la paz y descarta el peligro de guerras entre pueblos europeos hermanos.

Es importante de hacer entender al ciudadano de que la Unión Europea es nuestra mejor opción en tiempos de la globalización, con desafíos que traspasan las fronteras nacionales, como lo son el terrorismo internacional, las crisis económicas y financieras internacionales y el cambio climático. Los desafíos globales hoy ya no se pueden superar a nivel nacional. En mi parecer, también la integración latinoamericana sirve a este objetivo.

Así por lo menos lo vio Eduardo Frei Montalva, que se mostró profundamente impresionado por la integración europea y convencido de la necesidad de una integración latinoamericana. En su calidad

de Presidente de la República fue un gran defensor de la integración regional en Latinoamérica. Entre otros, fue uno de los fundadores del Pacto Andino y de la Comisión Económica Coordinadora Latinoamericana (CECLA), una iniciativa importante para fortalecer la posición latinoamericana frente a EE.UU.

Debido a que Frei se mantuvo firme en su afirmación de la cooperación internacional y creía en ella, apreciaba el papel de las Naciones Unidas en la regulación de conflictos y el reconocimiento mutuo entre pueblos y culturas. El punto culminante de su presencia internacional la marcó su participación en la Comisión Norte-Sur para temas del desarrollo internacional, presidida entre 1977 y 1980 por el otrora canciller alemán Willy Brandt.

A treinta años de su muerte, ¿cómo se presenta la realidad actual de la integración regional en Latinoamérica? En mi parecer, aquí también ha aumentado la conciencia de que la integración regional es política y económicamente conveniente para poder participar mejor y activamente en la globalización y fomentar un desarrollo pacífico en la región. La diversidad de nuevas iniciativas para la cooperación regional –tales como la Unión de Naciones Suramericanas (UNASUR) o la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC)– es en mi opinión prueba de ello.

Sin embargo, sigue siendo difícil reconocer una estrategia coherente y uniforme para la integración regional entre los países de la región. Esto debido a que los gobiernos actuales en Latinoamérica tienen orientaciones muy distintas respecto a su política de orden. Por una parte están los gobiernos que con mucho éxito persiguen el “modelo del mercado abierto” con una alta integración al mercado global. Por otro lado, algunos gobiernos se esfuerzan en revivir conceptos económicos que se centran en el Estado. Finalmente, el futuro de las iniciativas dependerá en primer lugar de la disposición real a la integración que tengan los distintos países miembros. Lo que está seguro es que el fortalecimiento de las asociaciones de integración en Latinoamérica ha sido uno de los objetivos esenciales de la política latinoamericana de Alemania y Europa en los años pasados.

Muy estimadas señoras y señores:

En el año 2007, el Partido Demócrata Cristiano de Chile, que fue cofundado por Eduardo Frei, celebró su cumpleaños 50. El próximo año, la Fundación Konrad Adenauer celebrará el aniversario cincuenta de su actividad en Chile. Creo que no es una casualidad de que la inauguración de nuestra oficina coincidiera con los años en que Eduardo Frei fue Presidente de Chile. La Fundación reconoció tempranamente la importancia nacional e internacional de Eduardo Frei y por este motivo decidió apoyar la política de reforma de su gobierno desde los inicios del trabajo de la Fundación en Chile en los años sesenta.

Desde el golpe de estado en septiembre de 1973 hasta el retorno a la democracia en 1989, la Fundación Konrad Adenauer apoyó a Frei y a la familia demócratacristiana con diversas medidas e iniciativas. Al mismo tiempo, fomentamos el acercamiento de los distintos grupos opositores democráticos y participamos en la preparación de la vuelta a condiciones democráticas.

A partir de 1989, el trabajo de la Fundación se adaptó a los profundos cambios en el país. Actualmente nos enfocamos en la consolidación democrática, en el desarrollo socioeconómico y la integración regional de Chile. **Democracia, desarrollo e integración:** estos tres principios fundamentales del humanismo cristiano, que determinaron la vida y obra de Eduardo Frei Montalva, son desde siempre nuestra misión y el compromiso para nuestro actuar, tanto en Alemania como aquí en Chile y en todo el mundo.

Estos fundamentos no han perdido absolutamente nada de su importancia desde los tiempos de Eduardo Frei. Chile y Latinoamérica están en un buen camino. Pero, estimadas señoras y señores, la visión de Eduardo Frei aún no se ha cumplido del todo. Está en nuestras manos el mantener vigente su legado y el llevar sus ideas a la práctica. No basta con mirar agradecidamente al pasado, sino este agradecimiento retrospectivo a Eduardo Frei debe convertirse en el motor para nuestra participación activa en el futuro. No debemos guardar los recuerdos como cenizas, deben ser como una llama y nuestra misión está en mantenerla viva. Por lo tanto, sigamos el trabajo con las ideas de Eduardo Frei.

Mi deseo es un futuro liberal y democrático en paz y prosperidad para Chile y para todo el continente latinoamericano.

Testimonio sobre la vida y obra de Eduardo Frei Montalva

Josef Thesing

Ex Secretario General Adjunto de la Fundación Konrad Adenauer,
Alemania

Antes que nada, agradezco muy cordialmente la invitación de participar en este simposio. También quisiera expresar mis más cordiales gracias a la Fundación Eduardo Frei, al Centro Democracia y Comunidad y a la Fundación Konrad Adenauer, que en conjunto realizan este simposio. Este evento –con motivo del cumpleaños 100 de Eduardo Frei Montalva– además de ser una iniciativa sumamente positiva, se organiza por una buena razón. Se trata del reconocimiento honroso y más que merecido así como de la apreciación del actuar político y humano de un gran estadista, de un humanista destacado y de una importante y preciada persona cristiana y democrática. Desde hace tiempo que su pensamiento y sus actos han pasado a los libros de historia. No solo fue uno de los estadistas más importantes de Chile, sino también de Latinoamérica. Con él, la política demócratacristiana en Latinoamérica en el siglo pasado inició su fase más importante.

Cuando recibí la invitación de participar en este evento, titubeé un poco antes de confirmar. Eso debido a que el argumento, que debió motivar mi participación, fue haber conocido a Eduardo Frei Montalva en 1965 en función de mi cargo en la Fundación Konrad Adenauer y haber colaborado con él de manera muy estrecha y amistosa, sobre todo durante el período entre 1973 y 1982, año en que falleció. También colaboré en la traducción al alemán y en la edición de su libro “América Latina: Opción y Esperanza” en el año 1978.¹ Esta fue una realidad que no pude negar, sobre todo el hecho de que entre 1973 hasta su demasiada temprana muerte nos reunimos muy a menudo para discutir junto con él y otras personalidades directivas del Partido Demócrata Cristiano (PDC) la estrategia de supervivencia desarrollada por la Fundación Konrad Adenauer (KAS, por sus siglas en alemán), así como para elaborar los detalles de esta estrategia.

Reiteradas veces nos encontramos en Santiago de Chile, en Bonn y también en 1978 en el Primer Congreso del Partido de la Unión del Centro Democrático (UCD) española en Madrid o en Sankt Augustin,

1 Eduardo Frei: Lateinamerika am Scheideweg, Maguncia, 1978.

la otrora sede principal de la KAS. Mediante estos encuentros y las extensas conversaciones asociadas a ellos –que fueron continuadas a través de un intercambio de cartas– pero sobre todo mediante mi colaboración en la traducción de su libro, estuve en contacto de manera muy directa con el pensamiento político de Eduardo Frei Montalva y con su persona. Contar hoy día de ello es algo que acepté con gusto, sobre todo porque me permite rendirle otra vez personalmente mi respeto y mi gratitud. Sin embargo, modifiqué levemente el título de mi colaboración. Solo hablaré de mis encuentros con Eduardo Frei Montalva Me limitaré a mis impresiones, experiencias y recuerdos personales.

Antes de llegar a ello, quisiera exponer algunas reflexiones acerca de la relación de Konrad Adenauer y Eduardo Frei Montalva Es algo que también se ofrece por el motivo de que entre los organizadores del simposio de hoy se encuentra la fundación que lleva el nombre de este gran estadista alemán del siglo pasado.

Efectivamente, había contacto entre ambos políticos, así como una relación de respeto mutuo. Ya en 1928, Konrad Adenauer se dedicó a Chile en su función como primer alcalde de Colonia. En ese tiempo publicó un artículo con el tema "Colonia y Chile".² En 1954 fue condecorado por el gobierno chileno con un alto galardón. En 1956 Eduardo Frei Montalva se reunió con el canciller Adenauer en Bonn para un primer diálogo. A Adenauer le interesaba el desarrollo político en Chile y Latinoamérica. Tras la violenta toma de poder en Cuba por Fidel Castro en 1959, Adenauer estaba preocupado por la influencia creciente del comunismo. La crisis de Cuba en 1962 lo convenció de la necesidad de hacer frente a este desarrollo. Estuvo directamente involucrado en la fundación del Instituto de Solidaridad Internacional de la KAS. Con el fomento de medidas de formación política para políticos y sindicalistas demócratacristianos, se pretendió contrarrestar la influencia comunista.

En 1964, Eduardo Frei Montalva ganó la elección presidencial en Chile como primer político demócratacristiano, con el programa "Revolución en libertad". Adenauer sintió alegría y satisfacción. En una carta a Eduardo Frei Montalva con fecha del 30 de octubre de 1964 escribió: "Agradezco muy cordialmente la invitación de participar en las celebraciones que se realizarán entre el 3 y 5 de noviembre de

2 Konrad Adenauer: *Köln und Chile*. En: *Chile: Nachrichten über deutsch-chilenische Angelegenheiten*. Hamburgo, 2º año, 1928, nº 6, pp. 48-49.

1964 con motivo de la asunción de su cargo. Son grandes las ganas de seguir su invitación y expresar personalmente mi gran alegría y satisfacción sobre su éxito electoral. Veo en su elección a la vez una señal alentadora para los grandes avances que han podido lograr los partidos demócratacristianos en Sudamérica”.³

El último encuentro entre Adenauer y Eduardo Frei Montalva tuvo lugar el 21 de julio de 1965 en la casa privada de Adenauer en Rhöndorf. En su función de Presidente de la República de Chile, Eduardo Frei M. realizó un viaje a Europa junto con su esposa. También permaneció algunos días en la República Federal de Alemania, donde fue recibido con mucha atención y grandes honores. Como parte del programa oficial estaba prevista una visita del ex canciller alemán en Rhöndorf. Adenauer –que en ese tiempo ya tenía 90 años y que en 1963 había presentado su dimisión del cargo de canciller– buscaba esta conversación, debido a que seguía interesado en el desarrollo de la política global y la situación en Latinoamérica. Eduardo Frei Montalva que fue acompañado por su esposa, doña Maruja– percibió esta visita como una distinción especial. En mi presencia contó de ella en varias ocasiones. Él sintió como un honor –concedido a solo pocas personas– el ser recibido por Adenauer en su casa privada. Eduardo Frei Montalva describió esta experiencia de la siguiente manera:

Parecía entonces tan alerta y vigoroso como quince años antes cuando lo vi por primera vez. Hablamos más de tres horas acerca del mundo, de América y de Chile. Me traía a la mente la imagen de De Gaulle, pues ambos tenían opiniones firmes y claras sobre cada problema, aunque no siempre iguales. Al despedirnos, nos acompañó, y tomando unas tijeras cortó una rosa en el jardín que cultivaba y se la ofreció a mi señora. Aún lo veo así en ese atardecer: alto y recto, sin un doblez, como fue su vida, seco, rugoso, severo de aspecto, pero con esa cordialidad profunda de quienes no se prodigan en gestos fáciles. De toda su persona emanaba una sensación de autoridad indomable. No tuvo otro propósito que servir a su pueblo, levantarlo del abismo en que estuvo sumido y enseñarlo a vivir adentro y afuera, en paz, en libertad y en justicia. Lo consiguió. Ese fue el fundamento de su poder y de su gloria.⁴

3 Copia de la carta en el archivo de la Fundación Bundeskanzler-Adenauer-Haus en Bad Honnef-Rhöndorf II/46.

4 Eduardo Frei M.: *Obras escogidas 1931-1982*. Santiago de Chile. 1993, p. 523.

El que alcanzó a conocer a Konrad Adenauer y a Eduardo Frei Montalva personalmente, no puede dejar de pensar que los dos tenían personalidades muy parecidas. Firmes principios que se basaban en un sólido fundamento humanista y religioso, firmeza y decisión en el proceder y actuar, ambos demócratas convencidos y convincentes, sus personalidades marcadas por humildad, amabilidad y honestidad. En base a estos valores y virtudes servían exitosamente a sus países y a sus pueblos. Un amigo chileno, con el que en una oportunidad hace algunos años discutí sobre la política de Eduardo Frei Montalva, lo formuló de la siguiente manera: "Eduardo Frei Montalva es nuestro Konrad Adenauer. Tiene uno de los lugares de privilegio en la historia de Chile".

Mi primer encuentro personal con Eduardo Frei Montalva fue el día 20 de julio de 1965. En ese entonces tenía 28 años y hace poco había iniciado mi trabajo en la Fundación Konrad Adenauer. En el Hotel Königshof en Bonn del Rin, el Presidente chileno recibió el 20 de julio de 1965 a las colaboradoras y colaboradores de la Fundación. Se realizó un breve encuentro durante el cual se intercambiaron algunas palabras amables. En ese tiempo, yo me preparaba para trabajar en la Fundación en Guatemala y Centroamérica. A partir de 1966 seguí desde esa región con interés y atención el desarrollo en Chile. Frei y su programa "Revolución en libertad" fue el modelo opuesto al cubano de una revolución con violencia. En 1969 tuve por primera vez la oportunidad de presenciar en Santiago de Chile personalmente y en el lugar los intensos debates llevados a cabo al interior y al exterior del PDC. En 1973, tras una estadía en Guatemala y Colombia, regresé a la central de la Fundación en Sankt Augustin y asumí la responsabilidad para los proyectos en Latinoamérica.

El 11 de septiembre de 1973 cambió radicalmente la situación en Chile. El PDC y la KAS tuvieron que adaptarse bruscamente a las nuevas condiciones. Para este nuevo desafío acuñamos el término de la "estrategia de supervivencia". El PDC debía sobrevivir el tiempo de la dictadura militar, costara lo que costara. En ese tiempo aún no imaginábamos cuán largo iba a durar ese período. Sin embargo, la KAS estaba determinada a permanecer en el país y seguir brindando ayuda solidaria a sus organizaciones contrapartes y amigos políticos. También la Unión Demócrata Cristiana (CDU, por sus siglas en alemán) apoyaba desde el principio a su partido hermano en Chile. El presidente de la CDU, el Dr. Helmut Kohl, que a partir de 1982 se desempeñaba como canciller de la República Federal de Alemania, mostró gran interés personal en los acontecimientos en Chile y expresó su solidaridad con el PDC de variadas maneras. Asimismo, el gobierno manifestó de forma muy clara

su rechazo al régimen de Pinochet. En esos tiempos difíciles, el PDC siempre podía contar con Helmut Kohl y la CDU.⁵

La “estrategia de supervivencia” que desarrolló la KAS junto al PDC –principalmente en colaboración con Eduardo Frei Montalva, Patricio Aylwin y Claudio Orrego– consistía de dos elementos.

Primero: La KAS aprovechaba todas las posibilidades para poder continuar los diferentes proyectos a pesar de las nuevas condiciones. Aumentó los recursos financieros. La Fundación pretendía explotar de manera óptima las posibilidades legales del nuevo sistema. Esto fue posible debido a que en Latinoamérica las dictaduras no son tan perfectas. De forma voluntaria o involuntaria, dejan suficientes márgenes de acción como para poder actuar. A los programas de formación política para militantes del PDC se les cambiaba el nombre. De ser necesario, se realizaron en instituciones de la Iglesia o bien en colaboración con éstas. La flexibilidad y la abundancia de ideas de ambas partes fueron de gran ayuda en ese contexto. Lo importante para nosotros fue que a través de la interconexión de los proyectos se mantuviera en lo posible la estructura del partido y se asegurara la existencia material de aquellos demócratacristianos afectados por la persecución directa del gobierno militar.

Segundo: Otro objetivo fue el relato de los acontecimientos políticos en Chile para el exterior. Para cumplir con esta meta, desarrollamos un amplio programa de visitas. Políticos demócratacristianos alemanes visitaron Chile con regularidad para así manifestar en el diálogo con representantes del gobierno así como con los compañeros de partido chilenos tanto el rechazo del régimen militar como la solidaridad con el PDC. Por otro lado, la KAS invitó a directivos de la Democracia Cristiana chilena a Alemania, con el fin de darles la oportunidad de describir ante representantes del gobierno alemán, de la CDU y de los medios de comunicación la situación en su país. El programa tenía un objetivo político: demostrar de variadas maneras al gobierno militar de Pinochet en Chile que el gobierno alemán y la CDU no permitirían que la solidaridad con el partido hermano chileno se pusiera en duda. Estas actividades se complementaron por un amplio programa de becas de la KAS, que proporcionaba la oportunidad a jóvenes demócratacristianos chilenos de cursar estudios de varios años en universidades alemanas. Muchos de estos becarios posteriormente asumieron funciones y cargos políticos importantes en los gobiernos democráticos a partir de 1990.

5 Wilhelm Hofmeister, ex colaborador de la KAS en Chile, expuso este tema en un interesante artículo. Wilhelm Hofmeister: *Die deutschen Christdemokraten und Chile*. En: KAS-AI, Sankt Augustin. N° 7/2004, pp. 22-49.

La estrategia de supervivencia exigía de ambas partes un alto grado de disciplina y coordinación. En el lado chileno fue Eduardo Frei Montalva quien asumió esta misión, en el lado alemán fui yo. Este trabajo demandaba un muy alto volumen de viajes en los años posteriores a 1973. Por este motivo, Eduardo Frei Montalva estuvo reiteradas veces en Alemania y yo visité regularmente a Chile. Sobre todo tras la prohibición de los partidos políticos en el año 1977, el trabajo del proyecto requería de nuevos ajustes. También era necesario el diálogo con el gobierno. La KAS actuó a la ofensiva frente al gobierno militar. En marzo de 1977 tuve una conversación muy abierta y no precisamente amigable con el general Rafael Ortiz, el director de la Oficina de la Presidencia. Principalmente giraba en torno a la pregunta si a la KAS se le permitiera permanecer en Chile y continuar su trabajo en el país. Expliqué al general el objetivo de la KAS de apoyar al PDC y a las instituciones relacionadas con el partido en el marco de las posibilidades legales. A la vez, advertí que en el caso de una prohibición de las actividades de la Fundación en Chile, el gobierno chileno debería prepararse para considerables consecuencias políticas en Alemania y también en Europa. Al general no le agradaba en absoluto y me explicó que, si bien el gobierno no estaba de acuerdo con el trabajo de la KAS, no pensaba en prohibirlo.

No quiero omitir que la Unión Social Cristiana (CSU, por sus siglas en alemán) en Baviera y particularmente su presidente Franz-Josef Strauß tenían simpatías hacia el gobierno de Pinochet. Estaban más que descontentos con el trabajo de la KAS. Franz-Josef Strauß en una entrevista habló de manera muy despectiva e hiriente sobre el PDC y Eduardo Frei Montalva. Con motivo de otra visita de Eduardo Frei Montalva en mayo de 1977, la KAS organizó un diálogo con Franz-Josef Strauß. Queríamos aprovechar la posibilidad de que ambos señores, que no se conocían personalmente, pudieran intercambiar sus diferentes puntos de vista durante una conversación. Al principio, Eduardo Frei Montalva no estaba dispuesto. Con razón se sintió herido por los ataques de Strauß. Finalmente, logramos que aprobara el encuentro. Al parecer, aceptó este desafío por la buena relación con nosotros. Yo participé personalmente en el diálogo. Strauß estaba aparentemente nervioso, mientras que Eduardo Frei Montalva lo trataba con cortesía y mucha distancia. Sus gestos delataban que se sentía personalmente ofendido por los ataques polémicos e hirientes de Strauß. El intercambio de opiniones transcurrió de manera racional y en una atmósfera fría. Strauß no tenía mucho que oponer a la versión de los hechos que presentó Eduardo Frei Montalva. Posterior al encuentro pregunté a Eduardo Frei Montalva por su impresión de la conversación con Strauß y me respondió: "Strauß no es amigo de

los democratacristianos chilenos. En realidad, no tiene idea de lo que está pasando en nuestro país". Fue evidente que las diferencias de carácter y sus temperamentos diametralmente opuestos impedían que estos dos políticos se llevaran bien. La causa de este obstáculo fue Strauß.

Ya por razones del tiempo, no me es posible abordar cada uno de los muchos encuentros y conversaciones que tuve con Eduardo Frei Montalva. Bonitos recuerdos me traen las visitas en Santiago en la Calle Hindenburgo en casa de los Frei. En reiteradas ocasiones, el padre de familia me invitó a almorzar junto a los suyos. En esas oportunidades me impresionó la atmósfera única de una familia armoniosa. Eduardo Frei Montalva y su esposa doña Maruja personificaron la unión familiar en el mejor de los sentidos. Tanto el padre como la madre emitían una autoridad natural y simpática. En un ambiente así, uno se sentía a gusto. Después del almuerzo pasamos al trabajo. Eduardo Frei Montalva y yo nos retiramos a su oficina en el primer piso de la casa, donde analizamos los problemas y proyectos. Él encendió un puro y, sabiendo que no fumo, no se esmeró en ofrecerme uno a mí. No lo desagradaba demasiado que no fumara, ya que de esta manera no tenía que compartir sus costosos puros. Aún sin puro recuerdo como sumamente enriquecedores estos encuentros y conversaciones con sus rituales propios.

Al resumir los muchos encuentros, experiencias y diálogos, me quedo con las siguientes impresiones:

Eduardo Frei era para la KAS, la CDU y también para mí en el tiempo entre 1965 y 1982 –además de otras personalidades del PDC como Patricio Aylwin, Bernardo Leighton, Jaime Castillo, Claudio Orrego– un destacado líder, que en Alemania comunicó de manera muy convincente y creíble los conceptos y fundamentos intelectuales y políticos de la Democracia Cristiana en Chile y en Latinoamérica. Gracias a él, Chile gozó a nivel internacional de gran aprecio a partir de 1964 y posteriormente en la época de la dictadura militar. Durante sus visitas al extranjero siempre fue recibido con altos honores. De esta manera, le mostró al general Pinochet que él y el PDC a nivel internacional recibían reconocimiento, aceptación, respeto, solidaridad y ayuda práctica. Eso fue de suma importancia para el desarrollo interno en el país.

También los colaboradores de la KAS aprendimos mucho de Eduardo Frei Montalva. Mediante sus publicaciones, pero sobre todo mediante las muchas conversaciones que realizamos con él, nos familiarizó con

el ideario de la Democracia Cristiana y la realidad política en Latinoamérica. Para nosotros en la KAS fue algo importante. Necesitábamos de consejeros de esa envergadura, debido a que en los inicios de nuestro trabajo internacional en la década de 1960 teníamos que determinar bien las orientaciones fundamentales. En eso, Eduardo Frei Montalva fue de gran ayuda. Hasta el día de hoy goza de gran admiración al interior de la KAS. Posterior a su muerte, nombramos una de nuestras salas centrales de reunión en su honor. De esta forma, siempre tenemos presente su vida y su obra.

Eduardo Frei Montalva era una personalidad impresionante. Tanto en su fe como en su actuar fue una persona fuerte. Se caracterizó por su sensibilidad humana, por su trato de las personas así como por la comprensión de sus problemas y necesidades. Fue impresionante su habilidad de escuchar a la gente y comunicarse con ella. Su juicio fue balanceado, su temperamento mesurado. Muy pronunciado fue su sentido de justicia, libertad y democracia. A su inteligencia se unían su nobleza, su grandeza, su sencillez, su sentido humano y su gran bondad. En breves palabras: una personalidad destacada con una gran humildad humana. Él mismo caracterizó su vida y obra en 1975 de la siguiente manera: "Puedo mostrar una vida en que mis actos y mis escritos al servicio de Chile, de la justicia y de la libertad, son de una total consecuencia".⁶

Usaré una cita de Claudio Orrego V. para expresar lo que siento: "Hay veces en que la historia permite a los pueblos convivir con hombres de excepción. El caso de don Eduardo Frei es una de ellas. Personaje que con sus talentos y carisma marcó una época y fue un elemento decisivo en el desarrollo de muchas de nuestras existencias personales".⁷ Añado que agradezco mucho el privilegio de haber conocido a Eduardo Frei. Sobre todo agradezco que me haya regalado su amistad.

6 *El pensamiento de Eduardo Frei*, editado por Oscar Pinochet de la Barra, Santiago de Chile, 1982, p. 1.

7 En: Hoy, 27 de enero al 2 de febrero de 1982, p. 37.

CAPÍTULO II

REALIDAD Y PERSPECTIVAS DE LA INTEGRACIÓN LATINOAMERICANA

José Miguel Insulza*

Secretario General de la Organización de los Estados Americanos (OEA)

El 27 de junio de 1982, el Consejo Permanente de la Organización de los Estados Americanos rindió tributo a la memoria de Eduardo Frei Montalva, fallecido 6 días antes. La resolución unánime del Consejo Permanente comienza destacando "su trabajo al servicio del pueblo de Chile, su lucha constante por las causas de la libertad, la democracia y la integración latinoamericana". La mención a la integración no es secundaria ni formal. El organismo hemisférico consideró necesario, al iniciar su homenaje a Eduardo Frei, destacar el tema de la integración, que fue una de sus grandes visiones como estadista, parte importante de sus afanes como Presidente de Chile y aspecto esencial de su creación intelectual hasta el fin de su vida.

Por ello, cuando celebramos el centenario de su nacimiento, es un acierto que la Fundación que lleva su nombre haya incluido el tema de la integración latinoamericana en los temas que trataremos en este seminario.

La ocasión nos plantea un dilema, entre referirnos a lo que fue la contribución de Frei al pensamiento y acción en la integración de América Latina o tratar de la realidad actual y perspectivas de este proceso, como el título de este panel sugiere ("Realidad y perspectivas de la integración latinoamericana"). Pero el dilema es sólo aparente, porque para referirnos a los problemas que la integración latinoamericana enfrenta en la actualidad, un examen del pensamiento y obra de Eduardo Frei Montalva sigue sustancialmente vigente. Más aún, me permito sugerir, a modo de "provocación" inicial, que en muchos aspectos las ideas que Frei impulsaba en su tiempo, configuraban una visión más avanzada de la integración de lo que muchos propugnan hoy.

Lo que trataré de hacer, entonces, es describir brevemente las principales ideas que inspiraron la acción de Frei en materia de integración y los resultados y obstáculos que encontró; para luego analizar algunos obstáculos actuales a la luz de esa experiencia.

* Este texto se basa en la intervención que José Miguel Insulza dio en el seminario "Integración, Democracia y Desarrollo", que se realizó en Santiago el 23 de agosto de 2011.

I

Eduardo Frei Montalva fue el primer Presidente de Chile que tuvo una visión efectivamente latinoamericana de la política exterior de su país, superando las posturas más tradicionales que, sin restarse a los procesos regionales, enfatizaban casi exclusivamente las cuestiones de carácter limítrofe. Fue también el primero en poner la integración regional al centro de esa política, poniendo al país en una posición de liderazgo en América Latina.

Desde mucho antes de asumir el gobierno, Frei estaba convencido de que ninguno de nuestros países estaba en condiciones de alcanzar un pleno desarrollo ni tener un peso importante en las relaciones internacionales, si no existía entre ellos una estrecha asociación política y económica.

El ejemplo de Europa, que citaba constantemente, le mostraba que era posible que países que habían vivido antagonismos mucho mayores que los existentes en nuestra región, los dejaran de lado para crear entre ellos vínculos de cooperación permanentes. Pero también Frei veía con acierto como en el mundo de los grandes bloques, los países más pequeños no podían influir por sí solos; al mismo tiempo, entendía que la realidad internacional no se podía agotar en el conflicto Este-Oeste, con la parcial inclusión como actores de algunos países de Europa y Asia. Al contrario, percibía ya la enorme realidad de un mundo en que día a día surgían nuevos estados independientes, que también buscaban transformar el orden global. Quedarse al margen de ese proceso transformador no era una alternativa factible, sin condenar a América Latina a una posición secundaria y dependiente (Frei tenía pocos remilgos en usar el término "dependencia" y "periferia" para calificar la posición de América Latina) y postergar una vez más su posibilidad de desarrollo. Para ser independientes y, al mismo tiempo, ganar un espacio en la escena mundial, los países más pequeños debían formar una unidad.

No obstante, ni siquiera cuando ya como ex Presidente de Chile formó parte de manera activa de la Comisión Internacional sobre Problemas Internacionales del Desarrollo o Dialogo Norte-Sur, que presidió el ex Canciller alemán Willy Brandt, Frei fue un "tercermundista", al menos no en el sentido de antagonizar al mundo desarrollado con el mundo en desarrollo. Sus afinidades estaban claramente orientadas hacia Occidente, del cual consideraba que América Latina era parte, por razones históricas, geográficas, culturales y hasta religiosas. Europa, donde la Democracia Cristiana era gobierno en los países más

importantes, y Estados Unidos, especialmente después de la llegada al gobierno de John F. Kennedy en 1960, eran, para él, aliados en los que el proceso de integración latinoamericana podía encontrar simpatía y apoyo.

Con todo, es equivocado decir que Frei comenzó a pensar en la integración latinoamericana a partir de la integración europea o de la Alianza para el Progreso. Al contrario, como otros de su generación pensaba que América Latina tenía su propia especificidad y su propio destino y debía, por lo mismo, buscar sus propias definiciones. Esa idea comenzó a forjarse en él a partir, por una parte, de las propuestas de la CEPAL de comienzos de los años cincuenta y, por otra, del desarrollo paralelo del pensamiento demócratacristiano de esos años. No es una casualidad que ya en 1954, después la Reunión de Ministros de Hacienda de Quitandinha organizada por la OEA y la CEPAL, que sentó las primeras bases de una política de integración, Eduardo Frei Montalva haya sido uno de los expertos convocados por Raúl Prebisch para trabajar en un informe que debía ser presentado a una Reunión Extraordinaria de Ministros de Hacienda y Economía en noviembre de 1954. Y aunque el texto producido estuvo por debajo de lo que el propio Frei habría esperado (“un esquema circunspecto y tímido para reducir los aranceles y aumentar el comercio en el área”, lo llamó Thomas Walker, profesor de la Universidad de Nuevo México), la experiencia sirvió para que Frei adquiriera un interés mucho mayor con el tema y esto lo llevara a desarrollar propuestas de política internacional para Chile en cuyo centro estaba la región latinoamericana y su integración. A partir de entonces se involucró de manera protagónica en el desarrollo de una doctrina integracionista en sucesivas reuniones de los partidos demócratacristianos de la región, con cuyos líderes mantuvo siempre una relación estrecha.

Es justo decir entonces que la visión de Frei sobre la integración se forjó en la década de los cincuenta, en el contexto señalado y que, a pesar de que la realidad política le exigiría adaptarlo a veces, en lo doctrinario permaneció fundamentalmente inalterado.

La propuesta de integración que lanzó Frei al iniciar su gobierno era ya completa, al punto que alguien, intentando descalificarla, la ha llamado “ideológica”. En realidad, la expresión no debería tener nada de peyorativo. Lo que hay en Frei, ya en esos años, es una visión de la integración, que iba más allá de su tiempo, pero que orientaba su acción. Cuando Robert Schuman y otros grandes líderes europeos proponen la integración en Europa no estaban pensando

en la Comunidad del Carbón y el Acero. Ellos tenían ya una visión, una idea clara del futuro al que aspiraban y, en función de ésta, se proponían objetivos para el presente. Frei y los latinoamericanos que compartían su orientación, agrupados en torno a la CEPAL y a otras instancias internacionales y políticas, también tenían su visión, su esperanza y sus ambiciones.

II

En términos muy generales esta visión tenía los siguientes componentes:

1.- Una identidad latinoamericana. La idea de integración parte de la base, obvia para algunos pero desechada también por muchos, de que un conjunto de países conforman una entidad política distinguible de otras en el escenario internacional. Frei siempre habló en esos términos de América Latina y depositó su fe en ella, a pesar de reconocer importantes diferencias entre sus países componentes, que en ocasiones constituirían obstáculos difíciles para el proceso de integración. En su último libro, bajo el título sugerente de "América Latina: Opción y Esperanza", publicado en 1977, volvería una vez más sobre este concepto, revisando previamente argumentos contrarios de todo orden, señalando que:

A pesar de todo, todavía parece que el rasgo dominante del continente latinoamericano es la similitud de características que se encuentran en los distintos países. Tres siglos de dominio colonial los dejaron con una fisonomía cultural similar, una fe religiosa común y sólo dos lenguas latinas dominantes. También les dejó el mismo tipo básico de organización administrativa y de propiedad de la tierra, que dio origen a un dualismo social que aún perdura. Y el sistema jurídico Ibero-Latino ha dejado una impronta profunda sobre el conjunto.

Para luego concluir:

Por lo tanto no es solamente posible, sino objetivamente correcto hablar de América Latina como una entidad real. Aunque dividida en más de veinte naciones, tiene más rasgos comunes que muchos otros conjuntos de población que hoy aparecen políticamente unidos. Tan cierto es esto que el mundo entero tiende a verlas bajo una sola imagen, a menudo a despecho de ellas mismas. Desde la distancia es más fácil ya entonces ver los rasgos definitorios comunes que las diferencias entre ellas.

2.- Pero la afirmación de una identidad latinoamericana no conllevaba la idea de una América Latina que para integrarse se encerraba en sí misma. Al contrario, una de las preocupaciones de Frei, muy anterior incluso a sus propuestas de integración, era el carácter cada vez más secundario de América Latina en la escena mundial. Ya en 1942, en el primer libro que publicó cuando tenía apenas 21 años ("Aun es tiempo") argumentaba vigorosamente por una política común, que sería a la vez "la defensa de su vida en lo político y en lo económico". Frei veía al mundo al salir de la guerra como un mundo de grandes bloques, en que los países de América Latina, separados entre sí, serían presa fácil de los apetitos de otros. "El individualismo entre las naciones", decía, "cede paso a un orgánico reajuste entre los pueblos que pudieron vivir en el pasado dentro del limitado espacio de su frontera, pero que en el presente se distribuyen y equilibran de acuerdo con su población, recursos en materias primas, ubicación geográfica y tendencia ideológica". Sudamérica (Frei hablaba en realidad de América Latina) sería presa codiciada. Su dilema era simple: o se disgregaba y cada nación era absorbida por alguna agrupación mayor; o bien asumía también su política común como la única forma de asegurar su supervivencia independiente.

En plena guerra, era claro para Frei que los países del Sur debían alinearse en el bando democrático, bajo el liderazgo de Estados Unidos. Pero eso no le impedía percibir que "junto con ayudar a las democracias y en especial a Estados Unidos... deben pensar [los latinoamericanos] que mañana al resolverse la contienda, han de ser una sola fuerza para pedir justicia en lo internacional". La visión de una América Latina independiente, asociada con Occidente, pero con su propia identidad y personalidad en el sistema internacional es parte permanente de la visión de Eduardo Frei Montalva.

3.- Una integración económica era, a la vez, necesaria y posible. Las naciones de América Latina tenían una problemática económica común, a pesar de las diferencias de tamaño y nivel de crecimiento. Todas ellas necesitaban basar ese crecimiento en un proceso de industrialización que les permitiera sustituir importaciones y así reducir su dependencia externa. Dada la estrechez de sus mercados internos, ninguno de ellos estaba en condiciones de producir esa sustitución de importaciones de manera competitiva (más tarde Frei matizaría esta afirmación agregando en sus exposiciones "con la posible excepción de Brasil") y requerían ampliar esos mercados a través de acuerdos comerciales preferenciales o incluso estableciendo convenios de complementación productiva.

Al mismo tiempo, Frei percibía (aunque la palabra "competitividad" no estaba aún de moda) que para poder jugar un papel protagónico en el mundo, la creación científica y el avance tecnológico eran elementos indispensables. Esos recursos difícilmente estarían disponibles por la mera transferencia desde el exterior, sin el esfuerzo educativo y de investigación que debían llevarse a cabo en nuestros países. Dada la escasez de recursos disponibles, el esfuerzo común en este plano era también un contenido esencial de la integración.

La creación de la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio (ALALC) a través del Tratado de Montevideo de 1960 fue saludada con entusiasmo por Frei y los demócratacristianos del continente como un logro y también como una victoria propia, ya que sucesivos Congresos de esa denominación habían abogado con fuerza por un Mercado Común Latinoamericano. La Democracia Cristiana veía en la ALALC el comienzo del "establecimiento de un mercado común, una unión aduanera con posibilidades, el intercambio de información sobre las industrias básicas y otros proyectos conjuntos igualmente útiles", aunque es preciso reconocer que los contenidos de esos "otros proyectos" no estaban demasiado claros.

No obstante, Frei se refirió en el Senado a la creación de la ALALC como una iniciativa positiva, cuyo éxito dependería más que de la letra de los acuerdos, "de la voluntad de los hombres". Ya en la primera mitad de los sesenta se vivieron los primeros problemas de la integración, reflejados en el hecho, que Frei verificaba, de que la ALALC se había dedicado más a resolver problemas entre países, que a avanzar a una integración más profunda.

Un documento del Congreso hemisférico de la Democracia Cristiana retomaba en 1964, en vísperas de la elección de Eduardo Frei, la propuesta de ir de inmediato a la creación de un Mercado Común. Pero además la ponencia chilena, que ese Congreso acogió por unanimidad, señalaba directamente que la creación de una entidad de ese orden "exigiría una decisión política cuyos efectos trascenderían a los económicos" (subrayado mío). A pocos meses de ganar la Presidencia de Chile, es difícil imaginar que tal afirmación no contara con la plena aprobación de Frei.

4.- La integración económica de América Latina requería de sus gobiernos las decisiones políticas adecuadas a ese fin. La integración económica va así de la mano con la integración política, porque requiere decisiones políticas y un compromiso claro de los gobiernos

con el proceso y sus objetivos. Pero además se requiere incluso voluntad para crear instituciones supranacionales, que puedan tomar decisiones obligatorias para los estados miembros del proceso. La misma postura oficial de la Democracia Cristiana recién citada lo afirmaba de manera aún más explícita, al requerir: “un nuevo concepto de soberanía integrada en la comunidad regional, con definida creación de entidades supranacionales, la que no nacerán del concepto de mera ‘delegación’ por parte de los gobiernos nacionales, sino de la creación autónoma y consciente de una nueva estructura internacional de la región”. Y, en efecto, se hablaba a continuación de un Parlamento, un Consejo y un Tribunal latinoamericanos.

Aunque los problemas de la integración en ese momento se reducían a decisiones estrictamente económicas, y más particularmente a lo referido al comercio exterior y la solución de controversias, este aspecto de la visión de Frei es probablemente la más avanzada que América Latina, acostumbrada a valorar la soberanía de cada nación por encima de cualquier otra consideración, había conocido hasta la fecha y, me atrevería a decir, haya conocido hasta hoy.

5.- En todo caso, a pesar de la limitación anterior, la integración debía producirse entre estados iguales y soberanos, lo cual implicaba reconocer un obstáculo importante en la existencia, dentro del proyecto integracionista, de naciones más débiles desde el punto de vista de su tamaño, de su nivel de desarrollo y de su fortaleza institucional.

América Latina –decía Frei en 1966– es un continente que incluye países con muy diferentes niveles de desarrollo... El progreso y el atraso coexisten en nuestro continente y esta es la principal razón para el lento avance en alcanzar una real integración...

La mera reciprocidad de beneficios establecida en el Tratado de Montevideo no es suficiente para asegurar a todos los países una participación adecuada en la creciente prosperidad. Es necesario crear condiciones que permitan a todos los países sentir confianza en la integración como una empresa común, creer que la expansión de cada economía nacional y el progreso de todos los pueblos involucrados serán verdaderamente alcanzados a través del desarrollo del continente en su conjunto. Sólo así será posible que todos los países apoyen la integración y actúen decisivamente para realizarla.

Frei proponía realizar esta tarea a través de la planificación regional y de instrumentos concretos como las contribuciones al financiamiento de la infraestructura, de la educación y la salud en las áreas menos desarrolladas, utilizando los ingresos provenientes de las zonas más avanzadas.

6.- Cuando Frei escribía estas palabras, ya eran visibles los retrasos del proceso de integración iniciado con la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio (ALALC) y la reticencia de algunos países mayores a contribuir a su fortalecimiento. No obstante, este tampoco debía ser un obstáculo insalvable; en realidad lo más probable es que ni siquiera Frei creyera que los principales financiamientos de la empresa integradora provinieran de sus propios miembros, aún lejos de alcanzar el desarrollo. Su propuesta de integración suponía de manera muy fundamental la solidaridad de otros socios del mundo desarrollado, de Estados Unidos y Europa Occidental, a quienes veía, cuando se lanzaba la integración europea y en ese continente gobernaban principalmente los demócratacristianos y los socialdemócratas, todos ellos partidarios de la integración; y cuando en 1960 el Presidente John Kennedy proclamaba la Alianza Para el Progreso como una asociación de Estados Unidos con países de América Latina dispuestos a asumir de manera decidida políticas de reformas estructurales.

III

El Presidente Frei Montalva inició con brío su gobierno en noviembre de 1964 y se refirió al tema de la integración ni más ni menos que al comienzo de su discurso inaugural, en términos inequívocos:

Saludo a los pueblos hermanos de la América Latina, con los cuales no queremos vivir en un viejo y a veces gastado formulismo jurídico y diplomático, que hasta ahora no expresa de manera viva y real las exigencias de la integración, de real cooperación y de unidad, que ya no es sólo el mandato de la geografía, de la tradición, del lenguaje y de la historia, sino que es hoy la condición inescapable para mantenernos en las fronteras más avanzadas del pensamiento creador, del esfuerzo científico y de la eficiencia técnica; que nos dé el ámbito para dar realce y oportunidad a nuestros valores humanos; para expandir nuestra economía; realizar la justicia y tener una voz respetada y vigorosa en la comunidad mundial; y no seguir siendo el coro disminuido y con razón olvidado.

Todos los contenidos de la visión de Eduardo Frei Montalva sobre la integración de América Latina están en este texto. Pero además Frei tomaría de inmediato dos iniciativas audaces: por una parte (recordando tal vez la iniciativa tomada por Prebisch después de Quitandinha) dirigió una carta a cuatro eminentes latinoamericanos, Raúl Prebisch, José Antonio Mayobre, Felipe Herrera y Carlos Sanz de Santamaría, solicitándoles elaborar una propuesta concreta para la creación de un Mercado Común Latinoamericano; y, por otra parte, en su propuesta de Reforma Constitucional presentada a Congreso del 30 de Noviembre de 1964 incluyó un artículo que autorizaría la delegación de poderes específicos del Estado a organismos internacionales dedicados a la integración y el desarrollo.

La reforma constitucional nunca se concretó, pero el proyecto quedó como claro testimonio del compromiso de Frei con una integración real (y de la reticencia del Congreso chileno a asumirla en esa profundidad). En cuanto a los "cuatro sabios", ellos cumplieron su cometido muy completa y oportunamente. Apenas cuatro meses más tarde, en abril de 1965, entregaron un informe titulado "Hacia la Integración Acelerada de América Latina", referido a todos los asuntos que Frei había solicitado.

Reconociendo las limitaciones que hasta entonces había tenido el proceso del ALALC, el informe señala que el principal defecto es que "no se ha formulado aún una política general de integración que establezca clara y distintamente los objetivos que se persiguen, los métodos que han de emplearse, el plazo para conseguir esos objetivos, y a que no se han vinculado a él todos los países del área". A partir de su diagnóstico, se enuncian las propuestas generales, con una advertencia previa, contenida en la introducción:

La creación del Mercado Común, por una parte, está condicionada a los esfuerzos nacionales de desarrollo y es al mismo tiempo elemento indispensable para fortalecer y acelerar dichos esfuerzos; por otra parte, inevitablemente debe abarcar, en forma simultánea, aspectos relacionados con la política comercial, la política de inversiones y con arreglos y sistemas de carácter monetario e institucional.

El informe hace propuestas "técnicas" referidas a la política comercial y a la aceleración de las desgravaciones; a la política de inversiones; a la política monetaria y financiera; al trato preferencial a los países

de menor desarrollo relativo; a las medidas de salvaguardia y reajuste a adoptar para proteger a las economías que entren en crisis; y a instituciones como el Consejo de Ministros, la Junta Ejecutiva, los instrumentos de promoción de las inversiones regionales y hasta la creación de un Parlamento Latinoamericano, que si veía la luz y existe hasta hoy, aunque con mucho menos atribuciones que las que entonces se imaginaban. Pero junto con dejar todos estos caminos abiertos, los autores advirtieron que se trataba de un "informe técnico", que suponía decisiones políticas. Y estas nunca llegaron, al menos no en la medida en que Frei las esperaba.

En los meses siguientes quedaría muy claro que la voluntad política de los actores no iba más allá de las buenas palabras. La siguiente Conferencia Interamericana se limitaría a adoptar lenguajes de compromiso, sin que sus acuerdos contuvieran decisiones o compromisos firmes en materia institucional, de inversiones o de trato preferencial. En los años que seguirían la ALALC cambiaría su nombre a ALADI (Asociación Latinoamericana de Integración) pero sin cambiar su naturaleza, dedicada fundamentalmente al intercambio de preferencias entre países y, en años más recientes, a inscribir los avances de los acuerdos comerciales bilaterales o plurilaterales entre países miembros. De las propuestas institucionales, como se mencionó en el párrafo anterior, sólo se concretaría algunos años después el Parlamento Latinoamericano, sin ninguna atribución real.

La falta de voluntad política se combinó (y en parte también se explica) con algunos eventos que revelaron la existencia de proyectos políticos muy distintos en distintas partes del hemisferio. En la zona Atlántica de América del Sur la presencia de una dictadura militar en Brasil, anterior a la elección de Frei, se veía ahora reforzada con una dictadura similar en Argentina, a partir de la caída del régimen democrático de Arturo Illia en junio de 1965 y su reemplazo por la dictadura militar de Onganía. Con la Cuenca del Plata en manos de regímenes militares (sólo Uruguay mantuvo hasta los setentas un gobierno civil), que priorizaban las alianzas estratégicas por sobre la integración económica, el proyecto de Frei ya se tornaba irrealizable. En cuanto al apoyo externo, la administración norteamericana de Lyndon B. Johnson parecía virar hacia posturas más habituales de Guerra Fría, aun cuando mantenía su voluntad de tener con Chile una "relación especial", que pareció más retórica después de los desacuerdos con Estados Unidos a partir de la crisis en la República Dominicana. Chile objetó la intervención, mientras en ella Estados Unidos contó con el apoyo de Brasil y Argentina.

El debate que siguió, centrado en la creación de una Fuerza Interamericana de Paz, reavivó una polémica que venía de la posguerra, acerca de si la prioridad del Sistema Interamericano debía estar en la seguridad o en el desarrollo, en el cual Estados Unidos y Brasil aparecían encabezando un bando y Chile el otro. Frei sentía que la Alianza para el Progreso se había desviado de su camino original. En un artículo publicado en la Revista *Foreign Affairs*, en 1967, con ese mismo título ("The Alliance that lost its Way"), argumentaba que la Alianza había sido concebida como una asociación para llevar a cabo reformas estructurales profundas, económicas y sociales, en los países de América Latina y ese objetivo se había perdido de vista, porque había países de la región que rechazaban esas reformas y Estados Unidos ya no las exigía como requisito para acceder a los fondos de la Alianza. También criticaba a la Alianza por su incapacidad para promover la integración, afirmando que "aunque el Tratado de Montevideo ha estado en operación por cinco años, la tasa de crecimiento del comercio intra-zonal ya ha comenzado a decaer".

Es interesante constatar que, en ese mismo artículo, Frei Montalva se refiere de manera positiva a la integración centroamericana, mostrando así estar abierto a la posibilidad de acuerdos de integración que abarquen a determinadas regiones de América Latina. Después de todo, comentaría, la unidad de toda Europa se va forjando a través de la integración inicial de unos pocos, teniendo como objetivo la unidad de todos. Pero más que el ejemplo europeo, Frei tenía en mente el proyecto en que estaba trabajando desde hacía varios meses, de intentar forjar un Mercado Común a partir de la alianza de los países del Pacífico de América del Sur, para lo cual confiaba en la afinidad que percibía con Venezuela y Colombia, a cuyos gobiernos veía como políticamente cercanos y con los cuales confiaba en atraer, como ocurrió, a los de Perú y Bolivia. Frei comenzó este proyecto en 1966, en conjunto con el Presidente de Colombia, Carlos Lleras Restrepo, y lo culminó con el Acuerdo de Integración Subregional de Cartagena en Mayo de 1969, que daría origen a la Comunidad Andina. El comercio y la interrelación entre los países del Acuerdo eran aún pequeños y por lo mismo Frei señaló que más que integrar lo existente se trataba de una "integración del futuro". En los años oscuros que vendrían, el Pacto Andino permanecería, por más de dos décadas y hasta la creación del Mercosur, como la única iniciativa vigente que incluyera a países de América del Sur, si bien Chile, con la vehemente protesta de Frei, la abandonaría a poco de comenzar la dictadura militar.

Siempre en busca de concordar voluntades políticas, el gobierno de Frei Montalva inició, casi al fin de su mandato, un proceso de

coordinación entre los países de la región, para formular una propuesta común acerca de las relaciones hemisféricas. El nuevo gobierno de Arthur da Costa e Silva en Brasil parecía más distante de las posturas estratégicas de Guerra Fría que habían inspirado a su antecesor y el nuevo acercamiento fue forjado en la visita de Frei a Brasil en septiembre de 1968. El acuerdo entre ambos dio origen a la Tercera Conferencia Económica de América Latina (CECLA) que tuvo lugar en Viña del Mar en Septiembre de 1969.

El "Consenso de Viña del Mar" fue el intento más completo de establecer una posición común de los latinoamericanos frente al mundo desarrollado, dirigido específicamente a Estados Unidos. También sería el último en bastante tiempo; la administración Nixon, que había variado la política de Estados Unidos hacia América Latina de lo poco que quedaba de Alianza para el Progreso a una declarada actitud de "negligencia benigna" no estaba ciertamente en disposición de escuchar exigencias, ni siquiera propuestas. En los años siguientes, la situación cambiaría sustantivamente al producirse paralelamente la proliferación de regímenes de "seguridad nacional" en el Sur de América y recrudecer las guerras civiles en Centroamérica. Sin entrar a examinar las razones que condujeron a esta polarización, ni discutir si los procesos políticos que desembocaron en ella tuvieron orígenes internos o globales, lo concreto es que a comienzos de los setenta, con la caída de los regímenes democráticos en Argentina, Chile, Bolivia y Uruguay, el período democrático vivido en la década anterior se vería completamente interrumpido y junto a ello lo que quedaba de impulso integrador se debilitaría aún más.

Frei siguió escribiendo frecuentemente sobre el tema de la integración durante los años posteriores a su mandato, combinando siempre una cierta desazón por el curso presente de política en América Latina con un "optimismo histórico" a favor de una América Latina democrática e integrada. La pregunta fundamental que estaba presente en la visión de Eduardo Frei desde el comienzo, pero que se haría más perentoria en los escritos de su última década, dejada ya la presidencia de Chile es la siguiente: ¿Es que la falta de decisiones políticas para una mayor integración obedece a un cierto "carácter latinoamericano", –como él mismo insinúa en algunos textos marcados de un cierto fatalismo– o la realidad es que no existen, como existieron en cambio en la Europa de posguerra, las afinidades políticas suficiente para hablar de un proyecto común, que permita derribar las barreras de desconfianza que subsisten, a pesar de la retórica? Frei parece inclinarse por esta segunda opción: la Unión Europea, su ejemplo favorito, es posible

por la conjunción de gobiernos democráticos en todos sus países, con visiones similares acerca de la economía y la sociedad de su tiempo. Dado que Frei compartía plenamente esa visión, tendió a identificar cada vez más la democracia y la Economía Social de Mercado con la opción integradora, que no veía posible en medio de dictaduras y guerras internas, pero que nunca dejó de ambicionar para el futuro. Su fe en una región democrática e integrada queda patente en el título de su último libro, publicado en 1977: "América Latina: Opción y Esperanza".

IV

Algunos de los organismos creados en la década de los sesenta (especialmente la ALADI, el SIECA, el grupo Andino y, desde luego, la CEPAL) seguirían existiendo y manteniendo viva la llama de la integración en medio de la noche de las dictaduras y las guerras civiles que fueron la marca de los setentas y los ochentas. Es importante mencionar también en este período intermedio, aunque como parte de un proceso completamente independiente, el surgimiento en las nuevas naciones del Caribe anglófono, de la Comunidad del Caribe, a partir de la suscripción del Tratado de Chaguaramas de 1973. A pesar de ello habría que esperar casi dos décadas antes de que el proceso integrador retomara impulso, de la mano de la ola de democratización que se desplegaba por toda América Latina.

El mayor símbolo del advenimiento de este nuevo período fue la firma, en 1991, del Tratado de Asunción, que creó el Mercado Común del Sur (Mercosur) al cual se asociaron luego Chile, Bolivia, Perú y, más recientemente Venezuela y Ecuador. Siguieron a ello una reactivación mayor de la ahora Comunidad Andina (CAN), la creación del Sistema de Integración Centroamericano (SICA) y hace pocos años el surgimiento de la Unión de Naciones del Sur (UNASUR) que agrupa a todos los países de esta parte del continente, aunque sin abarcar aspectos comerciales ni de inversión.

No obstante, la enorme promesa que estos procesos antiguos y nuevos portaban consigo, se ha cumplido sólo parcialmente. Aunque se sigue hablando profusamente de la identidad latinoamericana, en la práctica los esfuerzos reales de integración se limitan al ámbito subregional: más que de una integración "latinoamericana", se trata ahora de forjar procesos integradores en los espacios más reducidos del Mercosur, la Comunidad Andina, el CARICOM y el SICA, con escasos vínculos entre ellos. Pero incluso en estos planos la

integración continúa estando limitada por la falta de voluntad política para tomar decisiones sobre tres temas que hace cuatro décadas Eduardo Frei Montalva ya definía como centrales a la integración: la supranacionalidad, la consideración distinta de las naciones de menor desarrollo y el vínculo indisoluble entre integración económica e integración política.

El predominio de los intereses estrictamente nacionales por sobre una disposición supranacional es evidente por la debilidad y falta de atribuciones de las instituciones de integración. A diferencia de la Unión Europea, por ejemplo, las instituciones centrales del Mercosur, la Comunidad Andina, el SICA e incluso el CARICOM carecen de las atribuciones para adoptar decisiones económicas obligatorias para los miembros; mientras que sus órganos políticos y mecanismos de solución de controversias tampoco tienen poder decisorio real. La cesión efectiva de competencias nacionales a organismos políticos o jurisdiccionales superiores, que Frei proponía hace casi cincuenta años aún está pendiente.

Igualmente escasa es la disposición a dar a los países de menor desarrollo de la región el trato preferencial que requieren para obtener ventajas progresivas en el proceso integrador. Existe hoy una brecha importante entre los países que se integran, no contrarrestada por mecanismos solidarios de compensación.

Y por último, se tiende a desligar los procesos de integración económica de la integración política. Ello es muy visible en el caso de América del Sur, con la coexistencia de la UNASUR con los dos mecanismos subregionales de integración económica, sin que hasta ahora se aborde seriamente la posibilidad de fusionarlos. Pero también se da en el SICA, al cual algunos gobiernos restringen a sólo temas de carácter económico, aunque recientemente se ha permitido su extensión a los asuntos urgentes de seguridad pública.

La pregunta no resuelta aún es si para remover estos obstáculos es solamente necesaria la voluntad de los gobernantes o si la integración y la posibilidad de superar nacionalismos y desconfianzas requieren también de un proyecto político común que, a pesar de muchos signos esperanzadores, no se consolidó en los tiempos de Eduardo Frei Montalva; y si la nueva ola de democracia que recorre la región permitirá ahora que su sueño sea cumplido.

Bibliografía

- Brandt, Willy: "Informe de la Comisión Brandt" Comisión Internacional sobre Problemas Internacionales del Desarrollo, Dialogo Norte - Sur. Editorial Nueva Imagen, Nueva Sociedad, 1981.
- Dreier, John C.: "New Wine and Old Bottles: The Changing Interamerican System" en International Organization 1968.
- Dosman, J Edgar: "The Life and Times of Raul Prebisch 1901-1986" Editorial McGill-Queen's University Press, 2008.
- Falcoff, Mark: "Eduardo Frei (1911-1982)" en The Review of Politics Vol 44. July 1982 University of Notre Dame.
- Fleet, Michael: "The Rise and Fall of Chilean Christian Democracy" Princeton University Press 1985.
- Frei Montalva, Eduardo: "Aún es Tiempo" Talleres Gráficos El Chileno Santiago de Chile 1942.
- "Paternalism, Pluralism and Christian Democratic Reform Movements in Latin America" en "Religion, Revolution and Reform: New Forces for Change in Latin America" Edited by William V. D' Antonio and Frederick B. Pike. 1964.
- "Latin America in the World Today" en International Affairs Vol 42 July 1966 No. 3
- "The Alliance that lost its Way" en Foreign Affairs Vol 45 No. 3 April 1967.
- "América Latina tiene un destino" Editorial Zigzag 1967.
- "The Second Latin American Revolution" en Foreign Affairs Vol. 50 No. 1 October 1971.
- "El Pacto Andino y La Integración Latinoamericana" en "Variables Políticas de la Integración Andina. Ediciones Nueva Universidad, Universidad Católica de Chile. 1973.
- "América Latina: Opción y Esperanza" Editorial Pomaire, 1977.
- "El Dialogo Norte-Sur: Hacia un Nuevo Orden Internacional" en "El Dialogo Norte Sur Una Perspectiva Latinoamericana" Editor Luciano Tomassini. Editorial Belgrano. 1982.
- , Hernán Elgueta, Ricardo Ffrench-Davis: "Chile y El Pacto Andino: Deslindando Responsabilidades Ante la Historia" Santiago de Chile 1976.
- Gazmuri, Cristian y colaboradores: "Eduardo Frei Montalva y su Época", Tomo I y II. Editorial Aguilar, 2000.

- Gordon, Lincoln: Artículo "Punta del Este Revisited" en Foreign Affairs Volume 45 Nos. 1- 4 October 1966-July 1967.
- Petras, James: Artículo "After the Chilean Presidential Election: Reform or Stagnation"? en Journal of Interamerican Studies July, 1965 Volume VII N.3.
- Pinochet De la Barra, Oscar: "El Pensamiento de Eduardo Frei" Editorial Aconcagua Colección Lautaro (sin año de edición).
- Yocelevzky, Ricardo: "La Democracia Cristiana Chilena y el Gobierno de Eduardo Frei (1964-1970)" Editorial Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco, primera edición 1987.
- Walker, Thomas W: Artículo "El Papel de la Democracia Cristiana en la Integración de América Latina" en Foro Internacional Número 41 jul- sep 1970.
- Wiarda, Howard J: "Misreading Latin America Again" en Foreign Policy Number 65 Winter 1986-1988.
- Wilhelmy, Manfred: "Christian Democratic Ideology in Interamerican Politics: The Case of Chile, 1964-7" en libro "Terms of Conflict Ideology in Latin American Politics", editores: Morris J. Blachman & Ronald G. Hellman 1977.
- "La Política Exterior Chilena y El Grupo Andino" en Revista Estudios Sociales Numero 10 diciembre 1978.

Discursos y alocuciones de Eduardo Frei Montalva (Gentileza archivos Fundación Eduardo Frei Montalva)

- o Discurso el día de la Transmisión de Mando Presidencial, 3 de noviembre de 1964.
- o Mensaje del Presidente Eduardo Frei al Congreso Nacional: Seis Años de Gobierno, 21 de mayo de 1970.
- o Declaraciones del Presidente de Chile Eduardo Frei Montalva en la Sesión Inaugural (Primera Sesión Publica) celebrada el 12 de abril de 1967 - Reunión de Jefes de Estado Americanos Punta del Este, Uruguay 12-14 abril 1967 OEA, Documentos Oficiales.
- o Discurso pronunciado por el Excelentísimo Señor Eduardo Frei Montalva, Presidente de la Republica de Chile en la Sesión Inaugural de la Quinta Reunión del Consejo Interamericano Económico y Social (CIES) Al Nivel Ministerial, celebrada en Viña del Mar el 21 de Junio de 1967.
- o Alocución: "Algunas Consideraciones respecto a la tarea encomendada a la Comisión Brandt" diciembre de 1977.
- o Alocución: "Mutual Interests: A Southern View" 1978.
- o Discurso "La Democracia en América Latina" 1979.

Héctor Lescano

Ministro de Turismo y Deporte de la República Oriental del Uruguay

Mi sincero agradecimiento a la Fundación Konrad Adenauer y a la Fundación Eduardo Frei, instituciones que promueven el pensamiento y la acción de dos grandes estadistas democristianos, que en circunstancias y realidades ciertamente muy distintas, realizaron muy relevantes aportes al tema que nos convoca en este panel, que es la integración y su estrecho vínculo con valores como la democracia y el desarrollo.

Miguel de Unamuno decía que hay que tener buena memoria y memoria buena. Por eso en esta oportunidad quisiera reiterar en nombre de los democristianos uruguayos nuestro sincero reconocimiento a la Fundación Adenauer, muy especialmente en los tan duros años de lucha contra la dictadura y en particular las visitas solidarias que en esos años realizara a nuestro país el entonces Presidente de la KAS, Dr. Bruno Heck, para exigir con firmeza el respeto a los derechos humanos y muy especialmente la liberación del líder histórico del Frente Amplio, el Gral. Liber Seregni. Y también nuestro reconocimiento a la Democracia Cristiana chilena. Tengo el gran gusto de ver presente a don Renán Fuentealba y a su hijo –que por aquello del refrán popular de “lo que se hereda no se roba”, siendo representante del programa de las Naciones Unidas en mi país, ofreció generoso y valiente un rincón de su casa para guardar el fichero del Partido Demócrata Cristiano.

Pertenezco a una generación que en ya lejanos tiempos juveniles no siempre comprendió ni valoró en su justa dimensión la acción del gobierno de don Eduardo Frei y en distintas instancias de nuestra JUDCA discutíamos con queridos dirigentes chilenos como Gutenberg Martínez, Juan Carlos Latorre, Ricardo Hormazábal, Jorge Pizarro, por nombrar a sólo algunos de los que están hoy aquí presentes, con los cuales, a lo largo de la vida, compartimos esperanzas y luchas.

Así que en esta hora, de confesiones y autocrítica, permítanme saldar la deuda que los latinoamericanos tenemos con el gran estadista chileno.

Son tiempos especiales para homenajear a don Eduardo Frei Montalva, a quien como expresara más arriba, el proceso integracionista

de América Latina que avanza sinuosamente y que sigue siendo una gran materia pendiente, debe reconocerle su aporte tan significativo, al menos en dos aspectos:

1) En su condición de demócratacristiano que abrevó –entre otras fuentes– en el pensamiento de Maritain, en la contribución que éste hiciera desde su visión humanista integral a la construcción de un bien común universal entre las naciones y a generar una supra-nacionalidad que no estuviera ajena al sentimiento de los hombres comunes. Como bien escribió Andrés Bello, “la revolución en libertad” constituyó la más expresiva síntesis del pensamiento maritainiano de humanismo y democracia.

Maritain habla también de comunitarismo, no sólo en las sociedades sino entre naciones. Releyendo las obras de Frei, éste cita muchas veces a Maritain, a quien precisamente conocería personalmente a través de la gran chilena Gabriela Mistral. Ese espíritu integracionista está muy presente en la Carta Fundacional de Montevideo de 1947, reunión en la que convocada por mi compatriota Dardo Regules, ambos líderes, junto con Manuel Ordóñez, Tomás Reyes Vicuña y Alceu Amoroso Lima fundan la ODCA. Visión que compartían desde el mismo pensamiento social-cristiano, venezolanos ilustres como Rafael Caldera y Luis Herrera Campins; André Franco Montoro, Juan Pablo Terra y desde luego tantos otros líderes latinoamericanos.

2) Su aporte como gobernante chileno, sus discursos frente a la comunidad internacional, insistiendo en sus esfuerzos de integración y en particular la creación del Pacto Andino, que más allá de las peripecias históricas por las que atravesó, fue y continúa siendo un proyecto relevante de integración regional, trascendido a lo continental.

Como ustedes saben, el Uruguay integra el Mercado Común del Sur, que termina de cumplir 20 años. En la fundamentación de voto que realizáramos en el Parlamento para aprobar casi por unanimidad el texto del Tratado de Asunción, tuve el honor de citar la tradición integracionista demócratacristiana y vinculada a ella el aporte de Eduardo Frei.

Nosotros realizamos un balance positivo de estas dos décadas, a pesar de las dificultades conocidas de un proceso que aún es imperfecto desde el punto de vista comercial y político. Pero que tiene realizaciones: el programa de Consolidación de la Unión Aduanera, el Acuerdo para la Profundización de Liberación de Servicios, creación de Alto

Representante del Mercosur, la aprobación de un plan de acción para un Estatuto de Ciudadanía del Mercosur, la creación de una Unidad de Participación Social, en procura de consolidar el diálogo con las sociedades civiles y los movimientos sociales sobre temáticas de integración regional.

Coincidimos con el análisis del académico compatriota Gerardo Caetano, en que luego de veinte años de una historia cambiante y azarosa, el Mercosur vuelve a encontrarse con una coyuntura propicia y que “en efecto, la fortalezas exhibidas frente a la crisis global, un mejor posicionamiento de la marca Mercosur en el mundo con el emergente Brasil en el liderazgo, resultan evidencia de un signo positivo”.

A su vez, se vienen registrando avances en la construcción de la UNASUR como espacio que jerarquice especialmente la dimensión política de la integración, y en ese sentido la rapidísima respuesta frente a la crisis que enfrentó la democracia en Ecuador, que salvó el examen de mostrar que los gobiernos están dispuestos a cumplir con fuerte convicción los compromisos acordados en la Carta Democrática y las recientes reuniones a nivel de los Ministros de Economía para ver cómo se pueden enfrentar las dificultades de la crisis originadas en el mundo desarrollado. Son todos pasos positivos.

Por cierto, como se ha venido señalando, existen muchos riesgos y “equivocadamente pueden reiterarse visiones tanto hegemónicas como provincianas entre regionalismos mesiánicos y personalistas y pragmáticos tácticos sin estrategia”.

Frente a la tentación de atajos populistas o de imposiciones de cualquier naturaleza, el único camino será el del fortalecimiento de la calidad democrática y de la búsqueda de la justicia social, el concepto de que el crecimiento va asociado a la equidad y a la cohesión social, desde la perspectiva de proyectos de desarrollo humano integral. Y seguir luchando empecinadamente desde esa perspectiva, el fortalecimiento de los partidos, el fuerte anclaje ético de la política, el impulso a caminos de participación real de los ciudadanos y reiterar la vocación de Patria Grande creemos que será la mejor forma de honrar la memoria y el legado de luchadores como Frei Montalva y tantos otros.

Eduardo Fernández

Presidente del Instituto Internacional de Estudios Políticos (IFEDEC),
Venezuela

Quiero comenzar expresando mi agradecimiento a la Fundación Eduardo Frei, al Centro Democracia y Comunidad y a la Fundación Konrad Adenauer, por la invitación que me han hecho para participar en este simposio sobre “Integración, Democracia y Desarrollo: El legado de Eduardo Frei Montalva para el humanismo cristiano”.

Ese agradecimiento se incrementa más todavía al considerar la categoría intelectual y política de los otros invitados a participar en el panel, don Julio María Sanguinetti, ex Presidente del Uruguay, don José Miguel Insulza, Secretario General de la Organización de Estados Americanos (OEA), don Héctor Lescano, Ministro de Turismo y Deporte del Uruguay, y don Jorge Pizarro, Senador de la República de Chile, quien actuará como moderador.

Pero es que, en un panel como este, en homenaje a la memoria de un estadista continental como don Eduardo Frei Montalva, no podía faltar una voz venezolana.

Frei fue amigo de Venezuela y los venezolanos profesamos un gran afecto y una profunda admiración por su figura.

Frei visitó a Venezuela en 1960 cuando asistió a un Congreso Pro Democracia y Libertad que se celebró en Caracas. Allí fue recibido por Rómulo Betancourt, el político más importante de Venezuela en la segunda mitad del siglo pasado y Betancourt lo calificó a Eduardo Frei como Rector del Pensamiento Democrático Latinoamericano.

Más tarde, siendo Presidente de Chile, Eduardo Frei se encontró con el Presidente venezolano Raúl Leoni y con el Presidente colombiano Carlos Lleras Restrepo para suscribir los acuerdos fundacionales que dieron origen al Pacto Andino y a las primeras asociaciones que apuntaban a la integración latinoamericana.

Frei estuvo especialmente vinculado afectiva, política e ideológicamente con dos Presidentes venezolanos: Rafael Caldera que gobernó al país entre 1969 y 1974 y Luis Herrera Campin que gobernó entre 1979 y 1984. Con ambos compartió luchas y esfuerzos a favor de la integración continental latinoamericana.

Son muchos los testimonios que nos dejó Eduardo Frei Montalva en la lucha por hacer avanzar los tres conceptos que convocan este simposio: la democracia, el desarrollo y la integración.

En todos los discursos de Eduardo Frei, en todos sus libros, en todo su pensamiento, pero, sobre todo, en toda su dilatada acción política como parlamentario y como estadista está presente el tema de la integración latinoamericana.

Frei advirtió, con especial clarividencia, que el mundo se movía en la dirección de los estados-continentales: Estados Unidos, Rusia, Europa, China, La India y que los países de América Latina tenían que integrarse o resignarse a permanecer como entidades marginales sin ninguna relevancia en un mundo globalizado.

Tal vez el documento más importante de toda la amplia gama de textos y discursos que Frei dedicó al tema de la integración es la carta que, en su carácter de Presidente de la República de Chile, dirigió a los señores Raúl Prebisch, José Antonio Mayobre, Felipe Herrera y Sanz de Santa María en el que plantea, entre otras cosas, la necesidad de promover una "institucionalidad eficaz" para la formación de un mercado común latinoamericano.

Casi 50 años más tarde, ese planteamiento sigue teniendo vigencia.

La integración de nuestros países y de nuestro continente sigue requiriendo de una institucionalidad eficaz que, colocada en un marco supranacional, pueda tomar decisiones que contribuyan a acelerar el proceso.

Al día de hoy, agosto del año 2011, América Latina debe tomar en cuenta que las necesidades tecnológicas y financieras requieren unidades productivas de gran escala y mercados de gran amplitud que nos permitan competir y tener presencia en el escenario internacional.

Para acelerar la integración continental latinoamericana se requiere de un liderazgo político comprometido con la idea de la integración y decidido a apostar fuerte por esta causa.

Ese fue el ejemplo que en el ámbito europeo nos llegaron estadistas como Konrad Adenauer en Alemania, Alcide de Gásperi en Italia y Robert Schuman en Francia. Ellos, y otros muchos líderes importantes de la post guerra hicieron posible el milagro de la integración europea.

El legado de Eduardo Frei nos invita a una toma de conciencia del liderazgo político, económico, social y cultural de nuestros países, para hacer avanzar el proyecto integracionista.

Hace 50 años Frei abogaba por la creación de órganos latinoamericanos con capacidad supranacional para tomar decisiones a favor de la integración. Incluso, llegó a proponer enmiendas a la constitución de su país para facilitar esta política.

Hoy, la integración de América Latina sigue reclamando la existencia de una ingeniería institucional supranacional capaz de orientar y dirigir el proceso.

La integración latinoamericana requiere la existencia de gobiernos genuinamente democráticos. Felizmente, el mapa democrático en América Latina ha progresado notablemente en comparación con lo que era la situación algunas décadas atrás.

Pero es que el proceso de integración no puede darse de espaldas a nuestros pueblos o a la opinión pública de nuestros países.

Tiene que ser un proceso muy transparente y muy participativo, abonado con una gran dosis de información y de discusión democrática entre todos los sectores.

La integración latinoamericana debe contar, como lo quería Frei, con el respaldo de anchas bases populares y de una opinión pública bien informada. No puede encerrarse la discusión en círculos oficiales, financieros, técnicos o académicos. Tiene que ser una discusión abierta a todos los ciudadanos.

Pero, además, debe contar con la presencia de los trabajadores organizados en sus estructuras naturales y de los empresarios que deben ser invitados a pensar en grande y a invertir en grande.

La integración latinoamericana debe asumirse como un proceso a favor de nuestros pueblos, de nuestros países, del mejoramiento de la calidad de vida de nuestros ciudadanos. Por eso mismo, no debe observarse como un proyecto conflictivo con otros países o con otros espacios continentales.

América Latina integrada debe presentarse como un aliado de todos los pueblos del mundo y jamás como una posición conflictiva o contradictoria.

La política de América Latina integrada, debe orientarse a la cooperación, a la solidaridad y a la búsqueda de espacios complementarios para el progreso de los pueblos y el bienestar de los ciudadanos.

El tiempo no corre impunemente. Los latinoamericanos estamos llegando con harto retraso al proceso de integración.

No podremos quejarnos después de que nuestra voz no alcance gravitación suficiente en los escenarios internacionales, sino asumimos con decisión, inspirados en el legado de Eduardo Frei Montalva, la tarea de llevar hacia delante el proceso de integración de nuestros países. La integración, hoy.

Ya hemos puesto de relieve la actualidad y la vigencia del pensamiento de Eduardo Frei.

Pero es que hoy, mientras celebramos este encuentro, el mundo está experimentando una grave crisis económica que afecta especialmente a países de nuestro propio hemisferio como Estados Unidos y a otros espacios económicos importantes como es el caso de Europa Occidental. Es lo que alguien ha llamado la pandemia de la crisis.

Lo cierto es que se han producido situaciones de pánico en los mercados financieros, bursátiles y monetarios y parece existir, también en esos países tan importantes para la economía mundial, una ausencia de liderazgo político para enfrentar airoosamente la situación. Se ha puesto en evidencia una carencia de regulaciones adecuadas y una escasa capacidad de control en las economías capitalistas.

Mientras tanto, América Latina tiene un crecimiento económico sostenido que se pronostica de 4.5% en este año 2011. Casi todos los países de la región, con alguna relevante excepción, están creciendo con estabilidad de precios, sin mayores problemas inflacionarios.

Pero, ¡cuidado! No podemos olvidar que ese crecimiento ni es sólido, ni es suficiente para atacar con éxito el problema de la pobreza, de la desigualdad y de la falta de equidad en la participación en los beneficios del desarrollo. Ocurre que, coincidencialmente, los precios de muchas de las materias primas que se producen en nuestro continente están excepcionalmente elevados, empezando por el petróleo que ha llegado a niveles sin precedentes.

Pero, que oportuno sería que nuestros líderes y nuestros estadistas sean capaces de aprender las lecciones de la crisis que afecta a

muchos países y a regiones enteras de nuestro mundo contemporáneo y se acelere al proceso de integración corrigiendo errores y evitando incurrir en las mismas equivocaciones que hoy están afectando al mundo desarrollado.

Para concluir, el legado de Eduardo Frei Montalva es muy claro y se puede reducir a tres conceptos que están muy presentes en este simposio.

Lo que América Latina necesita es: más y mejor democracia, más y mejor desarrollo y, finalmente, más y mejor integración.

Julio María Sanguinetti

Ex Presidente de la República Oriental del Uruguay

Sin más preámbulos, expresemos nuestra satisfacción de estar esta mañana aquí. Compartiendo visiones del presente sobre la base del recuerdo de un gran hombre y de su pensamiento. De este gran pensador, de este gran pionero, de la integración latinoamericana y del pensamiento democrático en aquellos años. Para la generación que estábamos alumbrando en aquel momento a la vida política, Rómulo Betancourt con su socialdemocracia, Eduardo Frei con su democracia cristiana, Arturo Frondizi con su desarrollismo, Juscelino Kubitschek un poco antes con su construcción democrática brasileña, eran los paladines de una democracia que tenía que defenderse de enorme hace chance.

En el 1964 llega Frei a la presidencia, en el 1964 se da el golpe de estado en Brasil, que es el golpe de estado más importante del momento, porque en él se institucionaliza la visión de los ejércitos comandando, erigidos en guardianes y custodios de la democracia occidental frente al comunismo. Ese es un momento clave y decisivo en la historia porque estamos hablando del pináculo de la Guerra Fría. Ese episodio que no siempre analizamos en la profundidad suficiente en la pacífica América Latina de hoy. Esa guerra, que fue fría entre las potencias, sabemos muy bien que no lo fue en la América Latina, escenario privilegiado y sangriento de ese combate que tanto costó, con revoluciones y guerrillas armadas de un lado y golpe de estado armado coonestados o inducido del otro, historia que recién hoy se empieza a contar y ver, pero que tenemos el deber de mirar en perspectiva.

Aquella democracia emergente, que representaban estos hombres –y que Frei simbolizaba en este momento con su idea además de integración– era la repuesta vigorosa de una democracia que se veía enfrentada. La revolución cubana del 1959 se proyectaba hacia el resto de América Latina con un mensaje marxista, materialista e inspirado aun en lo que era la potencia dominante rusa de aquellos años. Por otro lado, hoy que se habla tanto del populismo, teníamos el pasado del autoritarismo populista, que había nacido en Argentina y Brasil, con Getúlio y con Perón.

Por entonces, populismos que igual que hoy vestíase también de un ropaje de izquierda, incorporando incluso por la inspiración del fascismo italiano las corporaciones sindicales de la propia estructura política. Eso estaba allí todavía. De modo de que cuando hablamos de la democracia en estos años, hablamos de un proceso de construcción en medio de gigantescas amenazas: la amenaza fascista, populista, corporativista de un lado y la amenaza marxista, leninista del otro. Los autoritarismos militares aun presentes, productos a veces de los desequilibrios internos, desgraciados productos a veces de la desinteligencia de frontera que nuestras independencias habían quedado y detrás de cuyas disputas se habían armado esos militarismos.

Ese era el momento y es importante destacarlo, como expresión de lo que constituía ese desafío. Ahí aparece entonces la idea de la integración, que nos convoca en este panel y que fundamentalmente proviene del pensamiento de Frei. Así que es el líder mayor en ese momento –al cual se suman los venezolanos de la socialdemocracia en ese momento también– para inspirar esas ideas, que hasta entonces era una idea literaria, que venía de los tiempos de Vasconcelos en México, de José Enrique Rodó en Uruguay, y de pensadores que no habían trascendido al ámbito político y no habían naturalmente transformado la idea latinoamericana en un proyecto.

Ahí nacen entonces todas estas estructuras aun en vigencia y aun también en construcción. Debemos sentir, en efecto, que la integración sigue siendo un desafío hoy tan trascendente como que en aquellos años. Porque si bien la idea hoy está asumida, todos sabemos que entre la idea y los hechos y la realidad hay una gran distancia. Y debemos seguir evocando aquel pasado –siempre es prólogo como decía el bardo británico– por eso evoco esta visión del pasado y del momento en que nace la integración como un factor substantivo de una construcción democrática muy trabajosa y penosa en aquellos años.

Así nació ALALC, con una inspiración de libertad comercial. Arrancó con mucho ímpetu pero se fue deteniendo. Se transformó en ALADI, por entender que más valía ir a regiones, a estructuras regionales, que a una estructura global. Porque si proponíamos todo el latinoamericanismo, luego la velocidad del más lento detenía el conjunto. Tampoco por allí aparecieron respuestas suficientes. Se construyeron, sí. Nació el Pacto Andino, pero todos sabemos muy bien las dificultades que tuvo y de que modo incluso la política quebró las posibilidades de seguir haciendo el desarrollo.

Nació luego nuestro Mercosur, construcción que ha avanzado mucho en muchos aspectos, pero que sigue aun con enormes déficit. No hemos logrado una coordinación macroeconómica, no hemos logrado aun suficiente fuerza en la institucionalidad, aunque pueda aparecer de mal gusto evocarlos, pensemos que el hoy felizmente resuelto contencioso entre Argentina y Uruguay nos tuvo durante el periodo pasado prácticamente sin diálogo hasta personal entre los presidentes de Argentina y Uruguay. Nosotros acompañando todos también desde la oposición a nuestro Presidente. Pero nos preguntamos hasta qué punto aun hoy, esos particularismos, esos egoísmos, y esas visiones demasiado estrechas, nos han seguido frustrando.

El Mercosur ha avanzado indudablemente, pero avanzan más las sociedades a veces. El turismo –acá tenemos nuestro Ministro– el turismo es la sociedad que se traslada, y eso es indudable; ahí el Mercosur está más que hecho, porque los ciudadanos transitan en nuestros países como compatriotas. Las multinacionales también han realizado la integración. Nosotros los estados ya no planificamos, pero las multinacionales planifican, ¿no? Entonces creo que ahí estamos con un formidable déficit.

Hay nuevas construcciones políticas: el UNASUR, por ejemplo. Acepto su intención, acepto su buena voluntad, pero señalo que sin México y Centroamérica hay un déficit demasiado importante del punto de vista político y cultural. Sudamérica sin duda es una realidad geográfica importante a los efectos del pensar los fenómenos de infraestructura, de telecomunicación, de comunicación, de carreteras, de ferrocarriles, de puertos. Pero imaginar una Latinoamérica sin México, cuando desde Vasconcellos, como recién hablaba, hasta Octavio Paz y Carlos Fuentes, son justamente los grandes cultores, defensores, de lo que es esta cultura que se practica en nuestros idiomas ibéricos, español y portugués.

De modo que con esto estoy diciendo, que no hemos logrado la culminación, aun instrumental, porque éstos son instrumentos demasiado imperfectos para la búsqueda que estamos queriendo alcanzar: de una integración conjugada justamente con democracia y con desarrollo. Es un momento que tenemos, sí, elecciones. No hay democracias sin elecciones, pero sabemos bien que no basta con elecciones para que haya democracia. Y que situaciones como la de Venezuela, para hablarlo con todos sus nombres, no nos convocan al optimismo democrático porque la legitimidad de origen, se ha perdido en una legitimidad de ejercicio, al perder independencia la justicia y libertad la prensa.

Del mismo modo en que estamos en un magnífico tiempo, que eso así a veces nos angustia, y nos debe angustiar especialmente a los del sur, que es el desarrollo. Porque estamos en una etapa de crecimiento, un crecimiento que nos viene a través de la bonanza de los grandes precios internacionales. Nunca en nuestra historia hemos tenido un auge de las materias primas, en medio de la sociedad del conocimiento, en medio de la sociedad informática; cuando todo parecía que iba hacia los productos inmateriales, reaparece ese fenómeno del Asia comiendo y entonces los alimentos y las materias primas pasan a tener un protagonismo fantástico. Que no será eterno, y que en todo caso nos ha dado crecimiento, pero crecimiento no es desarrollo, como bien sabemos. El desafío de la educación, el desafío de la equidad, están allí presentes. Todos nuestros estados están creciendo, más a la derecha, más a la izquierda, mejores gobierno, malos gobiernos, todos mostramos crecimiento, crecimiento sí, pero no necesariamente desarrollo.

Si queremos entonces imaginar una democracia más afianzada, debemos superar las dualidades de criterio, a veces las hipocresías con las cuales soslayamos demasiados quiebres a la verdadera vigencia democrática. Y entender que nuestro desarrollo integrado requiere de un esfuerzo mucho más amplio, mucho más generoso, mucho más fuerte.

La capacidad de sueño que tuvieron justamente líderes como Eduardo Frei. La capacidad de mirar mas allá de nuestras realidades cotidianas, la de no dejarnos encerrar en los egoísmos que aun nos siguen encerrando. Mirar con una visión mucho más amplia. Entender que esa democracia nuestra requiere de esa fuerza, requiere de esa visión y que la integración debe asentarse en un muy fuerte proyecto político, también muy fuerte proyecto económico, porque de la economía nació la Comunidad Europea y a partir de ahí siguió funcionando. Y por encima de todo de un muy fuerte y sólido cimiento cultural que es el que tiene que estar en la base de todo. Cultura entendida como conocimiento, como pensamiento, como creación artística y como solidaridad humana.



Integrantes del panel "El futuro del sistema democrático en América Latina"



Teodoro Ribera, Ministro de Justicia de la República de Chile



Ignacio Walker, Senador, Presidente del Partido Demócrata Cristiano



Gilberto Bonalumi, Ex Secretario de Relaciones Exteriores y ex Senador de la República Italiana



José Antonio Viera-Gallo y Sergio Molina



Gilberto Bonalumi, Teodoro Ribera y Edgardo Riveros



Ricardo Núñez, Ex Senador, Presidente del Instituto Igualdad



Eduardo Frei Ruiz-Tagle, Julio María Sanguinetti, José Miguel Insulza



Panel "El futuro del sistema democrático en América Latina"



Carlos Larraín y Bernhard Vogel



Senador Ignacio Walker



Edgardo Riveros, Teodoro Ribera, Patricio Aylwin, Josef Thesing y Bernhard Vogel

CAPÍTULO III

¿CÓMO IMPULSAR A LA DEMOCRACIA? EL FUTURO DEL SISTEMA DEMOCRÁTICO EN AMÉRICA LATINA

I. Introducción

Deseo agradecer la invitación que me han formulado para participar en este seminario sobre "Integración, Democracia y Desarrollo: El legado de Eduardo Frei Montalva para el humanismo cristiano", organizado para celebrar el centenario del natalicio del ex Presidente de la República.

Al ex Presidente Frei Montalva le tocó desarrollar su vida política y de gobernante en un momento internacional de gran confrontación, caracterizada por la Guerra Fría. Iberoamérica y Chile no estuvieron ajenos a esta situación, lo que incidió en los procesos sociales, políticos y constitucionales.

II. La democracia en los tratados interamericanos previos a la Carta Democrática Interamericana (CDI)

1. La evolución del sistema Interamericano desde la creación de la OEA hasta el año 1984

Desde la Novena Conferencia Panamericana en Bogotá en 1948, que crea la Organización de los Estados Americanos (OEA), hasta el año 1984, los estados americanos aprobaron diversos documentos internacionales en que se manifiesta una preocupación por la "democracia representativa", sin perder de vista el principio de no intervención en los asuntos internos de los Estados. Así es como ya el preámbulo de la Carta de la Organización de Estados Americanos de 1948 indica que "la solidaridad de los Estados Americanos y los altos fines que con ella se persiguen, requieren la organización política de los mismos sobre la base del ejercicio efectivo de la democracia representativa;"¹

* Este texto se basa en la intervención que Teodoro Ribera dio en el seminario "Integración, Democracia y Desarrollo", que se realizó en Santiago el 23 de agosto de 2011.

1 Artículo 2 d), texto original de 1948 de la Carta de la Organización de Estados Americanos.

Por su parte, la Declaración de los Pueblos de América, celebrada en Punta del Este en 1961, enfatizó que dicha alianza se fundaba en el principio de amparo de la libertad y que, "mediante las instituciones de la democracia representativa (...) los países signatarios, en uso de su soberanía, se comprometen a: (...) Perfeccionar y fortalecer las instituciones democráticas, en aplicación del principio de autodeterminación de los pueblos".²

Dada la estrecha vinculación entre los conceptos de democracia y derechos humanos, cabe destacar que un hecho de gran importancia para el desarrollo de la exigencia de un sistema democrático de gobierno en esta etapa fue la aprobación de la Convención Americana sobre Derechos Humanos en 1969.³

2. La promoción y consolidación de la democracia a contar del año 1985 hasta antes de la creación de Carta Democrática Interamericana

Con la elección de James Carter como Presidente de los Estados Unidos de Norteamérica, surgió una nueva etapa, que comprendería el lapso entre los años 1985 y 1989, influenciada por un cambio en la política norteamericana y el resurgimiento de los gobiernos democráticos en América.

Esta nueva etapa se inicia con el Protocolo de Cartagena de Indias del año 1985, que introdujo reformas a la Carta de la OEA, señalando que la democracia representativa "es condición indispensable para la estabilidad, la paz y el desarrollo de la región",⁴ y que uno de sus propósitos esenciales es consolidarla.⁵

Más adelante, la caída del Muro de Berlín implicó un interés creciente en la protección de la democracia, lo que tuvo cabida en la parte considerativa del "Compromiso de Santiago con la Democracia y la Renovación del Sistema Americano" del año 1991, planteándose un

2 Ramacciotti, p. 112.

3 El Preámbulo de la Convención de 1969 comienza con las siguientes palabras: "Los Estados Americanos signatarios de la presente Convención, reafirmando su propósito de consolidar en el Continente, dentro del cuadro de las instituciones democráticas, un régimen de libertad personal y de justicia social fundado en el respeto de los derechos esenciales del hombre...".

4 Protocolo de Cartagena de Indias de 1985, modificación introducida al preámbulo de la Carta de la OEA.

5 Modificación introducida a la Carta de la OEA, artículo 2 b).

compromiso indeclinable por la defensa y la promoción de la democracia representativa y los derechos humanos de la región, dentro del respeto a los principios de libre determinación y no intervención. En esta misma Asamblea se aprobó, además, la Resolución de la OEA N° 1080 sobre Democracia Representativa, que contiene el primer mecanismo de acción colectiva frente a una interrupción ilegal del proceso democrático en un Estado miembro, y se encomendó al Consejo Permanente elaborar un conjunto de propuestas de incentivo a la preservación y fortalecimiento de los sistemas democráticos, sobre la base de la solidaridad y la cooperación internacional.

En 1992 se realizó una Asamblea General Extraordinaria en Washington DC que modificó la Carta de la OEA. Mediante esta reforma, la democracia no dice relación sólo con la forma de gobierno, sino que implica un aspecto socioeconómico, pues en el artículo 2 g) se dispone que la pobreza constituye un obstáculo para el pleno desarrollo democrático de los pueblos del hemisferio.⁶ Por último, la reforma estableció que si un gobierno democrático de algún país miembro de la OEA era derrocado por la fuerza, podía ser suspendido del ejercicio del derecho de participación en las sesiones de los organismos de la Organización.⁷

Con posterioridad, la Declaración de Managua de 1993⁸ señaló que la democracia, la paz y el desarrollo serían partes inseparables e indivisibles de una visión renovada e integral de la solidaridad americana, y que de la puesta en marcha de una estrategia inspirada en la interdependencia y complementariedad de esos valores dependería la capacidad de la Organización de contribuir a preservar y fortalecer las estructuras democráticas en el Hemisferio. Agregó que la misión de la OEA no se agotaba en la defensa de la democracia en los casos de quebrantamiento de sus valores y principios fundamentales, sino que requería, además, una labor permanente y creativa dirigida a consolidarla, así como de un esfuerzo permanente para prevenir y anticipar las causas mismas de los problemas que afectaban el sistema democrático de gobierno. Por último, dispuso que una meta importante para el fortalecimiento de la democracia representativa en el

6 Esta visión se reafirma al señalar que "la eliminación de la pobreza crítica es parte esencial de la promoción y consolidación de la democracia representativa". Cfr. Protocolo de Washington de 1992, modificación introducida a la Carta de la OEA, artículo 2 g).

7 Op. cit., art. 9.

8 Declaración de Managua para la Promoción de la Democracia y el Desarrollo. AG/DEC.4 (XXIII-0/93). 8 de junio de 1993.

hemisferio, era que las Fuerzas Armadas estuvieran subordinadas a la autoridad civil legítimamente constituida y que actuaran dentro del orden constitucional y con respeto de los derechos humanos.⁹

Sin lugar a dudas, las rupturas institucionales en Haití en el año 1991, en Perú y Venezuela en 1992 y en Guatemala en 1993 incrementaron la conciencia en orden a generar un mecanismo más eficaz al respecto.

III. La Carta Democrática Interamericana (CDI)

La Declaración de Quebec

En la Tercera Cumbre de las Américas celebrada en Quebec el año 2001, luego de los nuevos quiebres institucionales en Paraguay en 1996, en Ecuador y en Perú en el año 2000, se planteó la preocupación en torno a la capacidad de respuesta de los estados frente a las amenazas a la democracia. Para tal objeto, en la Declaración de Quebec se adoptó "un Plan de Acción para fortalecer la democracia representativa, promover una eficiente gestión de gobierno y proteger los derechos humanos y las libertades fundamentales", manifestando además que "**[I]a democracia y el desarrollo económico y social son interdependientes y se refuerzan mutuamente como condiciones fundamentales para combatir la pobreza y la desigualdad**".

En el mismo instrumento se elevó a requisito esencial para participar en estas cumbres el respeto irrestricto al sistema democrático, sancionándose así la alteración o ruptura inconstitucional del orden democrático, como acordándose llevar a cabo consultas en el caso de acontecer dichas circunstancias en un país participante en el proceso de cumbres.¹⁰

Sin embargo, en la misma Declaración de Quebec quedaron plasmadas, mediante la reserva formulada por la delegación de Venezuela, las diferencias existentes en torno al concepto mismo que se pretendía defender, tal es la democracia representativa, pues dicho Gobierno estimó que "la democracia debe ser entendida en un sentido más

9 Declaración de Managua para la Promoción de la Democracia y Desarrollo de 1993.

10 Declaración de Quebec, Tercera Cumbre de las Américas, Canadá, de 20 al 22 de abril de 2001, p. 1.

amplio y no únicamente en su carácter representativo. Entendemos que el ejercicio democrático abarca además la participación de los ciudadanos en la toma de decisiones y en la gestión de gobierno, con miras a la construcción diaria de un proceso dirigido al desarrollo integral de la sociedad.” Esta diferencia, sobre el objeto mismo que se busca defender, es el que ha cuestionado la capacidad de reacción de los estados ante quiebres democráticos.

VI. La Carta Democrática Interamericana: fortalezas y debilidades

En el año 2001 se materializó la CDI, instrumento que ya fue sometido a prueba en diversas ocasiones, debido tanto a amenazas como a quiebres institucionales ocurridos en Venezuela el 2002, en Haití el 2004 y en Honduras el 2009.

La CDI ha permitido avanzar en una mayor precisión de los elementos que componen la democracia representativa y ha conllevado, igualmente, a una cierta preponderancia jurídica y política respecto del principio de no intervención en los asuntos internos de los estados. En este sentido, es destacable que la Carta comience estableciendo en su artículo 1 que la democracia es un “derecho” de los pueblos de América y que los gobiernos tienen la “obligación” de promoverla y defenderla, lo que implica que la misma no es una opción de gobierno que va a depender de la autoridad de turno en un determinado país, sino que es un deber, y para el pueblo, un derecho que puede reclamar y exigir.¹¹

La Carta realiza en su artículo 3º una enumeración meramente ilustrativa de algunos **elementos esenciales** de la democracia representativa y precisa como parte de ellos el respeto a los derechos humanos y las libertades fundamentales, la celebración de elecciones periódicas, el régimen plural de partidos y la separación de los poderes públicos, entre otros.¹² Cabe considerar, además, que en el artículo 4º se alude a “**los componentes fundamentales del ejercicio de la democracia**”, dentro de los que tenemos la transparencia en

11 Esta dualidad “derecho-deber”, se fundamenta en el artículo 2º de la Carta, el cual dispone que el “ejercicio efectivo de la democracia representativa es la base del estado de derecho”.

12 Artículo 3 CDI.

las actividades gubernamentales, la probidad, la libertad de expresión y el respeto al estado de derecho, entre otros.¹³ Los elementos esenciales y los componentes se diferencian en el grado de impacto que puede generar su ausencia en el orden democrático; y la ventaja de la enunciación diferenciada es que se proporciona un medio para identificar unos y otros, y así apreciar colectivamente, en el marco de las funciones de los órganos competentes de la OEA, el grado de afectación del orden democrático en un país determinado, para luego proceder o no, a aplicar alguna de las medidas graduales previstas en la Carta.¹⁴

La CDI constituye además, un avance significativo en el esfuerzo por consolidar y defender los regímenes democráticos no solamente respecto de amenazas internas, ya que también es un instrumento internacional relevante para ser considerado ante posibles maquinaciones o intromisiones internacionales de otros países.

Es consistente que esta Carta haya generado un vínculo indisoluble entre el régimen democrático y la plena vigencia de los derechos humanos, pero hay que llamar a la prudencia en que se pueda esgrimir una "violación a la Carta Democrática", porque el desarrollo económico, social y cultural de un pueblo escapa de la media internacional.¹⁵

Si bien la CDI es un logro significativo del sistema jurídico continental, las diferencias que se han expresado respecto al funcionamiento democrático en algunos estados centro y sudamericanos abre una interrogante sobre su verdadera capacidad de implementación.¹⁶ Ello, por cuanto determinados modelos o comportamientos políticos cuestionan o desdibujan el concepto de democracia, como lo son la

13 Artículo 4 CDI.

14 Ramacciotti, p. 183 y 184.

15 Ese es un tema que se ha discutido en el Comité Jurídico Interamericano y sería peligroso generar una asociación entre la CDI y el tema de las condiciones económicas y sociales y culturales, pues permitiría desestabilizar los gobiernos de Estados con menor desarrollo relativo. Si bien es cierto, que un sistema democrático cultural más desarrollado, con mayor igualdad, genera un sustento mayor a la democracia, establecer una vinculación entre ambos podría ser que un Estado podría incurrir en una violación de la Carta porque estuviera muy alejado social, económica o culturalmente de otros parámetros internacionales.

16 Ello está unido igualmente a la necesidad de definir el valor jurídico de la Carta, la cual, en esencia, es una resolución de un organismo internacional, discutiéndose si es o no una fuente de Derecho Internacional. Está claro que vincula los órganos internos de la OEA, pero no en qué medida vincula a los Estados de la OEA que no la han procedido a su ratificación mediante instrumentos internos.

concentración del poder real en manos de la función ejecutiva, el control de los medios de producción, la capacidad discrecional de nombramiento de los miembros del poder judicial, el uso y abuso de la democracia directa, entre otros.

IV. Palabras Finales

La CDI contiene una visión política de la democracia representativa, triunfante en la Guerra Fría. La revalorización de los derechos humanos y la existencia de un mundo más interconectado, económica, social y culturalmente, imprime a los estados una presión mayor por satisfacer las demandas sociales por una democracia ya no aparente, sino que más participativa y representativa.

Sin embargo, ese amplio consenso ha tenido cambios en América con el surgimiento de los populismos presidencialistas, que cuestionan en los hechos los elementos clásicos de la democracia representativa y debilitan la verdadera operatividad de la CDI. El debilitamiento del consenso político sobre los elementos esenciales del sistema democrático, que conllevará igualmente niveles de evaluación y tolerancia diversos ante el actuar y funcionamiento de los regímenes políticos americanos, es una debilidad significativa para la aplicabilidad real de la CDI, pues frente a este disenso adquiere nuevamente relevancia el principio de no intervención en los asuntos internos de los estados.¹⁷

El gran problema existente hoy en América es la falta de consenso sobre lo que debemos entender por democracia, dado que la antes tenue reserva venezolana plasmada en la Declaración de Quebec al respecto, hoy se ha extendido a otros estados miembros de la OEA.

Por ello, es fundamental precisar qué entendemos por democracia como impulsar mecanismos de seguimiento en los diversos países para fortalecer y mejorar la calidad de la política como la participación de la ciudadanía.

17 Con todo, pareciera existir un consenso unánime en no tolerar rupturas democráticas impulsadas o que concluyan en gobiernos militares, pero existe mayor laxitud en sancionar los autogolpes gestionados por los propios detentadores de la función ejecutiva al interior de los Estados.

Ignacio Walker

Senador de la República de Chile, Presidente del Partido Demócrata Cristiano

Yo quiero tomarme de las palabras finales del Presidente Sanguinetti con su referencia a la "democracia de la calle", que es una verdadera provocación –como deben ser estos paneles– y que nos debe hacer reflexionar en toda la situación que vive no solo Chile, con las movilizaciones sociales, sino muchos otros países del mundo; las hemos visto en Londres, en Israel, hemos visto a los indignados en Madrid, algunos hablan de mayo del 68.

Entonces mi primera reflexión parte de ahí para concluir –les doy la conclusión al inicio– que no hay sustituto, a mi juicio, para la democracia representativa y sus instituciones. Más concretamente, y como provocación también, hablo derechamente de "democracia de partidos". No hay sustituto para la democracia de partidos. Hemos visto en las calles de Chile en los últimos meses ese letrero que dice "El pueblo, unido, avanza sin partido" y eso debe hacernos reflexionar y reaccionar como políticos, como partido, como parlamento, de gobierno y oposición.

Parto por el tema de estas movilizaciones. ¿Qué simbolizan? Bueno, mayo del 68 ha estado en la imaginación de muchos y en los análisis de muchos. Recordemos un gran libro del año 68 de Samuel Huntington, "El orden político en las sociedades en cambio", que era una respuesta al mayo del 68 y a las grandes movilizaciones de los años sesenta, donde él decía que la modernización es en si misma disruptiva. El estaba contrariando lo que había dicho otro gran cientista político, Seymour Martin Lipset, en los años 50, que decía que el desarrollo económico conduce a la estabilidad política. Y Huntington dice: no, el desarrollo económico y la modernización son disruptivos, generan fenómenos de movilización social. Lo que explica, de alguna manera, a su juicio, las grandes transformaciones económicas y sociales de los años 50 y 60 que fueron de gran crecimiento económico en el mundo, de gran modernización, y de grandes movilizaciones sociales.

¿Cuál es la respuesta según Huntington a estas movilizaciones sociales, a este efecto disruptivo de la modernización? No es reprimir, no es desactivar. La respuesta, dice, está en las instituciones y la institucionalización. Esto es, en efecto, el desarrollo político: en la medida en que los países y los sistemas cuenten con instituciones coherentes,

autéonomas, racionales y flexibles, dice él, es posible conducir y encausar el conflicto social.

Por lo tanto, no hay que mirar lo que está ocurriendo en nuestro país, o en otros países, como una patología; no hay que estigmatizarlo, hay que entender que aquí hay un movimiento social producto de las profundas transformaciones económicas y sociales que hemos introducido en Chile en dos o tres décadas y generan este efecto de expectativas crecientes, de movilización social.

Volvamos a América Latina y a Chile, a propósito de la provocación del Presidente Sanguinetti, que se agradece. ¿Cuál es el problema en Latinoamérica hoy día? La verdad es que tenemos una democracia electoral, pero no tenemos necesariamente una auténtica democracia representativa. Tenemos una ciudadanía de baja intensidad y no de alta intensidad. Y tenemos instituciones débiles y estados débiles, y el desarrollo político supone instituciones fuertes y estados fuertes. Por cierto que valoramos que exista democracia electoral, como no lo vamos a hacer si en la década del 70 solo Colombia, Venezuela y Costa Rica tenían democracia electoral en América Latina. Era una ola autoritaria. Tenemos que valorar la democracia electoral, la existencia de elecciones libres, transparentes y competitivas, que es la gran noticia de América Latina y eso hay que celebrarlo con el transcurso de lo que fue esa ola autoritaria; pero no es suficiente.

¿Cuál es el desafío actual, entonces? Uno: pasar de la democracia electoral a una democracia auténticamente representativa. ¿Y que es la democracia representativa? Es democracia electoral más ciertas instituciones que tenemos que fortalecer. Por ejemplo el estado de derecho. ¿Cuántos países en nuestra región pueden decir que tienen verdaderamente un estado de derecho? Guillermo O'Donnell escribió sobre "The (Un)rule of Law in Latin America". La igualdad ante la ley, la supremacía constitucional, la autonomía del poder judicial, la separación efectiva de los poderes públicos, el *accountability* o necesidad de rendir cuentas, en definitiva, el ejercicio de derechos y libertades fundamentales, son algunos de los componentes de la democracia representativa. Ese es el desafío. Es decir, si queremos hacer frente de manera virtuosa a esta movilización social que ocurre debajo de la superficie, tenemos que fortalecer y no debilitar las instituciones. Es este proceso de institucionalización política, que es propio de la democracia representativa, lo que nos permite encausar y canalizar las demandas y aspiraciones sociales.

Pero quiero sugerir que no basta tampoco con la democracia representativa, hay que avanzar en una perspectiva más amplia a la gobernabilidad democrática. Y eso ya no es solo democracia electoral, ya no es solo instituciones de la democracia representativa, es también la capacidad del estado de hacer frente a las demandas económico-sociales. O sea la gobernabilidad democrática –o la *governance* como lo llaman en el mundo anglosajón– supone una capacidad no solo para encauzar, para institucionalizar, sino para responder de una manera efectiva a los temas económicos y sociales de una región marcada por la pobreza, por la extrema pobreza, y sobre todo por el signo de la desigualdad. Vaya desafío que tenemos por delante, pasar de la democracia electoral a la democracia representativa, en la perspectiva más amplia, de una verdadera gobernabilidad democrática con estados fuertes, instituciones fuertes y gobiernos capaces de resolver los principales cuellos de botella que existen en el campo económico y social.

Y ahí viene la provocación del Presidente Sanguinetti, porque surge en la última década en América Latina algo muy engañoso, aparentemente muy atractivo, pero que conduce a la ruina de los pueblos de América Latina. ¿Cuál es aquello? Se habla aquí como una gran novedad de una democracia directa o participativa. ¡Que cosa más atractiva! ¿Quién puede estar en contra de una democracia participativa? Pero la experiencia concreta de la realidad política de América Latina en la última década demuestra que detrás de esta aparente e inocente convocatoria a la democracia directa o participativa se esconde la realidad perniciosa y peligrosa de una democracia plebiscitaria y populista. Y ambas caminan de la mano y que se caracterizan por la identificación de un líder –régimen de Chávez– con las masas, *bypaseando*, por así decirlo, anulando, ignorando las mediaciones institucionales y las instituciones de la democracia representativa: la corte suprema, los parlamentos, los tribunales constitucionales, afectando o amenazando la libertad de expresión – esa es la llamada democracia directa o participativa en la experiencia concreta de América Latina de la última década. Régimen de Chávez, régimen de Morales, que tienden a *bypasear* y anular las instituciones de la democracia representativa.

Entonces hay que tener cuidado con este llamado engañoso a construir una democracia directa o participativa, y ahí se enmarca el tema de los plebiscitos. A mi me preguntaron hace una semana y fue una afirmación muy controvertida, si yo pensaba que era posible plebiscitar el conflicto estudiantil, el tema de la educación. Y yo dije:

“ese sería el fracaso de las instituciones”. Porque plebiscitos están bien en el ámbito comunal, municipal que es el ámbito de la democracia directa, o el plebiscito está bien para los grandes pronunciamientos, por ejemplo, ¿por qué no?, uno no puede descartar *a priori* un eventual plebiscito para una reforma político-institucional que zanje algunos de los enclaves autoritarios que en nuestro caso subsisten respecto a la democracia de los 80. Pero uno no puede plebiscitar las políticas públicas, porque si plebiscitamos educación, pues bien, plebiscitemos salud, plebiscitemos previsión, plebiscitemos lo laboral, plebiscitemos medio ambiente, plebiscitemos energía. Y entonces si ese es el camino, les sugiero lo siguiente, cerremos el parlamento y clausuremos las instituciones de la democracia representativa. Ese no es el camino, la democracia plebiscitaria, que deviene en una democracia populista, no es el camino.

Termino con lo siguiente: ¿Cuál es el verdadero dilema de América Latina? No es neoliberalismo versus neopopulismo. Esos son dos extremos. El verdadero dilema de América Latina es lo que yo llamo y he llamado en un libro sobre “La democracia en América Latina”, democracia de instituciones versus democracia plebiscitaria. ¡Ese es el dilema político de América Latina! Y me refiero a democracia de instituciones, una democracia representativa, deliberativa, que tienda a fortalecer y no a debilitar las instituciones versus una democracia plebiscitaria o populista que sabemos como funciona: sobre la base del debilitamiento de esas instituciones. Esa democracia funciona sobre la base de ese mal endémico de América Latina: el caciquismo, el caudillismo y el personalismo.

Por lo tanto “paños fríos” a la realidad (caliente) que estamos viviendo, un poco más de racionalidad a estos movimientos sociales que estamos enfrentando, y una clara opción por el fortalecimiento, y no el debilitamiento, de las instituciones.

Democracia de instituciones, representativa, deliberativa, *versus* esa democracia plebiscitaria y populista que ha conducido a la “democracia de la calle” a la que se refería el Presidente Sanguinetti.

Gilberto Bonalumi*

Ex Subsecretario de Relaciones Exteriores y ex Senador
de la República Italiana

Con una pequeña premisa, que espero no sea tomada como un hecho sentimental, digo que para mi Chile representa una segunda patria, una patria de elección. Todos quieren tener un lugar del alma, un lugar o un país que por extraños e inescrutables mecanismos se graba en la mente y en el corazón, y que llegas a amar como tu país, aún estando a cientos de miles de kilómetros, allende el océano, más allá de la cordillera, al final del mundo. Todo esto me pasa cuando estoy viajando, en la última parte del largo trayecto desde Europa, mientras el avión cruza los Andes. Tengo la sensación, como nos pasa a muchos, de llegar a mi propio hogar. En Chile me siento como en mi casa, en sintonía con la gente, con esa característica propia de su modo de acoger que no te hace sentir desconfiado ni inseguro como sucede en otras partes.

Mi relación con Chile remonta al lejano 1963, cuando como muy joven dirigente de la Democracia Cristiana italiana ideamos con el amigo italiano Roberto Savio, prestigioso periodista de la Rai, el proyecto de crear con gran anticipación en la sensibilidad de aquel tiempo una agencia de prensa llamada "El PS Tercer Mundo", con sede en Roma y con corresponsales en todos los países de América Latina, y de otros lugares de pobreza y de subdesarrollo. En ésto el Presidente Eduardo Frei fue fundamental para hacer partir esta iniciativa.

Ahora, si la historia no es solamente la ciencia de aquello que cambia, sino que también de aquello que permanece inmutado, creo que sea este el elogio más importante que siento como deber expresar después de haber visitado ayer en la tarde el museo dedicado al Presidente Frei.

Numerosos y seguidos fueron mis encuentros con el Presidente Frei. Me resulta inolvidable cuando por pura casualidad yo lo esperaba a su regreso del encuentro militar que le había programado su Edecán, el General Bonilla, y volvió furioso –creo que fue la primera vez que vi el carácter oculto del Presidente Frei– y desde aquella vez tomó fuerza aquella carta hecha a Mariano Rumor, por quien finalmente

* Los editores agradecen a la Sra. Andrea Morales Ghisoni por la transcripción y traducción de este texto.

la solidaridad hacia Chile por el regreso de la democracia asumió un espesor importante.

En Algarrobo, en las largas tardes romanas, en las cenas en el Edén, discutiendo sobre cómo las relaciones entre Europa y América Latina pudieran dar fuerza y espesor a los procesos de democratización, así como salir de la noche oscura de la dictadura. Yo en ese momento siempre traté de transformarme a mí mismo y a muchos otros chilenos, parafraseando lo que dijo Kennedy cuando todos debiésemos sentirnos ciudadanos de Berlín. Los que estuvieron presentes en su funeral saben que esta comparación no es tan provocativa.

Hoy en día está en curso una crisis sobre la idea de la democracia que es preocupante. La democracia tuvo un desarrollo que no fue orgánico, y a menudo se desarrolló por contraposición, es decir, definió su propia naturaleza de manera funcional, para hacer frente a todas las amenazas que se le presentaron, que a veces fueron mortales. La necesidad de venderla, por ejemplo, a veces puso en peligro la idea de la libertad, y la práctica de la misma. De las libertades, me atrevería a decir que con la democracia habrían tenido que formar un cuerpo mucho más sólido del que históricamente se ha comprobado.

Sucede que ustedes, Democracia Cristiana chilena, ustedes Democracia Cristiana alemana, junto a tantos como yo que en estos momentos están en una suerte de tierra de nadie, desde el punto de visto del partido, de la historia, del pensamiento católico democrático, se debe hacer un verdadero análisis estructural de lo que significó en Estados Unidos y en Europa, el movimiento social-cristiano. Esta es una manera para reivindicar también la función y el rol de los partidos, si no queremos sobrevivir solamente de recuerdos.

Todos sabemos que la gran recesión del 2008 se transformó en la recesión del Atlántico del Norte; son sobre todo Europa y los Estados Unidos, y no los países emergentes, los que están sumergidos en un pantano de crecimiento plano y de alto nivel de desempleo. Son Europa y Estados Unidos los que están marchando solos, juntos, hacia el epílogo de lo que podría ser una catástrofe.

Escuchamos que esta realidad se percibe cada vez más peligrosamente atraída hacia el abismo, hacia el precipicio. Y es también debido a esta crisis que hoy en día hay algunos problemas en la calidad de la democracia. No quiero citar aquí todos los movimientos juveniles que se están realizando en el mundo, pero aquí no han sido citados aún,

los movimientos racistas y xenófobos, de algunos países del norte y del este europeo y Noruega.

La globalización nunca ha sido del todo aceptada por Europa, la cual se ha demostrado poco preparada para padecer sus efectos.

La globalización no es un juego que deja indiferente, hay siempre quien pierde y quien gana. Hoy es Europa quien pierde y está obligada a renunciar a partes substanciales en su estado social, el elemento del cual se enorgullece como elemento distintivo del bienestar europeo.

La alternativa en la actual situación de los mercados mundiales es también el *default*. También los estados pueden quebrar. Pienso en Grecia, y cuando se compara con Italia, me doy cuenta de que Grecia tiene un PIB que es solo la mitad del PIB de la región donde yo vivo, la región Lombardia, y no de toda Italia, una región que el Presidente Frei conoce por haber vivido por algunos años en ella. Por lo tanto, desde este punto de vista estamos frente a alternativas dramáticas, como se pueden observar sus consecuencias político-sociales, que están aún por ser comprobadas.

Si el populismo vuelve a ser una enfermedad, es debido a que la democracia representativa está gastada. Hay cada vez más nexos entre las democracias pluralistas, las economías y la estabilidad social. Hay sobre todo un nexo entre las opiniones bien informadas y la disponibilidad hacia los sacrificios.

Estamos por lo tanto frente a aquello que Robert Dahl definía como las parejas infelices: las trágicas de la economía, de difícil coexistencia, como el mercado y la democracia, el ambiente y el desarrollo, y hoy también agregaría el dilema entre seguridad y libertad.

Como conclusión yo veo que en las relaciones entre Europa y América Latina es necesario replantearlas. También en este caso el salto del paradigma es aún más fuerte. América Latina, gracias a Cristóbal Colón y al año 1492, había de alguna manera inaugurado el paradigma anterior y el desarrollo europeo había adquirido el propio desarrollo justamente gracias a la explotación de los imperios latinoamericanos. Quizás ni siquiera en el África Subsahariana, la explotación fue tan intensa y tan despiadada como en la América Latina.

América Latina además había anticipado de 150 años la fase post colonial, gracias a una independencia caracterizada por el predominio de las elites coloniales de origen europea, y bajo el sombrero de

una hegemonía mal aceptada de los Estados Unidos, codificada en la famosa doctrina Monroe. Digámoslo francamente, que podemos incluso dar por muerta esta doctrina en sí misma, lo que no quiere decir, como afirma mi amigo Insulza, que por una suerte de automatismo todos los problemas puedan ser resueltos sin tomar en cuenta los Estados Unidos.

Todo esto había determinado una particular forma de subdesarrollo, y tuvo consecuencias particularmente negativas sobre la evolución política de los países del hemisferio occidental meridional. Caudillismo, regímenes militares, populismo, habían caracterizado también los 50 años pasados después del final de la Segunda Guerra Mundial.

Solamente a fines de los años 80, y finalmente paralelamente a lo que sucedía en Europa Oriental, se habían visto reforzar las auténticas democracias. También aquí, de todos modos, el desarrollo causado por el final de la Guerra Fría había llevado a una solicitud de autonomía y de crecimiento.

Tanto Estados Unidos como Europa no estaban suficientemente preparados para comprender la oportunidad y la necesidad de adoptar un acercamiento distinto. Sobre todo Europa perdió en los últimos 20 años una gran ocasión, para establecer una relación especial que permitiese la superación de la doctrina Monroe, no en un sentido anti-estadounidense sino de efectiva, plena participación de una guía democrática del planeta.

Solamente España ha intentado de construir una relación positiva pero basada solamente sobre afinidades humanas, lingüísticas y culturales. Italia desperdició el buen inicio de finales de los años 80 y 90. Los demás pensaron dirigirse hacia el oriente, que era más conveniente. Ahora hay que diseñar, Presidente Sanguinetti, una nueva estrategia adecuada para el mundo post Pittsburg, que se está perfilando frente a nuestros ojos. Esto lo tenemos que hacer no solo por solidaridad, sino que sobre todo por nuestro interés, ya que Europa está arriesgando llegar a ser el único perdedor respecto al nuevo salto de paradigma.

América Latina más que el Asia representa junto con el Mediterráneo ampliado, el único natural interlocutor con Europa, capaz de llegar a ser un *partner* ideal para aprovechar nuestros puntos de ventaja y limitar los daños derivados de nuestras debilidades.

América Latina obviamente, aquélla del post Pittsburg, la que quiere seguir el ejemplo de Europa cambiando desde Mercosur a UNASUR, cumpliendo de manera acelerada el mismo recorrido que Europa, desde la integración permanente económica del mercado a la política.

La elección debe ser la de tender a un verdadero eje transatlántico sur, no alternativo sino que de fortalecimiento en cuanto autónomo con respecto al eje transatlántico norte, que de todas maneras está debilitado por las relaciones transpacíficas de los Estados Unidos.

Ricardo Núñez

Ex Senador de la República de Chile, Presidente del Instituto Igualdad

Siempre hay una reflexión previa que uno debiera hacer a propósito de ese tipo de evento. Estoy absolutamente convencido de que si en nuestro país hubiésemos tenido la costumbre histórica de juntarnos a debatir en la diferencia, nos habríamos ahorrado muchas desgracias. Y los países latinoamericanos conocen particularmente la incapacidad que han tenido sus fuerzas políticas de dialogar, de entenderse en la diferencia.

El gran aporte que hemos hecho en los últimos años tal vez, a propósito de las fundaciones de Eduardo Frei, la fundación que yo presido, la Concertación, lo que ha significado de un punto de vista político-cultural y que nació producto del diálogo, producto del entendimiento, producto de la capacidad de entender las diferencias. Esas diferencias no han desaparecido. Y es bueno que no desaparezcan. Cuando los partidos políticos, las coaliciones, los grupos económicos o los grupos sociales se homogenizan en contra de la heterogeneidad natural de la vida, cuando se trata de uniformar el pensamiento, lo único que hacemos es derrotar a la democracia.

Porque ¿qué es lo es la democracia al fin? No solamente por lo que nos enseñaron los griegos y los romanos, lo que nos han enseñado los enciclopedistas o aquellos que tuvieron la virtud de inspirar una revolución como la que todavía vivimos, que es la revolución francesa. Es mucho más que aquello, por cierto.

Lo que hemos aprendido de ellos, es que la democracia –como diría O’Donell– es un modo de vida, es una manera de enfrentar los desafíos de la historia, es un modo de enfrentar los desafíos de la sociedad, es un modo de enfrentar los enormes problemas que se acumulan en un momento determinado de la historia.

Y no cabe duda de que si lo entendemos así, como un proceso complejo de permanente creación, disruptivo muchas veces, podemos entender lo que está ocurriendo en el norte de África. En dónde seguramente todos esperamos que se instale la democracia, pero sin embargo todos sabemos que esa democracia no va a ser igual que la nuestra. Todos sabemos que no va a ser igual que la de Europa occidental. Todos sabíamos después de la caída del Muro que lo que se iba a instalar como democracia en muchos países que habían formado

parte de la órbita soviética, sin duda algunos, no iba a cumplir con los llamados parámetros de la democracia representativa o formal.

Porque la democracia es vida, es mucho más que régimen político. Es la manera como los hombres y las mujeres se articulan para enfrentar los desafíos que tienen en un momento determinado. Si nosotros no sabemos y somos capaces de leer por lo tanto la demanda democrática en un momento determinado, lo más seguro es que vamos a recurrir al pasado. Vamos a recurrir a formas pretéritas de democracia que ya la vida misma va enseñando que quedaran atrás.

Y por lo tanto la democracia es esencialmente movimiento, movimiento histórico, movimiento social, y hay que saber interpretarlo en su momento justo. Lo que está pasando en la humanidad no es cuestión menor. Lo que está sucediendo en nuestro país no es cuestión menor, que hoy día los jóvenes se comunican entre si, no a través de los partidos políticos, no a través de los medios de comunicación, sino que fundamentalmente a través del Facebook, del Twitter y de otros modos de comunicación que están cambiando la naturaleza de las relaciones políticas en el mundo entero.

Si nosotros no sabemos interpretar aquello, es altamente probable que cometamos errores. ¿Y cuál es el problema que tiene América Latina? América Latina sin duda alguna está viviendo el espacio histórico más provisorio desde el punto de vista de la democracia formal, desde el punto de vista de la democracia representativa o electoral, como muy bien lo dijo Ignacio. Está viviendo un momento excepcional. ¿Pero se ha alejado totalmente del autoritarismo?

¿Es cierto que hemos derrotado definitivamente el autoritarismo en América Latina? No es cierto. Hay formas todavía autoritarias de representación política que son altamente preocupante. Y no solamente lo de Venezuela. Y no solamente lo de Cuba. En otras estructuras democráticas de América Latina todavía prevalecen formas autoritarias a entender la vida social. Hace poco un alcalde de Santiago dijo que iban a sacar a las Fuerzas Armadas a las calles, y eso es expresión de cultura autoritaria. Eso es expresión de un modo de entender que es perfectamente posible que el autoritarismo se pueda entender con la democracia. Si hay algo que no se entiende, ni van a poder conversar jamás, es en las concepciones autoritarias y las concepciones verdaderamente democráticas, aun en las versiones más restringidas que pueda tener la democracia.

Cuando en nuestro país prevalece el desprecio a los pueblos originarios, hacia el pueblo Mapuche, es una forma autoritaria de entender la forma como constituimos la nación y el estado en nuestro país. No se me diga por favor, que siempre hemos entendido al pueblo Mapuche como formando parte de la nación chilena, no señor. Al pueblo Mapuche lo tuvimos durante muchos años, y son más de un millón de chilenos, vale decir un ocho por ciento a la población y un diez por ciento que nosotros despreciamos.

Todavía se desprese a los sectores populares en nuestro país. Y en América Latina durante siglos se despreciaron a los indígenas en Bolivia. Y también en Perú. Y también en Centroamérica. Y nunca tuvimos ahí a pesar de los enormes influjos que podían tener en las elites políticas los pensamientos democráticos prevalentes de Europa, nunca tuvimos la capacidad de integrarlos plenamente. No solamente a los sectores que formaban parte de la sociedad antes de la llegada de los españoles, sino que también a aquellos que fueron productos de las revoluciones industriales o de los mecanismos de importaciones que en algún instante nosotros impulsamos en el continente. De modo tal de que debemos mirar con cuidado lo que estaba sucediendo, lo que ha sucedido, y sacar experiencia de la historia para que no volvamos a cometer los errores que podríamos haber cometido en el pasado.

Es cierto además que tenemos que entender que los movimientos sociales no son en sí mismo portadoras de la plena democracia. Hemos revalorizado a los movimientos sociales. Un hecho positivo. No se trata de entregarle a los movimientos sociales, que son heterogéneos intrínsecamente, la potestad de ser ellos portadores de una mejor democracia. Sin duda alguna.

Tampoco sin embargo a la sociedad política y al estado que normalmente se incólume y no se sintoniza adecuadamente con los movimientos sociales en muchas oportunidades. No es necesariamente así que la sociedad política a veces no converse adecuadamente con la sociedad civil. Es más. En América Latina se ha producido un divorcio peligroso entre movimientos sociales y sociedad civil y sociedad política. Lo que hace que entre otras cosas, tengamos un cierto desprestigio de la actividad política, de los partidos políticos y también del Parlamento. Cuestiones extraordinariamente preocupantes. Porque en la medida en que este desprestigio nos lleve a un descalabro, para la democracia que tanto nos ha costado construir en el continente y en nuestros países de América del sur particularmente, que vivieron las dictaduras más atroces, podamos vivir momentos que son altamente preocupantes.

Uno de los temas que siempre preocupa en los análisis que hacemos, es que no entendemos que los estados en América Latina son distintos. Su constitución fue diferente, la manera como se construyeron fue distinta, y por lo tanto la media en que no entendamos que los estados nacionales son distintos en América Latina, dificulta que vayamos a tener una visión correcta de lo que son y significa todo aquello.

Pero yo quisiera concluir en dos cosas.

Primero: es cierto que los movimientos sociales en si mismo no portan una democracia mejor y de mayor calidad. Pero cierto además que los movimientos sociales hoy día tenemos que entenderlos en su integridad. Tenemos que ser los partidos políticos en particular, de ser capaces de integrar de manera armoniosa a los movimientos sociales con la sociedad política y con el estado. Si mantenemos este divorcio entre estos tres factores que son esenciales para la construcción de la verdadera democracia, es altamente probable que vayamos a tener dificultades de futuro.

Por eso me parece esencial que la formula de un estado democrático y social de derecho, como lo que hemos planteado en tantas oportunidades, podamos ir llenándola de contenido y de sentido. ¿Qué significa un estado social y democrático de derecho en el fondo? Significa tener y construir una ciudadanía integral que sea capaz de representar todo y cada uno de los intereses que se reflejan en una sociedad heterogénea. Una ciudadanía integral que nos permita efectivamente asumir que ella es la única de que está en condiciones efectivamente de darle estabilidad y gobernabilidad a la democracia.

Cuando esa ciudadanía integral no existe, todavía está por construirse en continente, es altamente probable por lo tanto que los partidos políticos, su fuerza intelectual y su fuerza ideológica, deben estar puestas en la construcción de esa democracia integral, de esa ciudadanía integral, que nos permitan construir una sociedad más participativa y evidentemente con instituciones respetables por todos y cada uno de quienes habitan en un territorio determinado.

Gracias por la posibilidad de reflexionar sobre estos temas. En mi opinión todavía nos falta bastante por caminar en este sentido. Nos falta todavía reflexionar más a fondo, respeto a cómo entendemos la democracia del futuro, de cómo superamos los problemas que a América Latina se están presentando y cómo en países como el nuestro, donde tenemos una explosión de movimientos sociales similares

a aquellos que se están viendo en países europeos, podamos orientarlos en función de una construcción de una sociedad mucho más integrada, mucho más justa, y por cierto más participativa.



Eduardo Frei Ruiz-Tagle, Renán Fuentealba Moena y Renán Fuentealba Vildósola



Marigen Hornkohl, Eduardo Frei Ruiz-Tagle y José Miguel Insulza



Soledad Alvear, Senadora de la República de Chile



Felipe Larraín, Ministro de Hacienda de la República de Chile



Panel "Reformas Políticas y Sociales en América Latina"



Andrés Zaldívar, Senador de la República de Chile



Osvaldo Sunkel, Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL)



Alejandro Foxley, Ex Ministro de Hacienda y de Relaciones Exteriores de la República de Chile,
Presidente del CIEPLAN



Patricio Aylwin, Ex Presidente de la República de Chile



Héctor Lescano, Alejandro Foxley, Gilberto Bonalumi y Eduardo Frei Ruiz-Tagle



Patricio Aylwin y Bernhard Vogel



Participantes en el seminario "Integración, Democracia y Desarrollo"

CAPÍTULO IV

REFORMAS POLÍTICAS Y SOCIALES EN AMÉRICA LATINA: DESAFÍOS Y TAREAS PENDIENTES

Para mí es un honor especial participar y exponer hoy en este seminario en que se conmemoran los 100 años del natalicio del ex Presidente Eduardo Frei Montalva, a quien no conocí personalmente pero por quien tengo un gran respeto.

Creo que en ocasiones como ésta, la vida nos pone en un momento y lugar preciso para reflexionar sobre el acontecer nacional. Y hoy no puedo soslayar la época que nos toca vivir. Las turbulencias económicas y sociales de un mundo cada vez más globalizado. También están ad portas de nuestras fronteras. Por ello bienvenidos sean los espacios de reflexión como éste, donde podemos intercambiar opiniones desde ángulos y miradas distintas. Con respeto, pero sin dejar de asumir las responsabilidades por acciones o emisiones.

Como algunos de ustedes saben, pasé más de 25 años de mi vida en el mundo académico, por lo tanto esta idea de poder analizar, discutir y confrontar ideas es algo que para mí es de gran valor. Y de alguna manera me lleva de vuelta a mi época académica.

Eduardo Frei Montalva ha pasado a la historia como un reformador en la educación, economía, participación ciudadana, el desarrollo productivo. Se podrá discrepar de algunas de sus propuestas y de sus obras, pero es imposible desconocer en él un liderazgo jugado por reformas a nuestro sistema político, económico y social.

Algunos de sus proyectos no se concretaron, otros no de la forma en que Frei Montalva lo pensaba. Otros sí. Se ha escrito mucho al respecto, en parte porque en ese periodo emergen las señales claras que darían cuenta de las razones del quiebre institucional de 1973.

Existieron entonces estructuras institucionales que fueron incapaces de regular el conflicto político. Liderazgos políticos que priorizaron la dimensión ideológica de la política pública.

La carrera de Eduardo Frei Montalva estuvo marcada por su condición de hijo de un emigrante suizo-austríaco que compartió sus estudios con trabajo para subsistir. Su talento de liderazgo lo distinguió desde joven en la Universidad Católica. Las circunstancias, sus propias

inquietudes y su disposición al trabajo lo ponen en contacto con la juventud de su época en un momento donde nace el Chile político moderno, la generación política de los años 30. Tal como decía Ortega y Gasset, "yo soy yo en mis circunstancias", y por ello el entorno fue decisivo en la carrera de Eduardo Frei Montalva y la forma como conjugó la dualidad entre el soñador y su compromiso político es materia de un análisis más profundo de eruditos.

Por ello el motivo de mi reflexión es cómo vivimos esa adaptación del yo a las circunstancias que nos tocan vivir. Y no puedo dejar de recordar que al Presidente Eduardo Frei Montalva le tocó vivir una época de efervescencia social, particularmente hacia el fin de su gobierno. Tuvo que enfrentar paros y manifestaciones, lo que tiene alguna analogía con la situación que enfrentamos hoy. Algunos destacados autores atribuyen esta manifestación, esta efervescencia social, a expectativas que se crearon y que no fueron colmadas, que no fueron satisfechazas plenamente. Algunos autores también atribuyen el momento actual –hay muchas explicaciones de lo que estamos viviendo– a que también tenemos un problema de perspectiva, y creo que parcialmente eso es verdad.

Hoy cuando llevamos varias semanas de movilizaciones estudiantiles y estamos ad portas de un paro, que yo sé que genera posiciones distintas, pero que con toda franqueza considero ilegal e injustificado. No podemos desconocer que la situación es compleja y eso nos involucra no solo como gobierno sino a todos quienes de una u otra manera representan la soberanía popular: parlamentarios, alcaldes, concejales, de todos los sectores políticos del país. Pero también el mundo académico y social tiene mucho que aportar en el diagnóstico y en la solución del problema. Nadie puede sentirse y manifestarse ajeno al debate que se ha instalado sobre la educación. Nadie puede ser un mero espectador cuando vemos vulnerado el derecho de chilenas y chilenos para ir a trabajar. Nadie puede ser indiferente cuando un día de paro le cuesta al país del orden de los 200 millones de dólares por día.

Como gobierno hemos hecho un esfuerzo por aportar los recursos necesarios para suplir la deficiencia que tiene el actual sistema educativo. Especialmente en lo que se refiere a los sistemas de financiamiento de la educación superior y en las subvenciones escolares. Estamos conscientes de que el tema de la educación es una sentida meta y aspiración de la clase media chilena y de los sectores populares.

Y creo que hemos dado pasos importantes para solucionar el problema. Se planteaba hace una semana un aumento sustantivo en el número de becas para la educación superior, con una combinación de becas y créditos para el quintil que está sobre el 40 % y el al 60 % más vulnerable. Una disminución significativa en el costo del crédito con aval del estado unificándolo en su costo con el fondo solidario. La reprogramación, que tampoco podemos olvidar, a más de cien mil morosos de crédito. Pero todo este esfuerzo no resuelve el problema de la educación en su totalidad. Hay que estar conscientes, no podemos pensar que de la noche a la mañana o con una sola medida y de manera instantánea vamos a resolver el problema de la educación.

Hay coincidencias en el mundo académico y entre muchos actores políticos y sociales, que gran parte de la brecha educacional entre las personas tiene su origen en el capital cultural con que cada alumno ingresa al colegio. La intervención de este capital puede reducir esta brecha, pero para ello hay que invertir en mejorar la infraestructura, mejorar las condiciones en que se imparte la educación en las salas y clases, disponer de sistemas de evaluación de los docentes, entre otros.

Pero no es suficiente. Las medidas que podemos tomar, por mucho que sean correctas y bien inspiradas, no pueden resolver de la noche a la mañana las expectativas que se han generado. La desigualdad, bien lo sabemos, tiene otras causas que es necesario intervenir. Somos muchos los que hemos trabajado en el tema de la desigualdad y tengo el honor de incluirme entre ellos de haber publicado trabajos sobre la desigualdad en Chile y en el mundo. Y tenemos que preguntarnos también como reducimos la desigualdad. Todos los trabajos llegan a la conclusión que los principales mecanismos para reducir la desigualdad son la educación, el empleo, y el crecimiento económico. No son los únicos pero son los más importantes. Y es la base que hace posible y viable también los esfuerzos para lograr financiar, más y mejor, a nuestros estudiantes y reducir de esa manera las brechas que tenemos en la educación.

Creo que tenemos que preguntarnos hoy también cómo garantizar un crecimiento económico y sostenido que cree empleos de calidad y que traspase los gobiernos, con bases compartidas, reglas claras para todos y beneficios que sean percibidos por igual. Este punto a mi juicio está en la raíz del problema, no solo en la educación, sino en una sociedad que se ha modernizado, que ha crecido en las últimas tres décadas y que demanda más oportunidades y mayores

certezas. Por ejemplo, la oportunidad de que nuestros hijos tengan una educación de calidad y la certeza de que eso será un instrumento adecuado, unido al mérito, para lograr una mejor calidad de vida que la que tuvieron sus padres.

Lo anterior requiere acuerdos amplios que se sostengan por muchos años. Hay un desafío institucional y político hoy que debe ser asumido sin temor por la clase política. Es en estos momentos complejos donde se abren las oportunidades para avanzar y construir nuevas etapas de bienestar. Fue posible a principio de la década de los noventa y los frutos están a la vista. Se repitió una década más tarde y logramos avances en materias de transparencia y modernización del estado. ¿Por qué no podemos hacerlo nuevamente?

Las coincidencias que existen técnicamente en educación, modernización del estado, reformas a la salud y también al sistema político, son amplias y transversales. ¿Qué incentivos, me pregunto yo, se requieren entonces para generar un círculo virtuoso de acuerdos que permita generar las confianzas mínimas para avanzar en el plan de reformas en el que concordamos muchos? Los consensos en materia económica nos permitieron sortear con relativo éxito muchos de los desafíos que nos impuso la recuperación de la democracia y la transición que le siguió. Pero se requiere un nuevo impulso, una nueva agenda que dé un sustento a la potencia política macro- y microeconómica, orientada a lograr un país desarrollado en los próximos años.

¿Cómo lograr este cambio? Es natural que la oposición quiera que el gobierno pierda apoyo. Sin embargo el dato real es que en este momento ambos compartimos una evaluación negativa de la ciudadanía. Estamos llegando a un peligroso empate de suma cero. Debemos atrevernos a romperlo y recuperar el camino de construir acuerdos. Estoy seguro de que ese camino de los acuerdos es el que beneficia al país y que también va a beneficiar a los actores involucrados. La actual efervescencia social es una oportunidad pero también es una amenaza si conduce a deteriorar uno de los activos más importantes que hemos logrado como país.

Lo más grave es que limita confianza, desincentiva decisiones que contribuyen al crecimiento, vulneran la seguridad básica. Quiero hacer una breve reflexión: La crisis internacional nos impone aun mayores exigencias de responsabilidad. Estamos en presencia de un fenómeno muy complejo en el mundo desarrollado, un fenómeno que

a lo menos va a traer una importante desaceleración de las economías desarrolladas y si las cosas andan peor podemos tener una recesión en los países desarrollados, una posibilidad que debe al menos abrirnos los ojos frente a la magnitud del desafío que estamos enfrentando.

Y entender también lo que hemos construido en Chile. Y en esto siempre he sido claro cuando fui académico y también hoy que soy Ministro de Estado: el Chile que hoy tenemos lo hemos construido entre todos y he reconocido los buenos logros que ocurrieron en los últimos 20 años, en los gobiernos de la Concertación. ¿Pero que pasó hoy día que parece que todos o muchos decidieron reclamar y protestar contra lo que ellos mismos habían creado?

No nos subamos al carro de la intransigencia, la violencia y desconfianza. Ella no nos llevará al desarrollo ni a una sociedad más equitativa. Los llamo entonces a ser audaces, pero con responsabilidad. A estar dispuestos a dar un pie al frente por Chile, a asumir una política de acuerdo con nuevos bríos y no olvidar que todos debemos legarle a las nuevas generaciones un país mejor, más solidario y más justo.

Primero quiero agradecer la invitación a la Fundación Konrad Adenauer, a la Fundación Frei y al Centro Democracia y Comunidad. Es realmente para mi un honor estar acá porque además me siento parte de lo que hoy día conmemoramos: los cien años del natalicio de don Eduardo Frei y el recuerdo de lo que fue su trayectoria política en nuestro país.

Si él hoy día viviera, yo creo que nos haría la misma pregunta que pretendemos hacernos hoy y que se hizo él en su tiempo: ¿Cuáles son los desafíos y las reformas que tenemos que hacer para que Chile y América Latina puedan lograr el desarrollo y el éxito?

Hoy día, podemos mirar a la América Latina en forma muy diferente como la podíamos mirar en la década de los 70. Si mirábamos el mapa de América Latina, era un mapa de plenitud de gobiernos de dictadura y del fracaso de la democracia. Hoy día, si miramos el mapa de América Latina, tenemos a todos los países de la América Latina en democracia, salvo uno. Tenemos una democracia que ha funcionado, en algunos de nuestros países, por más de 20 años, mientras que los que llamábamos las democracias nuevas llevan más de 15 años. Nuestros países han avanzado en forma más eficiente que en el pasado. Hay más estabilidad político-social.

A pesar de todo esto, si miramos a este periodo, ha habido también intentos de ruptura, pero diferentes. La ruptura que se ha pretendido hacer muchas veces ha sido por los propios civiles más que por los militares. Si miramos Honduras o el caso de Ecuador en su momento, el caso mismo de Bolivia. Pero hemos logrado superar esos temas y eso se ha debido en parte importante también porque tenemos una concepción hoy día, una relación internacional entre nuestros países y en nuestra América Latina y en el mundo, que nos permite que esas intenciones no tengan éxito. Porque reciben el repudio en un mundo globalizado de todos de los actores, de los países europeos, de Estados Unidos, de la América Latina y a través de la OEA con la Carta Democrática. Por lo tanto, tenemos democracia y tenemos que felicitarnos que tengamos democracia y que podamos seguir avanzando.

Sin embargo, yo miraba nuestro llamado acá que decía "Seminario de Integración, Democracia y Desarrollo en América Latina". Yo creo que

tenemos democracia, débil todavía, pero en proceso de poderse fortalecer. No tenemos casi nada de integración, salvo algunos intentos. Y desarrollo, estamos en camino.

Hay países que han tenido más éxito, otros menos éxito. Sin embargo tenemos conciencia de que para lograr el desarrollo necesitamos países que realmente entiendan su tiempo y que sean capaces de hacer las reformas políticas y sociales necesarias. Creo que el referente nuestro es más hacia lo que fue el diseño de la Europa de la post guerra. ¿Como podemos formar sociedades que sean sociedades realmente equitativas?, donde realmente todos se sientan parte en lo que se construyó en los países como Alemania, hoy día en España, en Italia, en Francia, que han sido precisamente muchas veces nuestro referente político.

Yo creo que nosotros hablamos muchas veces de crecimiento, y yo creo que erramos al hablar de crecimiento. Creo que sería bueno que leyéramos de nuevo el libro de Eduardo Frei que tradujo nuestro amigo Thesing, "América Latina: Opción y Esperanza", porque es muy actual, es casi como que Eduardo Frei lo hubiera escrito hoy día por lo que nos quiere decir. Si realmente queremos construir una sociedad o gobiernos que tengan estabilidad y que provoquen sociedades como las que queremos construir, fundadas en los valores del humanismo a los cuales nosotros profesamos, se requieren gobiernos que crean en el desarrollo integral de la sociedad. Y eso requiere desarrollo económico, desarrollo social, desarrollo político, desarrollo cultural, como decía Frei, desarrollo integral, y eso es fundamental. Yo creo que en la América Latina lo que nos pasa es que estamos a medio camino en todo y cada uno de estos aspectos.

Ahora bien, yo creo que para que haya realmente éxito en las tareas que tengamos por delante, en Chile y en la América Latina en su conjunto, debemos buscar algo que es esencial, y en la experiencia chilena también lo ha sido: lograr la gobernabilidad y entender que la democracia hoy día en nuestras sociedades modernas no se da solo por el hecho de las elecciones, o el funcionamiento de las mayorías y las minorías, sino que se ha hecho fundamentalmente porque si bien las mayorías funcionan, hay respeto por las minorías y hay capacidad de entenderse entre las mayorías y las minorías para un proyecto común. Yo creo que en Chile estos 20 años nos han permitido avanzar en ese sentido, y es un país que realmente debe mantener esa misma línea a objeto de lograr el fin de lo que queremos, que es el sueño que tenía Eduardo Frei para nuestro país y también para América Latina.

Yo voy a terminar, leyendo lo que escribió Eduardo Frei al final de su libro "América Latina: Opción y Esperanza". Yo lo he denominado el decálogo que Eduardo Frei nos propone para la América Latina, como para construir esos países que queremos construir entre todos juntos. Nos dice: "un proyecto histórico para América Latina debe conducir a una democracia real, que inspirada en los auténticos valores del humanismo, ponga término a la permanente inestabilidad que ha caracterizado la vida de estas naciones". "La realización de este proyecto", agrega, "dependerá de la voluntad y del compromiso moral de quienes lo sostengan, y para ello propongo el siguiente decálogo":

Primero: crear conciencia que la libertad no es un desencadenar de pasiones y apetitos.

Segundo: una sociedad libre no puede funcionar sin una autoridad estable que garantice la paz, la seguridad y el bien común.

Tercero: la sociedad debe organizarse bajo un sistema pluralista y comunitario sobre la base de la justicia, la tolerancia y el respeto de los derechos humanos.

Cuarto: tener como objetivo central la derrota de la miseria y el término del dualismo social a través de la integración de la comunidad nacional.

Quinto: modificar las actuales estructuras de los poderes públicos, los partidos políticos, las organizaciones y ponerlos de acuerdo con la realidad que se vive.

Sexto: construir un desarrollo político, económico, social, cultural, humano, es decir, integral.

Séptimo: rechazar todo tipo de populismo, simplismo y la magia de las soluciones fáciles y totalizantes.

Octavo: abrir la senda de una mayor participación de las organizaciones sociales, en las decisiones fundamentales para que los pueblos se sientan solidarios de la acción. Abrir la participación.

Noveno: rechazar de modo categórico toda forma de vio-

lencia y de odio y no aceptar que las garantías que la democracia ofrece se utilicen para socavarla, inmovilizarla, o destruirla.

Y décimo: saber que solitarios y aislados nuestros países tienen un destino limitado y que solo una comunidad latinoamericana de naciones, verdaderamente integrada, será capaz de crear las condiciones humanas y económicas indispensables.

Eso lo escribía Eduardo Frei el año 1977. Yo lo suscribo totalmente y ojalá seamos capaces de hacerlo y llevarlo a cabo, así creo que podremos cumplir con el objetivo del seminario de tener una América Latina integrada y que pueda tener éxito en su tiempo futuro.

En nombre de la Secretaria Ejecutiva de la CEPAL, Sra. Alicia Bárcena, que se encuentra fuera del país en misión oficial, agradezco mucho a la Fundación Eduardo Frei, al Centro Democracia y Comunidad, y a la Fundación Konrad Adenauer, esta oportunidad de contribuir a este homenaje al ex Presidente Eduardo Frei Montalva.

Me voy a limitar a hacer dos reflexiones. Una relacionada con la enorme importancia que tuvo Eduardo Frei Montalva para la CEPAL y para las Naciones Unidas, que creo que también influyó en alguna medida en el propio don Eduardo. En segundo lugar una breve reflexión sobre la temática del desarrollo.

La relación de don Eduardo Frei Montalva con las Naciones Unidas comienza muy tempranamente. Ya a fines de la década de 1940 integró la delegación chilena a la Asamblea de las Naciones Unidas en Nueva York. En esa delegación coincidió con don Hernán Santa Cruz, que como embajador de Chile, fue uno de los gestores de la creación de la CEPAL.

Unos años después, en 1951, se reunió el Consejo Económico y Social de las Naciones Unidas en Santiago y su presidencia estuvo a cargo precisamente de don Hernán Santa Cruz, en tanto que don Eduardo Frei Montalva fue miembro de la delegación chilena y fue el encargado de presentar los temas económicos en esa reunión. Entre ellos destacaron precisamente los temas del desarrollo económico y social que surgían a fines de los años 50, los temas de la relación de intercambio entre los países exportadores de materias primas y los países exportadores de productos manufacturados, o sea el tema de la relación de intercambio, así como la necesidad de la industrialización, de la reforma agraria, de la integración del mercado interno, de la infraestructura, etc.

Esa temática se amplió después, como ya se ha mencionado, con viajes que realizó a Europa, donde se impregnó de lo que estaba ocurriendo en ese continente que realizaba un ejercicio político de respuesta al dilema que se estaba planteando en el mundo entre el capitalismo más al estilo norteamericano y el socialismo, y el capitalismo europeo con una versión más humanista, una economía social

de mercado, en que yo pienso que lo social era más importante que el mercado. Pero ese viaje a Europa también lo familiarizó con el tema de la planificación indicativa, de la importancia de la tributación, de la racionalidad de las políticas económicas y sobre todo naturalmente con el tema de la integración económica.

A lo largo de todo este periodo, desde fines de la década de los cuarenta en adelante, don Eduardo mantuvo una relación muy estrecha de amistad e intereses intelectuales compartidos con Raúl Prebisch, el fundador de la CEPAL. Se encontraban con frecuencia, conversaban y discutían mucho, también con Aníbal Pinto Santa Cruz, ya desde antes que este llegara a la CEPAL. Y por supuesto, como no mencionarlo, con Jorge Ahumada. Tuve la fortuna, todavía muy joven, de participar en algunas de sus reuniones. Sobre todo en algunas que me impresionaron muchísimo, como el caso de la preparación de la conferencia de Quitandinha en Brasil, a la cual la CEPAL presentó un documento que se llamaba algo así como "La Cooperación Internacional de América Latina para el Desarrollo". Esta fue una conferencia bastante estrepitosa porque fue un choque violento entre el gobierno norteamericano y las posiciones latinoamericanas refrendadas –y en eso Prebisch tenía un gran manejo diplomático– por estadistas de gran categoría de América Latina como Lleras Camargo de Colombia, destacadas personalidades de México, de Costa Rica, de Argentina y desde luego Eduardo Frei Montalva de Chile.

De esa conferencia de Quitandinha y de ese encontrón entre América Latina, que desafiaba a Estados Unidos a cambiar su política hacia América Latina, nació nada menos que por una parte el BID, el Banco Interamericano de Desarrollo, y posteriormente la Alianza para el Progreso, que también representó un cambio fundamental en la orientación de Estados Unidos, y de la propia OEA. Yo recuerdo por ejemplo que por primera vez en la CEPAL empezamos a colaborar con la OEA, con la cual manteníamos bastante distancia. De ahí salió el gran programa de modernización de América Latina, la Alianza para el Progreso del Presidente Kennedy, que incluía temas hasta entonces vedados como la planificación, la reforma agraria, la industrialización, etc.

Y para terminar esta parte de mi breve intervención, de la muy estrecha vinculación y relación entre nuestra institución y don Eduardo, estamos a punto de cumplir 45 años de la fecha en la que inauguró el edificio de la CEPAL en Vitacura. Eso fue el 29 de agosto de 1966, él fue uno de los gestores de la creación de esa institución, de darle un

edificio a esa institución, y me llamó la atención que estamos hoy a 23 de agosto y nos quedan 4 o 5 días para cumplir el 45 aniversario de la inauguración del edificio, a la cual concurrió el Secretario General de las Naciones Unidas, U Thant.

Finalmente, en forma muy breve, quisiera hacer una reflexión muy personal sobre el tema del desarrollo. ¡No es lo mismo crecimiento que desarrollo! Hemos tenido en América Latina en la última década, y en Chile por más de veinte años, un ritmo de crecimiento económico bastante notable y hemos tenido políticas sociales que han logrado bajar considerablemente la pobreza, pero nos queda pendiente un tema tremendamente vigente y lacerante: una escandalosa desigualdad. Hemos tenido un crecimiento extraordinario, distintos grupos sociales se han beneficiado, ha habido mejorías importantes, pero esa desigualdad tiene unas raíces más profundas, que las políticas sociales no han podido y no podrán corregir, por mucho crecimiento que haya.

Se trata del hecho fundamental de que la estructura productiva de nuestros países, el aparato productivo, se caracteriza por una gran heterogeneidad estructural de niveles de productividad entre distintos sectores de la economía, entre distintos estratos y tipos de empresas -grandes, medianas y pequeñas- y entre distintas regiones y territorios del país. Hay ahí diferencias abrumadoras de productividad y por consiguiente, de ingresos, y por consiguiente, de capacidad de absorber la posibilidad de integrarse en el mundo, este mundo tan exacerbado del consumo que estamos viviendo en las últimas décadas. Yo creo que no puede haber desarrollo sin crecimiento, pero no puede haber desarrollo sin una transformación productiva, sin una convergencia entre los diferentes estratos productivos. Yo creo que ahí reside todavía una falla muy fundamental del desarrollo, no sólo aquí en Chile, dónde hemos tenido afortunadamente tasas de crecimiento elevadas durante períodos sustanciales y políticas sociales muy efectivas, sino también en los demás países de la región.

Mientras no haya una corrección significativa -algo que en Europa se logró después de la Segunda Guerra Mundial mediante los programas de cohesión social, mediante ese tipo de economía social, mediante programas de cohesión social, de superación de la estructura heterogénea- mientras no se logre eso, no lograremos juntar el crecimiento con el desarrollo y una mayor igualdad.

Alejandro Foxley*

Ex Ministro de Hacienda y de Relaciones Exteriores de la República de Chile,
Presidente del CIEPLAN

En uno de sus últimos escritos, y recordando los inicios de su carrera política, el Presidente Eduardo Frei Montalva afirmó: "Mi generación supo que nuestra sociedad debía y podía ser transformada para mejorar la vida de todos los chilenos".

Las siguientes generaciones en Chile se tomaron muy en serio este mensaje. Los 20 años de gobiernos de la Concertación y sus buenos resultados son un testimonio concreto de que hubo otra generación que asumió esta visión de la vida y de la sociedad. Pero, además, la siguiente generación aprendió que la clave de los procesos de transformación está en la gradualidad que, no por ser en apariencia más lenta y más negociada, es menos radical. Los logros están a la vista: en 20 años, la pobreza cayó del 39% al 13%; en 20 años el ingreso per cápita del país pasó de US\$ 4.000 a US\$ 15.000; en 20 años pasamos de 200.000 estudiantes en la educación superior a casi 1 millón hoy en día; y en estos 20 años también hemos presenciado una movilidad social sin precedentes en nuestra historia. Y todo esto en un marco democrático y de un manejo macroeconómico responsable también único en la historia de Chile.

Más allá de las legítimas preocupaciones y reclamos que recorren actualmente la sociedad chilena, estoy convencido que los libros de historia mostrarán que los últimos 20 años fueron los más exitosos, hasta ahora, en la historia republicana de nuestro país.

Por primera vez Chile se encuentra ad portas de convertirse en un país desarrollado. Nuestro país, y muchas naciones de América Latina, demostraron durante la crisis financiera que eran capaces de aplicar políticas contra cíclicas y que podían continuar con políticas macroeconómicas serias y responsables en medio de un colapso financiero global. Sin embargo, el último gran salto al desarrollo no será automático, ni siquiera si tenemos la sabiduría de esquivar los riesgos de burbujas financieras que actualmente amenazan a muchas

* Este texto se basa en la intervención que Alejandro Foxley dio en el seminario "Integración, Democracia y Desarrollo", que se realizó en Santiago el 23 de agosto de 2011.

economías emergentes; burbujas que ya han afectado seriamente a grandes economías mundiales como la de Estados Unidos, España, Portugal e Irlanda, por mencionar algunas.

Hoy, los grandes obstáculos que enfrentamos para convertirnos en un país desarrollado son de naturaleza política e institucional. Aquí me voy a referir a lo que, creo, son cuatro grandes riesgos: que, frente a los avances de la economía, las instituciones democráticas se queden rezagadas; el desigual acceso a los servicios sociales básicos; que la calidad de la política se deteriore, y que las desigualdades se conviertan en una barrera estructural para nuestras sociedades. Después me voy a referir brevemente a lo que, a mi juicio, deben ser tareas prioritarias para enfrentar estos obstáculos.

1. La economía avanza, pero las instituciones de la democracia se van quedando atrás

El actual movimiento estudiantil chileno, que en los hechos se ha convertido en un movimiento social amplio, revela que nuestro sistema de democracia representativa no ha sido capaz de adaptarse a una sociedad cuya diversidad ha aumentado sustancialmente en los últimos años. Después de 20 años de crecer aceleradamente, y después de crear vías inéditas de movilidad social para los grupos más pobres y sectores medios, nos hemos quedado atrás en crear un sistema de representación que se ajuste a esta nueva realidad.

La bajísima participación electoral de los jóvenes, sumado a una incapacidad de las clases dirigentes de acomodarse a la diversidad social, económica, cultural y étnica que existe en el país, son una muestra clara de que las instituciones se han quedado atrás y de que no contamos con una representación adecuada.

2. Desigual acceso a servicios sociales básicos

Un tema clave a futuro será el acceso a los servicios públicos. La cobertura ha aumentado mucho, pero siguen subsistiendo serios problemas de calidad. Pensemos en los costos de los servicios, que en muchos casos son excesivos dado el ingreso de las personas. La mitad de los trabajadores en Chile gana menos de 420.000 pesos al mes, y los elevados precios de los servicios públicos, desde la educación a la salud, le produce a esta clase media un desajuste brutal

respecto a sus legítimas expectativas. Cuando tenemos jefes de hogar que ganan 300.000 pesos mensuales mientras que la educación universitaria de uno de sus hijos cuesta 300.000 pesos al mes, lo que se obtiene es una enorme angustia cotidiana.

Este es un problema de fondo que, curiosamente, fue creado por nosotros mismos al impulsar una movilidad social sin precedentes en Chile. Por eso, una de las grandes tareas que tenemos por delante es dar a nuestras clases medias un acceso asequible en cuanto cobertura y costos a los servicios sociales básicos: educación, vivienda, salud, seguro de desempleo, entre otros.

3. El deterioro de la calidad de la política

Nadie podrá negar que el populismo en América Latina sigue tan vivo como siempre. El populismo actual adquiere diversas formas, como las “democracias delegativas” de las que hablaba el cientista político argentino Guillermo O’Donnell. De hecho, en algunos países hoy día, si un Jefe de Estado o de gobierno quiere imponer su agenda, en vez de dialogar con la oposición, tiene la posibilidad de saltarse el Congreso recurriendo directamente a un plebiscito. Lo mismo ocurre cuando le incomodan decisiones o actuaciones del poder judicial o de la prensa.

La tentación del atajo plebiscitario es grande. “¿Quiere educación gratis?” – “Sí”. “¿Quiere terminar con el lucro en la educación?” – “Sí, quiero terminar con el lucro en la educación”. Si un gobierno está perdiendo apoyo ciudadano, es tentador “inventar” una gran y costosa iniciativa social para satisfacer demandas inmediatas, sin preocuparse de las consecuencias de largo plazo de políticas públicas improvisadas al amparo de las urgencias de corto plazo.

A esto hay que sumarle que en casi toda América tenemos una clase política que ha tendido a autogenerarse, a perpetuarse en los cargos del poder político. ¿Cuántas alcaldes llevan más de una década liderando sus comunas? ¿Cuántos legisladores llevan muchísimos años en el Congreso? Esto es algo de lo que la gente, sobre todos los jóvenes, más se queja. Entre ellos cunde la sensación que nuestra clase política va a estar integrada siempre por los mismos.

Por último, la naturaleza de los medios de comunicación masivos ha cambiado sustancialmente en los últimos años. Con la irrupción de las redes sociales y medios menos centralizados se generan hoy una

suerte de “clusters” de opinión, los que a veces cambian radicalmente de dirección en cuestión de días u horas, que ejercen una presión constante sobre la clase política. Así, quienes gobiernan, sea desde el Ejecutivo o el Congreso, van siendo superados por un pensamiento extraordinariamente efervescente de la sociedad civil.

4. Las desigualdades se convierten en una barrera estructural para el progreso económico y democrático

Chile ha avanzado enormemente en reducir la pobreza en las últimas dos décadas, siendo hoy el país de América Latina con la menor tasa de pobreza. Todos estamos de acuerdo en que la desigualdad es uno de los problemas prioritarios de la región. Sin embargo, las desigualdades persisten.

El primer decil de Chile tiene, en promedio, nueve años de educación. El décimo decil tiene, en promedio, 15 años de educación. Estamos frente a una desigualdad fundamental que aún subiste en el sistema de educación. ¿Cómo podemos transformar el sistema para re-equilibrarlo hacia el lado en que el Estado pueda, de verdad, asegurar la equidad en la educación para todos los que no puedan financiarla?

Hoy, los chilenos pagan cantidades exorbitantes para educar a sus hijos, montos que no existen en ningún otro lugar del mundo. ¿Y para qué? Muchos de esos hijos entran a carreras con una muy baja calidad. Muchos no terminan la carrera por un sinfín de razones, pero se quedan con una deuda elevada que presiona aún más a sus familias. Y muchos de los que logran sacar su diploma salen al mundo laboral para descubrir que existe una sobre oferta, que hay listas de espera interminables para conseguir un empleo. Y así, hay gente graduada de psicología que termina trabajando de cajero en un supermercado, con la consiguiente frustración personal, profesional y familiar.

Mientras subsistan las enormes desigualdades de nuestro continente será muy difícil dar el salto económico hacia el desarrollo y consolidar definitivamente nuestras democracias, desterrando, por ejemplo, el populismo.

Entonces, ¿qué necesitamos para enfrentar estos tres problemas? Voy a concentrarme solamente en dos tareas que me parecen prioritarias en el Chile actual.

Necesitamos una democracia más representativa. Para contar con una representación democrática que refleje mejor el Chile de hoy, y para evitar el deterioro de la calidad de la política, necesitamos contar con un sistema electoral que dé mejor cabida a la mayor diversidad que existe en el país, y que otorgue igualdad de oportunidades de representación a todos los sectores del sistema político. Necesitamos un sistema electoral en el que los jóvenes puedan votar de verdad: es decir, la inscripción automática. Y la inscripción automática tiene que estar acompañada por el voto obligatorio. Ya se ha visto en otros países que el voto voluntario puede llevar, en el mejor de los casos, al ausentismo electoral de los jóvenes, y en el peor constituir un incentivo poderoso para grupos muy organizados, que a veces son grandes corporaciones, a acarrear en masa a gente para apoyar a sus candidatos o mociones.

Otro aspecto importante para reforzar la representatividad de nuestra democracia es tener límites a la reelección. Que alcaldes, concejales, diputados y senadores puedan ejercer una máximo de dos períodos, es decir sólo una reelección de por medio, es un reglamento que permitiría la renovación de nuestra clase política. Hoy en día, muchos de los jóvenes que marchan por nuestras ciudades ni siquiera se han planteado que puedan entrar al mundo de la política, porque les es algo ajeno, les parece una burbuja en la que se auto reproducen los de siempre. Pero entre estos jóvenes hay muchos líderes talentosos, y necesitamos que esa gente nueva entre al sistema político. Por eso, tenemos que terminar con las reelecciones indefinidas.

Necesitamos una reforma tributaria para una mejor educación. Para comenzar a hacer frente a las desigualdades y para que las clases dirigentes se hagan creíbles en el esfuerzo por reducir la desigualdad, hay que concentrarse en una propuesta que sea fácil de medir y fácil de entender. En este contexto, propongo realizar una reforma tributaria vinculada directamente a una reforma de la educación. El gobierno y el Congreso se tienen que comprometer que todos los recursos adicionales que se obtengan de esta reforma tributaria, se gasten hasta el último peso en mejorar la calidad de la educación, en mejorar el sistema, en ampliar la participación pública en la educación, con el fin de otorgar un piso de calidad al 60% de la población con menores ingresos.

Este debería ser un compromiso fundamental para avanzar hacia la meta de igualar las oportunidades. Mejorar la calidad y la cobertura de la educación no es sólo un requisito para lograr el desarrollo pleno de Chile, sino también un imperativo social. Como decía Eduardo

Frei Montalva, en la manera simple pero profunda que formulaba los grandes desafíos: "La vida debe ser hecha digna de ser vivida para todos".

Y eso es lo que tiene que sentir cada persona, desde aquella del sector más acomodado y privilegiado, a aquella que todavía vive en una población marginal. Toda esa gente quiere que se le diga que la vida que tenemos hay que hacerla digna de ser vivida.

Me parece que, releyendo a Eduardo Frei Montalva, es a esto a lo que nosotros tendríamos que comprometernos en este momento histórico de Chile.

PALABRAS FINALES

Patricio Aylwin

Ex Presidente de la República de Chile

Es un honor para mí concluir este seminario agradeciendo la oportunidad que nos ha brindado esta conmemoración del centenario del natalicio de Eduardo Frei Montalva, para reflexionar con tan destacadas personalidades y bajo la inspiración de su figura, sobre los desafíos actuales de nuestra región.

Su legado no sólo está en las reformas que impulsó como político y como gobernante que contribuyeron en forma decisiva a hacer de nuestro país una patria más libre y más justa, sino también en su pensamiento y su testimonio de vida que fueron encarnación de un verdadero demócrata.

Aunque el mundo en que hoy nos toca vivir es muy distinto del que él vivió, los valores y principios que defendió siguen plenamente vigentes y representan una guía para construir las nuevas respuestas para las necesidades de este tiempo y del futuro.

Hoy nuestras naciones -a diferencia de cuando Eduardo Frei murió - casi todas viven en democracia. América Latina avanza también, con más lentitud de lo que quisiéramos, en una senda de desarrollo y reducción de la pobreza.

No obstante, el camino que nos queda por recorrer es arduo para derrotar las grandes desigualdades que aún nos aquejan y construir sociedades que hagan posible dignificar la vida de todos sus hijos.

Para ser eficaces en esta tarea se requiere coraje, cuidar lo que hemos avanzado y encauzar los sueños de nuestros pueblos, especialmente de los jóvenes, con propuestas constructivas que permitan enriquecer la democracia con su participación responsable.

Frei creyó en las personas, a todos sabía hablar con un lenguaje cercano. También tenía fe en el pueblo como comunidad. Entendía que su función como servidor público lo obligaba a ser intérprete, conforme a su conciencia, del querer colectivo, cuyos fundamentos se esforzaba en comprender.

Frei practicó las virtudes cívicas de la tolerancia y el respeto al adversario. Definido en sus convicciones, criticó con firmeza lo que creía

malo para Chile pero jamás descendió al ataque personal, aunque no fue correspondido de la misma manera. Buscaba unir más que dividir, convencer más que derrotar, superar discordias por medio del consenso justo y razonable.

El Presidente Frei me honró con su fraternal amistad y yo fui y sigo siendo un entusiasta admirador suyo.

Los misterios de la vida me han hecho estar hoy día aquí –a mis años- para cerrar este seminario en homenaje a su vida. Lo hago con la convicción de que las reflexiones que hemos compartido, renueven nuestro compromiso con la democracia, la justicia social y la libertad para seguir recorriendo “el camino de la dignidad humana”, según sus propias palabras.

EPÍLOGO

Eduardo Frei Montalva, el gran maestro

En 1911 nace en Santiago Eduardo Frei Montalva, uno de los hombres más influyentes del siglo XX. El protagonista de la revolución en libertad... una revolución que con respeto y dignidad cambió el destino de nuestra patria.

El presidente, el estadista, el líder. Aquel padre que supo guiar con cariño y preocupación a todo un país. Como lo hizo con su propia familia, aquella que formó junto a su esposa, María Ruiz-Tagle, y sus siete hojas. Pilares fundamentales de su vida.

Desde muy joven participó en la vida política y social del país: a los 21 años fue elegido presidente de las juventudes católicas, a los 26 escribió "Chile desconocido", el primero de trece libros que develan su inédita faceta literaria.

Fue Ministro de Obras Públicas del Presidente Juan Antonio Ríos, Senador por Tarapacá y Coquimbo y posteriormente por Santiago. Su trabajo, convicción y fuertes valores democráticos hicieron que los chilenos tuvieran la certeza que él era el indicado para dirigir el destino del país.

En 1964, a través de la marcha de la Patria Joven, Eduardo Frei trajo una nueva generación a la política. Miles de simpatizantes de todo el territorio marcharon hasta Santiago para proclamarlo como candidato.

Una mayoría histórica lo convirtió en Presidente de la nación. Su amabilidad, comprensión y mirada solidaria permitieron que los chilenos lo valoraran y respetaran.

El amor por los niños de Chile fue el motor para realizar una reforma educacional nunca antes vista: amplió la enseñanza obligatoria a ocho años. Inició la ecuación preescolar –aumentando considerablemente el número de alumnos y de escuelas, sobre todo en el ámbito rural.

El inicio del proceso de la Chilenización del cobre –que permitió aumentar hasta un 51 % el control de la producción del metal rojo. El comienzo de la construcción del metro y la inauguración del aeropuerto internacional de Pudahuel son algunas de sus obras.

Con ellas, y sin proponérselo, Eduardo Frei Montalva comenzó a traspasar a sus hijos el amor por el servicio público.

Se aplicó la ley de la reforma agraria, la cual entregó más de 3 millones de hectáreas de tierras agrícolas a 150 mil campesinos, permitiéndoles emprender una actividad comercial sustentable e independiente mediante la explotación de dichos predios.

Se creó ENTEL para mejorar las comunicaciones interurbanas. Levantando la primera estación satelital de Latinoamérica en Longovilo, a 100 km al sur de Santiago.

En 1969 se inaugura Televisión Nacional de Chile, dando inicio a la televisión pública.

Creó el Ministerio de Vivienda y Urbanismo, convirtiendo las aspiraciones habitacionales de los chilenos en una política pública permanente.

Fundó 45 hospitales e infinidad de centros de atención de salud a lo largo del país.

Impulsó el programa de promoción popular, a través de la creación de sindicatos, juntas de vecinos y centros de madres.

Fue el amigo sincero del pueblo trabajador. Un visionario, que encarnó y respondió a las más urgentes necesidades de sus compatriotas.

Su inagotable trabajo por la democracia e integración latinoamericana lo convirtieron en un líder de América Latina. Por primera vez en nuestra historia, un presidente realizaba una gira por Europa siendo recibido por las más destacadas figuras internacionales.

En 1970 entregó la banda presidencial a Salvador Allende... pero los chilenos, acostumbrados a su modo cordial y firme de afrontar los problemas lo llevan al senado en 1973; nuevamente con una primera mayoría histórica.

Luego del golpe de Estado, encabezó la oposición al régimen militar, confinado siempre que la democracia era el único camino para dirigir al país.

En 1982 el pueblo que lo eligió su máxima autoridad y que lo respetó con el mismo cariño que un hijo tiene por su padre, quedó devastado... El hombre sencillo y familiar, espiritual y generoso iniciaba un viaje sin regreso.

La noticia de su muerte caló en lo más profundo de los corazones de los chilenos. El defensor de la justicia social se marchaba, dejando un legado que debía continuar en sus descendientes y en cada uno de nosotros. En las generaciones futuras que nunca olvidarán a aquel hombre, el padre de una nación que convirtió al país en una sola familia democrática y que inscribió su nombre en la historia de Chile. Su amado país. Que sigue honrando su nombre.

EDUARDO FREI MONTALVA

1911 - 1982

